



¿hasta dónde
estás dispuesta
a llegar?

J.R. C.D.

¿hasta
dónde estás
dispuesta a
llegar?

No sé el momento exacto en el que la vida nos encasilla. Todos parecen saber mejor que nosotros mismos quienes somos. Cambiar es difícil, pero no imposible.

No dejes que los demás te definan.

J. R. Cid

Título: ¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar?

© 2018 por A. R. Cid

Diseño cubierta: A. R. Cid

Editor: José Antonio Lamas Iglesias

Todos los derechos reservados

Este libro va dedicado a mis dos princesas y al amor de mi vida. A mis lectores y a todos los que necesiten olvidar por un momento quienes dicen los demás que son y recordar lo que se esconde en su interior.

Índice

[¿Payasa? ¿Yo?](#)

[El café](#)

[El cascanueces](#)

[Demasiada energía](#)

[Proposición](#)

[¿Esto es ropa?](#)

[Tortitas](#)

[Hogar](#)

[¿En la oficina?](#)

[La cena](#)

[Sin esperanza](#)

[Siempre seremos amigas](#)

[Un niño](#)

[Andrei](#)

[Dimisión](#)

[Quita el pie del acelerador](#)

[Sexo salvaje](#)

[Dame más alcohol](#)

[Soy más fuerte de lo que crees](#)

[Cianita azul](#)

[Lencería](#)

[Como cuesta ser sincero...](#)

[¿Los que se pelean se desean?](#)

Sinopsis

Si lo que buscas es algo divertido, sensual, y muy adictivo esta es tu novela.

Clara es divertida, fiel y buena persona. Clara tiene grandes amigos y un trabajo del que está orgullosa. Y sin embargo no puede quitarse de encima la etiqueta de niña buena.

Cuando su arrogante y sexy compañero de trabajo la menosprecia por milésima vez Clara toma una decisión. Es hora de sacar la artillería pesada y demostrar a aquel demonio de jugosos labios y sonrisa desafiante que será él el que suplicará.

Clara no tomará rehenes y desde luego disfrutará. Cumplirá cada uno de sus deseos sin pensar en nadie más. ¿Qué tipo de complicaciones pueden surgir cuando haces todo lo que deseas?

Clara puede tener una cara angelical, pero cuando miras bajo la superficie o empiezas a quitar complementos... Al desnudo puede ser mucho más malvada y adictiva...

¿Payasa? ¿Yo?



- Estoy hasta los... Aj. – Levantó los brazos frustrada y demasiado cansada para seguir insultando al mundo. ¿Desde cuándo ser una buena persona dignificaba ser tonta? Tenía las mismas necesidades que el resto. Era un estúpido y se iba a acordar de ella.

Clara sonrió para sus adentros y recordó de nuevo la cara de satisfacción de aquel capullo. ¡Pero habrase visto!

- Engreído. Gilipollas. Mamón- Cintia no podía dejar de reír. Ver a Clara enfadada era fascinante. Pocas personas eran capaces de sacarlas de sus casillas y aquel hombre debía ser insoportable ¿o no?

- Pero ¿qué es lo que te molesta tanto? – Clara la miró como si quisiera matarla.

- ¿Cómo que qué? ¿Necesitas más motivos?

- No creo que imbécil sea una explicación argumentada. – Clara respiró como le habían enseñado en Pilates. Inspira, expira. Inspira, expira.

Recordar lo ocurrido volvía a encenderla con rapidez. Su orgullo se tambaleaba y eso no se lo permitiría a nadie. Tropezó. Trató de mantenerse sobre sus preciosas cuñas blancas. Dio varios saltitos y se agarró a Cintia y ambas terminaron con sus preciosos traseros en el suelo. Cintia ya no podía parar. Se agarraba la tripa y trataba de respirar. Grandes lagrimones corrían por sus mejillas.

- Lo siento. – Clara se levantó y giró la cara. Daba igual cuanto lo intentara siempre se ponía colorada. Era como un elefante en una cacharrería. – Empiezo a pesar que tengo algún problema de equilibrio.

- Yo... no diría tanto. Más bien creo que eres simplemente patosa.

- ¿Y eso cómo se corrige? – Se quitó las sandalias y se sentó

como los indios. Puso un puchero y miró a su amiga con su mejor cara. Algo le ocurría.

- ¿Por qué tienes que corregirla? Eres la persona más divertida que conozco. – Nunca parecía haberle molestado y ella misma estalla en carcajadas. Era como estar con la alegría personificada.

- Nunca me había molestado. – Realmente apenas conseguía ponerse seria. En el trabajo había aprendido a mantenerse al margen e interactuar lo mínimo posible hasta que la jornada terminara. En caso contrario todo era motivo para reír y hacer una fiesta. – Pero me ha llamado payasa. Me dijo que no era capaz de tomarme nada en serio. ¿Crees que la gente solo está conmigo para poder reírse de mí?

- Pero qué tontería. – No habían sido las palabras exactas de Raúl, pero lo había insinuado eficazmente. Apenas durmió aquella noche y aún ahora más de quince horas después seguía nerviosa, inquieta. – No le hagas caso. Que piense lo que le dé la gana. Te aseguro que te apreciamos de verdad. – La cara de Raúl la tarde anterior se le había clavado como una espina y quemaba. Era infalible para desestabilizarla. Daba igual cuanto lo intentara si de por sí ya era patosa cuando él estaba presente... ¿Cómo podía alguien olvidarse de cómo caminar?

- ¿Cómo voy a volver a trabajar? ¡Me gritó en toda la oficina que dejara de hacer el payaso! Jamás me he sentido tan humillada. – Cintia se levantó y se planteó partírle la cara. Nadie trataba así a su amiga. Y si no podía romperle la nariz un buen cascanueces siempre funciona.

- Volverás. ¿Sabes por qué? – Clara negó con la cabeza. Con sus rizos rubios y sus grandes ojos azules parecía una niña enfadada. Era hora de que aquellos labios rojos esbozaran una sonrisa. – Porque le demostrarás lo equivocado que está.

- ¿Y cómo pretendes que haga eso? No puedo hipnotizarlo y no creo que el secuestro y lavado de cerebro sea muy legal. – Cintia saltó contenta y de pie sobre el sofá se contoneó.

- Las mujeres tenemos un método universal. Siempre funciona. Te lo digo yo. – De nuevo Cintia. ¿No podía pensar en otra cosa? Clara se iba a ir por un vaso de refresco. Cintia la abrazó desde atrás y le habló al oído. – No te digo que hagas nada raro. Solamente que tienes tus armas. Eres inteligente y muy sexy. Demuéstrale que no te llega hasta la suela de los zapatos.

- ¿Yo sexy? Soy más bien la hermana pequeña y graciosa de todos. – Ningún hombre le hablaba jamás de la misma forma que le hablaba a Cintia. Ella era a la que todos se acercaban a preguntar.

- Hay mi niña. Estás ciega. Hay muchas formas de ligar, pero que han intentado ligar, lo han intentado. – Clara se dejó abrazar. Su amiga era la única a la que dejaba que se acercara tanto. Demasiados años juntas y demasiados secretos compartidos. Era más una hermana que una amiga.

- No quiero hacer el ridículo y aún encima que me rechace.

- No vas a proponerle nada. Es más, será él el que se arrastrará porque tu tomes un café con él, porque tan solo le mires... - Cintia era toda una experta y había tratado muchas veces de emparejar a su amiga. Ella decía que no la miraban, pero más bien Clara escapaba a la más mínima. Siempre había algún estúpido motivo.

- Lo dudo mucho. Mira, me quedan dos días para hacerme a la idea. Supongo que el lunes me sentiré incómoda, pero mejora. – Su optimismo la definía. No se rendía y su sonrisa no desaparecería jamás.

- No te acobardes ahora. – Si aún tuviera puestas sus sandalias le habría aplastado un pie. ¿Acobardarse ella? Sería gracioso ver cojear a Cintia en sus imprescindibles zapatos de tacón. ¿La había visto alguna vez en planos? – Tan solo dime una cosa, ¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar?

El café



Se había pasado. Era consciente. ¿Pero cómo había logrado darle un codazo en las costillas y lanzarle todo el café por encima? Realmente era imposible que no lo hubiera hecho a propósito. Estaban allí para trabajar no para montar un circo cada día. Era imposible concentrarse. En el fondo sabía que no estaba siendo del todo sincero.

Caminó por su estudio y llamó a Fran para quedar a tomar unas copas. Quería hablar con alguien y si de paso encontraba alguna mujer que hiciera más entretenida la noche no sería el quién se quejara. Hasta las once no podía. Tenía más de tres horas libres. No quería pensar más en ella. ¿Por qué se sentía culpable? Todo lo que le había dicho era la pura verdad.

Cuando Clara salió corriendo y Mayra le miró desde la recepción con cara de indignación se sintió culpable. Por un segundo deseó correr detrás de su compañera y disculparse, pero ese segundo terminó cuando bajó la mirada y descubrió el manchurrón que cubría su camisa.

Una ducha le vendría bien. Notaba todos sus músculos tensos después de tantas horas de trabajo. No pensaba quedarse a descansar como un abuelito.

Echaba de menos a su último ligue y sus fantásticas manos. Que bien le vendrían ahora. Aunque era más necesidad que qué realmente le importara que fuera ella y no otra. Aquellas relaciones, por llamarlo de alguna manera, no duraban mucho y en seguida pasaba a la siguiente. Lo mejor para no sufrir era no dejar que nadie entrara, que ninguna llegara a rozar la superficie ni a conocer sus debilidades. Sabía perfectamente que sería ahí donde atacaría. Eran realmente peligrosas si les daba la oportunidad. Aquella ya había quedado atrás.

Se vistió y perfumó para matar. Quería que su olor invadiera el ambiente. Unos vaqueros negros y una camisa a juego. Aquel color le encantaba. Se sentía a gusto. Se miró al espejo. Sus ojos negros estaban rodeados por unas pequeñas arrugas. A sus treinta años comenzaba a sentir que su cuerpo ya no

respondía como antes. Estaba muy lejos de la vejez, pero lo notaba. Esa sutil diferencia le molestaba más de lo que quería reconocer. Las mujeres en cambio parecían disfrutar de esos rasgos de madurez.

Pensó en hacer pesas un rato. El deporte le sentaba bien, pero acababa de ducharse. Quizás una película. Buff, que vagancia. Se tumbó en la cama y Clara volvió a él. Era hermosa. Irritantemente hermosa.

Sus ojos se habían vuelto prácticamente blancos el día anterior. Temió que llorara. Era como tratar con una niña mimada. ¿Qué le pasaba a aquella mujer? ¿Había quedado estancada en la adolescencia?

El tiempo pasó despacio. Cuando sonó el timbre ya estaba desesperado.

- ¿No podías haber tardado más? - Estaba enjaulado. Comerían rápido y saldrían. Quería desfogarse, pero el preludio era necesario.

- Llegué a mi hora. No sabía cuántas horas tardarías en maquillarte. – Fran le ofreció el brazo. Recibió un pequeño puñetazo como contraprestación y se retiró sonriente. - ¿Qué te pasa hoy? No sabía que te sentaba tan mal la abstinencia. ¿Quieres que te pase algún teléfono? – Elevó las cejas y sacó su iPhone.

- Ni de broma. Jamás he necesitado ayuda.

- Pues lo parece. Bueno tú dirás. ¿Cena, unas copas y dos buenas mujeres?

- No podría elegir un plan mejor. Me hace falta olvidar. – Fran solo le había visto así una vez. Aquello era por una mujer y no le gustaba. Había quedado hecho polvo en una ocasión. Dos eran demasiadas.

- Ya lo imagino. ¿Rubia o morena? ¿Pelirroja?

- Ya me gustaría. No tiene nada que ver con lo que estás pensando. – Confiaban el uno en el otro. Podía ser sincero. El problema es que no sabía qué era realmente lo que le molestaba. – Realmente no sé muy bien que decirte.

- ¿Estás cabreado y no sabes por qué?

- No lo tengo muy claro. Lo que sí sé es que quiero olvidar. – Se giró para coger la chaqueta.

- Quieres olvidar algo que no sabes si sabes y no tienes muy claro. La verdad es que para los trabalenguas tienes mucha facilidad. ¿Has comenzado a beber sin mí? Puedes decírmelo... - Dicho así no tenía mucho sentido.

El cascanueces



Aquel era uno de los mejores clubs de la ciudad y se notaba. Apenas era capaz de entrar una aguja. Trataban de avanzar entre una marea humana que con vida propia las movía y las inmovilizaba. A codazos y algún que otro empujón que parecía hacer despertar a los que ya creían que habían encontrado su lugar.

Cintia le estaba diciendo algo, pero era imposible oír nada. Se acercó a su oreja y se lo gritó. ¿Beber algo? No tenía sed, pero que más daba. Odiaba bailar con una copa en la mano. Quizás un chupito rápido para contentarla.

Le gustaba aquella música. No para su día a día, pero sí para bailar. Se trataba del ritmo, te invitaba a mover las caderas. Envidiaba la soltura de Cintia para moverse. Sus huesos desaparecían y se convertía en alguien que te hipnotizaba. Siempre aparecían fans que trataban de liarse con ella. Sin embargo, la noche de chicas era intocable.

Bebieron dos chupitos. Se acercaron a la tarima y se subieron contentas. La euforia y la alegría se contagiaba y querían disfrutar. Inconscientemente observaban a su alrededor en busca de algún que otro chico guapo. Que no fueran a hacer nada malo no iba en contra de alegrarse la vista.

Al no poder igualar a su amiga se dejó llevar. Se movía jugando con la música. Escenificaba la canción exagerándola. Se divertía. Cintia la abrazó y bailó contra ella. Muchos ojos se centraban en sus movimientos y trató de imitar a su amiga. Se reían a carcajadas cada vez que algún tío las abordaba y sin miramientos se giraban como quién no se ha percatado.

Fran le arrastró hacia aquel local incapaz de seguir escuchándole. Quería que se distrajera y bebiera hasta que su único pensamiento fuera dormir la mona. Se movió por el local y un par de mujeres le reconocieron. Se acercaron a hablar, pero no era el momento y le prometió que más tarde las compensaría. No sabía si podría cumplir, pero tomaba nota mental de sus nombres para los próximos días. Sabría disculparse apropiadamente.

Dos cubatas después los dos se apoyaban en una columna y gesticulaban riéndose, pero sin llegar a bailar. Era como una burla coreografiada. Hasta tenían su paso particular. Uno que habían perfeccionado y solo enseñaban cuando apenas eran capaces de mantenerse en pie. Ahí sabían que no debían beber más.

Alguien golpeó a Raúl por la espalda. Él se volvió con más curiosidad que otra cosa. Era una mujer rubia que trataba de abrirse paso hasta el baño. Iba agarrada de la mano de otra morena. Estiró la mano y la agarró sin pensar.

Era hermosa, al menos lo que podía intuir en la oscuridad. La mujer se giró y le pareció ver a alguien conocido. Se inclinó y su mundo se desestabilizó. Había bebido demasiado. Las dos botellas de vino ya no parecían tan insignificantes.

La rubia le decía algo y trataba de soltarse molesta. Fran tiró de él, pero no le dejó. Quería verla de cerca. Se le había metido en la cabeza. La acercó de un tirón y se colocó a su altura. Era demasiado baja para él.

- Deberías dejar de pegar a la gente al pasar. – Clara se sobresaltó cuando alguien la agarraba. Ahora estaba furiosa. Encontrarse frente a frente con él y que la tratara de esa manera... ¿Quién se creía? Era hora de que sacara ese carácter que hasta entonces creía inexistente.

Con todas sus fuerzas le agarró por la camisa y le obligó a inclinarse todavía más. Estaba demasiado cerca y su olor era embriagador. Acercando la boca se colocó a tan solo unos centímetros y le sonrió. Hizo el amago de darle un beso para después colocar la boca junto a su oreja. Gritó lo más fuerte que pudo. Cintia se encontraba a su lado. Estaba concentrada, pero no precisamente en ella. Su presa era caza mayor.

- Si vuelves a tocarme retorceré tus joyitas hasta que desaparezcan. – Podría reconocer aquella voz en cualquier parte. Raúl se irguió un poco, pero ella estaba aferrada a él y no pudo soltarse. La envolvió con un brazo y la pegó a su pecho.

- No creo que te quepan en las manos. – Ahora estaba al fin totalmente erguido mientras ella no era capaz de tocar el suelo. Se sentía pequeña en aquella posición. Indefensa.

- Anda. Dime de lo que presumes y te diré de lo que careces. La verdad es que conociéndote como desgraciadamente lo hago sé de lo que careces. – No pudo sonreír ante la imagen. No terminaba de creerse

sus propias palabras. Raúl la apretó todavía más fuerte y sintió como el aire desaparecía. Estaba furioso y sí, furioso con ella.

No lo pensó. Bajó la cabeza y la besó. Le abrió los labios y introdujo la lengua arrasándolo todo. Su aliento sabía bien, su olor la agradaba, pero las formas la hicieron revolverse. Nadie la besaba sin permiso.

El primer intento fue infructuoso. El segundo impactó de lleno haciendo que la soltara y se tambaleara hacia atrás. Ya no se sentía tan mal por el ridículo del día anterior, es más, se sentía poderosa. Se inclinó sobre él y acercó de nuevo la pierna. Despacio mientras Cintia trataba de agarrarla. Quizás todos habían bebido más de la cuenta.

- Clara. Déjale... Clara. – Se escurrió entre las dos manos que trataban de contenerla y se acercó de nuevo a él.

- Deberías tener cuidado. No quiero que vuelvas a golpearte. Siempre he sido muy, pero que muy torpe. – Raúl quería estrangularla. Era una bruja. No dijo nada. No podía. El dolor apenas le dejaba ver con claridad. Tenía ganas de vomitar.

Clara no se detuvo a pensar y pasó de largo dejándoles a todos en silencio. Cintia quería hablar con aquel desconocido que miraba divertido y sorprendido a partes iguales detrás de Raúl, pero era fiel y se fue sin abrir la boca.

En el baño Clara se dejó caer y dejó que los nervios estallaran de golpe. Cintia le aplaudió. Aquel tío se lo había merecido, no solo por lo de la oficina. Verdaderamente Cintia jamás había hablado con él, pero sabía suficiente.

- Me pasé. Creo que no podrá moverse en un buen rato. – Estaba arrepentida. Ella no era así. ¿De dónde salía aquella furia?

- Olvídalo. No morirá esta noche. – Se lavó las manos y trató de respirar. Estaba algo mareada. Clara la miró y la vio demasiado blanca. Al momento lo ocurrido desapareció y la arrastró fuera del local para que le diera algo de aire fresco.

La noche había terminado. Clara acompañó a Cintia y después caminó sola hacia su piso. Aquella caminata era refrescante.

Jamás la habían besado de aquella manera. Quería creer que era repugnante, pero se había sentido tan viva y una necesidad nueva a responder la embargó.

Le golpeó por su actitud y porque por muy bien que se sintiera en el fondo la impresión de que seguía riéndose de ella era mucho más fuerte. Aquel beso era una más de sus burlas. Lo peor era que le había gustado. Era algo que no pensaba reconocer ante nadie. Un secreto que la martirizaba.

Tal vez se merecía un castigo. ¿Realmente quería castigarle o hacer que se fijara en ella? En el fondo la esperanza se negaba a rendirse. ¿Era eso? ¡No! ¡Jamás! Ella no podría estar jamás con alguien que la había tratado de esa manera. ¿Podía confiar en alguien así?

Tras más de dos años trabajando a su lado y demasiados “comentarios desafortunados” sabía de sobra que no podían hablar sin discutir. Era hora de que se tomara la revancha. Siempre había puesto la otra mejilla y aunque sonreía y se lo tomaba a broma escocía. Su paciencia con él se terminó.

Se miró al espejo de la entrada y se evaluó a conciencia. Sus ojos eran hermosos. Azules, casi blancos. Sus labios gruesos. Cara en forma de corazón. No era una mala combinación. Demasiado baja, pero los tacones eran un recurso muy útil. Quizás un maquillaje más oscuro y vestidos más sensuales fueran la solución. Cintia le había dicho que tenía que evitar siquiera hablarle. No sería difícil, más bien aquella era la parte sencilla.

Su pelo rubio cobrizo y lleno de bucles era su orgullo. Lo mimaba desde pequeña y caía en cascada sobre su espalda. Siempre lo llevaba suelto y quizás un cambio no le fuera mal. Miraría tutoriales por internet. Allí había respuesta para prácticamente todo.

Tenía que anotarlo o de otra manera no recordaría nada al día siguiente. No fueron notas muy concisas, pero se dio por satisfecha. Estaba cansada. Se tiró sobre la cama y se desnudó. Cerró los ojos planeando. En su cabeza estaba de nuevo en la oficina, pero ella ya no era ella. El final se alejaba a medida que se dormía. Tan solo entró, se sentó en la mesa y le miró.

Al instante siguiente Clara ya roncaba mientras se revolvía tratando de ganar una batalla que no comenzaría hasta el lunes.

Demasiada energía



En medio de aquel dolor de cabeza un recuerdo borroso y un dolor que todavía notaba en la parte inferior del vientre. Fran le había mandado varios mensajes y los había dejado en vistos. Era imposible que todo aquello hubiera ocurrido. El jamás... bueno estaba borracho.

Había sido placentero. ¿No? Dios. Era horrible no poder recordarlo con claridad. Prácticamente placer y segundos después un dolor insoportable que le subía desde la ingle hasta el abdomen. Era una ciudad inmensa, pero elegir el club más famoso tenía sus riesgos.

Dos aspirinas y media botella de agua. De comer ni hablamos. Ya recogería más tarde. Tumbarse y bajar las persianas en busca de un sueño reparador. Cuando la viera la estrangularía. ¿No sabía lo sensible que era la anatomía masculina? Poco más y no lo cuenta. Realmente se creyó morir. Alguna lagrimilla cayó... pero fruto de la rabia.

Cerró los ojos. El tiempo había empeorado y la lluvia golpeaba contra la ventana. Estaba llegando el verano y con él el calor. Ojalá lloviera un poco más.

De pequeño había aprovechado esos días para salir con su padre a caminar. Él saltaba en los charcos mientras su padre trataba de atraparlo en vano. Ambos acababan empapados y felices. Su madre les regañaba en cuanto llegaban, pero estaba seguro que era más teatro que otra cosa ya que al siguiente día volvía a dejarles salir. Aquellos recuerdos eran los que se asentaban en su corazón en esos días y los que hacían que ahora en su sillón se sintiera feliz.

Se durmió durante apenas una hora. No fue suficiente. Con su vieja y gastada bolsa de viaje se encaminó al gimnasio. Necesitaba golpear el saco y quedarse sin fuerzas.

Tan pronto llegó vio a Mayra en su rincón. Concentrada sudaba la gota gorda mientras saltaba a la cuerda a un ritmo vertiginoso. Le gustaba el

deporte y aun así jamás estaría tan entregado como ella. Claramente aquella mujer podía tumbarle si lo deseaba.

- Hola preciosa. ¿Ya estás aquí o aún estás aquí? – Mayra no detuvo el ritmo. Jadeaba y resoplaba al tiempo que seguía su cuenta mental. No se detendría hasta que fuera el número correcto.

- Quinientos... Uff... cada día me cuesta más. Hola. – Se limpió con una toalla y le estrechó la mano al igual que lo haría cualquier amigo. Se conocían desde hacía más de seis años y aquella era la relación más extraña que había tenido jamás con una mujer. - ¿Qué haces hoy por aquí? No te esperaba hasta el lunes. Tiene que ser realmente grave.

- Me apetecía pelear. Aunque si ves que juegas en desventaja... - Siempre caería. Más por tradición que otra cosa.

Mayra se subió y le esperó al tiempo que se colocaba los guantes y las protecciones. Jamás se golpeaban al 100%, pero aun así podían salir muy amoratados.

- Cuando quieras. – Mayra estaba eufórica. Movía las piernas con rapidez y se aprovechaba de ser más pequeña para esquivarle. Un golpe de él era mucho más contundente, pero mientras no le diera ella podría ir haciendo mella y debilitándole. – Te veo más lento que de costumbre. – Le encajó un golpe en las costillas y Raúl encajó la rodilla derecha en el suelo. Resoplaba y varias gotitas de sudor le perlaban la frente. - ¿Quieres dejarlo? Pareces dolorido... - Se rio al imaginar los motivos. Raúl se levantó y clavó sus ojos en ella. Debería estar más alerta si quería salir de allí caminando. Ya le habían dejado bastante tocado la noche anterior.

- Digamos que ya me han dado duro ayer. Aún no sé cómo no acabé ingresado.

- ¿Ahora presumes? – Se movió hacia la derecha y le lanzó un gancho. Raúl giró con rapidez y golpeó su espalda al moverse.

- ¿Presumir? Me pateó los huevos. – Mayra tenía ganas de conocer a esa mujer. Era difícil tomarle con la guardia baja y si lo hacías, patearlo después...

- ¿No la dejaste satisfecha? Deberías venir a entrenar más. No queremos perderte en combate. – Se rio y eso conllevó un golpe que la dejó sin aire. Se alejó de él. – No deberías ser tan rencoroso. –

Contraatacó y apuntó hacia la misma zona. Era de un buen boxeador aprovechar los puntos débiles del contrincante. Acertó. Claramente no era el de siempre.

- Me cago en... - Le faltaba el aire. Aspiró despacio y encajó el dolor. Lo procesaba con calma y sin darse por vencido.

- Deberías dejarlo ahora que todavía puedes salir caminando. – Le ofreció la mano enguantada y le ayudó a levantarse. – Deberías apreciar más tu anatomía y cuidarla. No queremos que pierdas nada. – Era un hombre orgulloso. Sonreía y no se lo tendría en cuenta, pero aun así le escocía.

- Claramente estoy en desventaja. Es de sabios reconocerlo.

- ¿Pones excusas? Has perdido y no es la primera vez. Asúmelo.

– Ambos se rieron y caminaron hacia los bancos donde descansaron y se limpiaron el sudor. Mayra estaba intrigada por la historia, pero Raúl cambiaba de tema una y otra vez.

- ¿No vas a contármelo? No puede ser tan grave.

- No es nada, pero no me apetece hablar de ello. – Que una enana y copia de un duende molesto le hubiera pateado y dejado inservible durante toda la noche no era algo que compartiría. La duda dejaba la puerta abierta a opciones mucho menos vergonzosas. Y los motivos... Si besaba a una mujer gemía, no le devolvía un machetazo en la entrepierna. Jamás tendría un cuchillo en esas manos diminutas en su presencia.

Volvió a casa poco después. Estaba dolorido, pero no cansado. Una mala combinación y la impotencia de saber que al día siguiente la vería.

Tenían que entregar el informe de la nueva nave de Carty para la fabricación de ropa. Los planos eran sencillos, pero el proyecto era mucho más ambicioso de lo que parecía. Hacerlo bien conllevaba encargarse de su cuenta y estaban expandiéndose rápidamente. Tenía que reconocer que el pequeño ciborg sabía trabajar y no dudaba de su eficiencia. Sin duda lo conseguirían, pero eso no lo era todo. Ella había comenzado la guerra.

No iba a dejar que jugara con su cabeza y menos con sus pelotas. Si creía que aquello iba a quedar así se equivocaba. No cedería ante sus juegos. Pondría más energías que nunca en la presentación. Se ganaría a los inversores y le daría en toda la cara.

Disfrutaría de lo lindo cuando pudiera restregárselo por la nariz. Ella, que

se creía la mejor, la más válida para el ascenso. Lo había subestimado.

Aun le dolían los huevos si lo pensaba. Podía haber sido más delicada, aunque solo fuera por solidaridad. Era una parte de su anatomía realmente importante. Debía tratarse con cariño.

Que él había sido un capullo seguro... Raúl miró el techo y se pasó las manos por la cara. Había sido un cabrón y ella tenía todo el derecho a defenderse. Lo poco que quedaba de coherencia en su cabeza le decía que en el fondo tan solo había tenido lo que se merecía, pero no le hizo caso. Aquella parte de su cerebro no parecía haber estado presente cuando sin previo aviso convirtió sus partes nobles en puré.

Tenía ganas de verla en la oficina. No iba a dejar que saliera impune de aquello.

Proposición



Si el sábado pasó rápido el domingo voló. Seguía sin creerse que ella, la mujer que nunca rompía un plato le había pateado los huevos. ¡Y qué bien se sentaba! Lejos de esa sensación de vergüenza con la que había salido el viernes ahora estaba pletórica y se vestía y preparaba al tiempo que le cantaba al espejo.

Era un gran día. No hacía mucho calor, pero no llovía. No se le correría el maquillaje y podía usar sandalias. Un vestido algo atrevido, pero cómodo ya que solo se ceñía en la parte superior de su cuerpo. Para ella demasiado escote. Para Cintia hacía falta recortar. No era muy buena en manualidades y no dejaría que practicara con su ropero. ¡Hasta había querido recortar sus pantalones! Si la dejaba los pantalones no tapanían su ropa interior y para eso... ¿por qué usarlos?

El espejo le devolvía una mujer diferente. Eran los mismos ojos, el mismo cuerpo, la misma sonrisa, pero la que le devolvía la mirada parecía a punto de seducir a alguien. Era como si aquella ropa la llevara al lado oscuro. (Demasiado friki)

Llegó poco antes de las ocho. Releyó el informe y le dijo a su ayudante que preparara las diapositivas y café. Quería que todos estuvieran cómodos y se concentraran. Amaba su trabajo. Todos pensaban que haría dibujo o educación infantil. Cuando eligió dibujo técnico no se lo creían. Ahora era una de las mejores en su campo. Buscaba la perfección y cuando trabajaba se concentraba hasta perder la noción de todo aquello que le rodeaba.

Raúl llegó y ni la miró. Se concentró en releer lo que ya sabía de memoria. Preparó varias notas por si en algún momento perdía el hilo y la miró desde lejos. Estaba diferente. Se veía más segura de sí misma y su vestido se ajustaba demasiado en el pecho. Deslizó los ojos y se entretuvo más de la cuenta. Fue pillado infraganti por Sara que carraspeó a su espalda.

Prácticamente saltó en la silla. Ya sospechaba que entre esos dos había

algo por mucho que ambos trataran de ocultarlo. Le pasó un informe sobre los gastos y materiales. Después e sonrió dándole a entender que sabía su secreto. Aquel día no comenzaba bien y no era el momento de fallar. Tratando de serenarse se acercó a su compañera, con la que tendría que hacer la exposición en menos de media hora.

- Buenos días. Veo que te has modernizado. – Clara suspiró exasperada y ladeó la cabeza. Varios de sus bucles se deslizaron hacia su escote y quedaron allí descansando mientras ella fijaba en él sus ojos.

- ¿Quieres algo?

- Avisarte que podemos ir instalándonos en la sala. Tenía pensado que empezaras tú y poder terminar yo. Al fin y al cabo, las cifras son lo que realmente les interesa. - ¿De verdad?

- Esta vez no. Hacemos una cosa. Primero les dices tú lo que de verdad les interesa para que así estén más concentrados y termino yo. ¿Si? – Movía la pierna nerviosamente y el vestido comenzaba a deslizarse mostrando una pierna firme, torneada y blanca como la leche. Una blancura impoluta.

- Creo que no entiendes la importancia de lo que tenemos entre las manos. – Ella sonrió y levantó las cejas haciendo que por un segundo Raúl se quedara mudo. Un gesto tan sencillo y sensual. ¿Quién era aquella mujer? No iba a dejar que se saliera con la suya. Aquel era el empujón que necesitaba para su tan merecido ascenso. No iba a perderlo por ella.

- Sé muy bien lo que tengo entre las manos y te aseguro que todos quedarán muy contentos si soy yo quien termina. – Sonrió inocentemente y dio el asunto por zanjado. Raúl estaba excitado ante el doble sentido. Se movía tranquilamente en la silla y parecía estarle invitando a retirarse.

- Recapacita. No estás preparada. - ¡Eso era lo último! No comprendía por qué desde el primer momento le molestó tanto su presencia. ¿Quería escalar? La competencia era buena para el carácter.

- ¿No? Entonces seguro que quedará patente. ¿No será que tienes miedo de perder protagonismo? – Se incorporó un poco y se llevó el bolígrafo a la boca. Lo mordisqueó ligeramente y elevó los ojos. – Deberías bajar a la tierra. No eres tan perfecto como te crees.

- No tienes ni idea de cómo soy realmente. - ¿No? Al contrario

de lo que creía trabajar tanto tiempo juntos le había dado una ligera idea. Ella le veía cuando bajaba la guardia y nadie era como pensaba.

- Tampoco me importa. Estoy tratando de ser cortés. Esta vez seré yo quien cierre la reunión. Si no te interesa ya sabes a qué puerta petar. – Volvió a lo suyo y le ignoró. Le sentaba bien hacerle frente. Por tratar de mantener la armonía siempre cedía ante sus reclamos. No se había percatado hasta entonces de cuanto le molestaba y la oprimía. Cada uno que luciera sus propios méritos.

La reunión fue larga y agotadora. Debía reconocer que Raúl sabía de qué hablaba y exponía los detalles haciendo que fueran fácilmente comprensibles. Ella no se quedó atrás y se movía por la sala con seguridad. Allí, rodeada de su trabajo, se sentía una Diosa. No había pregunta incómoda.

- Espero que les guste y estén de acuerdo conmigo. – Se detuvo a respirar y les miró uno a uno. Al final se centró en Raúl. Él no había podido dejar de mirarla. En aquellas reuniones parecía otra persona. Clara amaba su trabajo y conseguía absorberlos a todos en lo que decía. Sin embargo, aquel día habría jurado que tanto Daniel como Ángel no estaban mirando nada que no fuera a ella.

Se había despachado a gusto en cada detalle. Con aquel recogido el cuello, largo y sensual le quedaba al descubierto. Era un moño informal y sexy, de esos que un amante deshace con rapidez para poder introducir los dedos y separar el pelo. El vestido era demasiado vaporoso entorno a las piernas y aunque nunca dejaba ver realmente nada lo intuías con demasiada frecuencia. No debería estar permitido vestir así en la oficina.

Se despidieron rápidamente. En unos días les darían una respuesta. Todo lo que estaba en sus manos ya estaba hecho y su jefe les había sonreído antes de salir con los clientes. Probablemente ahora se sentarán a comer y hablar largo y tendido. Era como si la comida, sobre todo si era cara, ayudara a tomar las decisiones.

Clara respiró tres veces antes de acercarse. Él parecía concentrado en algún pensamiento. Se sentó a su lado y suspiró lo suficientemente alto como para que la mirara.

- Debe ser un duro golpe darte cuenta de que no eres tan imprescindible como pensabas... - Quería hacerle hablar. Pensó en salir y pasar de él, aquel era al fin y al cabo el plan, pero no fue capaz.

- Sigues siendo igualmente molesta. Aún me duelen los huevos

como para tratar de ser educado contigo. - ¿Educado? Si para él era ser educado ¿Cómo era no serlo?

- Es una pena, pero le estoy cogiendo el gusto. Eres libre de levantarte y largarte. – Se estiró como un gato. Sin sutileza. Sus pechos se elevaron.

- Tal vez lo haga. Aunque eres un poco ingenua. ¿Nunca te han dicho que no puedes fingir siempre? Y para tu información que gustaste seguro, pero si fue por el vestido o por tu trabajo ya es algo que podríamos discutir. - ¿Cómo se atrevía?

- ¿Mi vestido? ¿Es bonito? – Se hizo la inocente. Se levantó y giró sobre sí misma. – No sé qué es más triste si tratar de robarme un beso o que ahora quieras hacerme sentir mal por dejarte en ridículo. Si quieres ascender hazlo por méritos propios.

Ya no era tan divertido. Sentía que a medida que discutían y el volumen se elevaba perdía la gracia.

- Te voy a decir una cosa. – Respiró y cogió aire. Lo diría de un tirón o no podría hacerlo. Esta era ella. – A ti lo que te pasa es que estás amargado porque no has tenido un buen polvo. Amargado amargadito. Quieres meterte conmigo porque no soportas que sea feliz mientras vives en tu mundo negro. – Si no llevara esos taconazos habría bailado por la oficina. ¡Tenía ganas de hablar con Cintia! Aquella conversación era una mina de oro.

Raúl esperaba muchas cosas, pero oírle hablar así le encendió. ¿Necesitaba un buen polvo? ¿Qué sabía ella de eso? Él tenía todo lo que necesitaba. Se carcajeó sarcásticamente e iba a agarrarle el brazo cuando un tirón en la entrepierna le sugirió que mantuviera la mano sobre la mesa.

- No hables de lo que no sabes. Entiendo que alguien como tú piense que un buen polvo en hacerlo una vez al mes y en la misma posición. En tu cabeza la gente responsable está amargada. ¿Te has dado cuenta de que no puedes seguir comportándote como una cría? – Clara le echó la lengua.

- Tú eres el que tiene prejuicios. Soy como soy y déjalo ya. Tú no tienes ni idea de lo que opino o de dejar de opinar sobre el sexo. ¿Mis posturas favoritas? Te sorprenderías. Es más, he de decir que soy muyyy flexible. Es lo que tiene ser joven. ¿No será que estás algo amargado? A pesar de que solo me llevas cuatro años el tiempo no fue tan

benevolente contigo. – Era una descarada. Ver hablar a alguien con una cara angelical de esa manera le hacían pensar en jabón, mucho jabón. Bueno, también pensaba en algo más.

- Vale. Tienes toda la razón. – Se levantó y la miró. Su tono dejaba claro que le daba la razón como a los locos. – No quiero que te enfurruñes. Creo que las clases sobre educación sexual deberían dártelas tus padres. Si ves que no son capaces puedes petar en mi puerta, pero recuerda que solo serían unas clases y no seremos los protagonistas de tus películas pastelosas. - ¿Qué estaba insinuando? De nuevo no. No pensaba ponerse colorada.

- ¿El rodillazo no te dio una pista sobre lo que opino de tus clases? Tranquilo será un secreto. – Puso un dedo sobre los labios y después comenzó a mordisquear la uña negra sin llegar a rallarla con los dientes. – Hacemos una cosa. Soy una buena persona. Haré de tripas corazón. – Se acercó a él. Le notaba nervioso. Alguien podía verles desde fuera. No podían estar mucho en esa situación. – Cuando reconozcas que el único motivo de tus palabras es la envidia. Cuando reconozcas que tú, el perfecto, quieres que yo te dé lecciones sobre placer; estaré más que dispuesta para enseñarte. No puedo prometer que repitamos, pero haré que esa noche sea inolvidable. – Y se largó dejándole allí. No podía quedarse en la oficina y aprovechó para tomarse un café y descansar. Eran casi las tres y podría irse a comer directamente. Tenía el estómago cerrado y se conformó con un donut.

Cogió el teléfono y le mando un mensaje a Cintia. Necesitaba hablar. Quizás una tarde de compras y helado. Quería ver cosas bonitas y hacerse con ellas. No era una compradora compulsiva y tenía como regla no salir más de dos veces al mes. Aquellos días se dejaba conquistar por cosas que el resto del mes estaban prohibidas.

El jefe les dio el resto de la tarde libre. Al final habían aceptado. Tenían cinco proyectos más en el calendario. Aún no habían empezado y ya estaba cansada. Raúl recogió su mesa y se sorprendió mirando de reojo la de Clara.

¿Desde cuándo ella hablaba de esa manera? Le había picado la curiosidad. A veces cuesta distinguir la realidad. Demasiado juntos demasiadas horas. Con ella pagaba todo el estrés. Paradójicamente ahora que por un rato podía estar tranquilo seguía esperando que volviera a aparecer por la puerta.

No estaba ciego. Podía ver el cambio y entendía que estuviera enfadada. Aquello no le frenaba precisamente y una parte de él tenía ganas de

demostrarle cuán equivocada estaba. Era una mala idea trabajando juntos. No quería represalias. Podía empezar un juego muy dañino para ambos.

Ella había abierto la puerta. Había hecho la proposición, pero eso no era lo peligroso. Lo peligroso es que quería aceptarla. Él, que se había reído de sus expresiones y su forma de vestir, se preguntaba ahora que había cambiado su ropero que ropa interior eligió. De pronto la mujer que pensaba conocer sacaba las uñas y dejaba de sonreírle independientemente de lo que le dijera. Le devolvía las pullas.

¿Le gustaba? No lo creía. Pocas veces había trabajado con alguna mujer que le hubiera gustado, pero cuando era así no tardaba más de tres semanas en meterse en sus bragas. ¿De qué color serían? ¿Era por lo que había dicho o por el hecho de que le había rechazado? ¿Orgullo herido?

Clara se estaba montando en el coche y le vio aparecer. Tan alto y bien parecido. Su americana estaba hecha a medida y eso se notaba. Le miraba y se acercaba despacio a ella.

Clara quiso apurarse y montar en el coche, pero le temblaban las manos. Estaba nerviosa y cansada. Demasiadas emociones para un solo día.

- ¿Te vas? – Sonrió. ¿Era ella o se las dejaba a huevo?

- Duro bastante más que esto, pero sí. Es hora de descansar. – Llegó y la contuvo entre el lateral del coche y su cuerpo sin llegar a tocarla. Estaban tan cerca que cuando respiraba se rozaban ligeramente. Una caricia que los ponía nerviosos.

- No sé qué te pasa, pero para de una vez. Si estás molesta aprende a superarlo. Los pucheros siguen siendo de críos. – Le habló tan cerca que podía olerle. Una mezcla de menta y café. Era un aroma que le gustaba. Salivaba. Tenía ganas de probarle. – No sé qué intentas demostrar, pero por tu bien déjalo aquí.

- ¿Me retas? ¿Tienes miedo por mí o por ti? – Raúl levantó la mano y la deslizó por su nuca y espalda. Despacio. Su brazo la envolvía sin llegar a tocarla, al tiempo que la mano seguía avanzando. Clara se quedaba sin aire. Apenas un roce y precisamente ese era el problema.

- No quieres jugar en ligar mayores. No estás hablando de un par de besos en el coche. No quiero que te encuentres en una posición comprometida. – Sus bocas se rozaron. Con sacar la lengua podría saborearla. Él quería demostrar que tenía el control. Clara hizo precisamente lo que deseaba. Sacó la lengua y con la punta delineó el contorno de su boca. Raúl jadeó y la miró a los ojos.

- No tienes ni idea de nada. ¿Jugar? El problema es que eres demasiado viejo para recordar cómo se hace. – Podría responderle mil cosas, pero su entrepierna pensaba por él.

- No estamos en igualdad de condiciones. Para jugar ambos deberíamos tener margen de actuación y tú me dejaste muy claro que mi integridad física está en juego. – ¿Le estaba pidiendo permiso? Mucho más de lo que había hecho nunca. ¿Se lo daría?

- Aquello fue diferente y lo sabes. – Se estiró y enredó los brazos entorno a su cuello. Juntó sus caras y le miró. Ladeó la cabeza y le besó. No fue tierna. Dejó que todas sus emociones se juntaran en algo abrasivo, corrosivo. Quería destrozarle e introdujo su lengua. Buscaba algo y no sabía lo qué.

No se esperaba aquella reacción. Se veía tan pequeña que la sostuvo y la pegó a él. Le devolvió el contacto. Luchaban y se restregaban incrementando un deseo que claramente no podrían calmar. La ropa sobraba y las inhibiciones desaparecían.

Raúl se separó y trató de respirar por sí mismo. No era ni la hora ni el lugar. Lo hacía por ambos y sin embargo ella se sintió rechazada. Quiso hablar, pero le apartó y montó en el coche.

- No te enfades. Podrían vernos. – Era razonable, pero su cuerpo no lo entendía. Demasiadas sensaciones en su piel. Necesitaba terminar y saber que no podría y que sería capaz de suplicarle la hizo arrancar y salir de allí. Aquello no había terminado aún.

La mujer a la que veía irse no era la misma que él conocía. Era como abrir los ojos después de un sueño. Estaba confuso y sumamente excitado. No debía tomar decisiones en ese momento. Llegaría a casa y se pondría manos al asunto. Quizás después de una buena ducha. Era peligroso una relación entre compañeros, pero un encuentro casual y divertido no tenía ni por qué trascender.

¿Querría ella tenderle una trampa? Tenía que ser listo y andar con mucho cuidado. Una acusación de ese tipo podría arruinar su vida. Ella no era así, al menos no la Clara que conocía. ¿Lo hacía?

¿Esto es ropa?



Comprar. Tenía que pensar en comprar. Cintia había dejado de intentar razonar con ella. No tenía ganas de explicar nada. Comentar su vida era una pérdida de tiempo. Al igual que caminar por aquel centro comercial.

- ¿De verdad pretenden que nos pongamos estos vestidos? – Nada le gustaba. Algo le decía que no se refería a la ropa precisamente.
- Ilústrame ¿Qué tienen de malo? – Clara cogió uno amarillo y lo colocó para que quedara ante su cuerpo.
- Fíjate bien. Con este vestido las mujeres nos convertimos en todo testas y piernas. Muy divertido para los hombres, pero a mi modo de ver nada bonito. Una mujer son sus curvas y formas. Tenemos cintura y entre el escote y las piernas debe haber recorrido. – Cintia la miró y sonrió. A ella tampoco le entusiasmaban. Apenas cubrían nada y se pegaban demasiado arriba, dejando que el vuelo pareciera más una camiseta larga.
- Cómprate otro. – La estaba tentando. Clara bailó entre la ropa y eligió una camisa blanca, semitransparente.
- Ahora toca elegir. ¿Pezones o sin pezones?
- ¿Cómo? – Cintia se paró y la miró de cerca ¿35€? Pero si apenas tenía tela.
- A no ser que lo uses como salto de cama tienes dos opciones. Primera usar sujetador y que quede horrible o no hacerlo y alegrarles la vista a todos los hombres. Empiezo a pensar que hacen la ropa pensando en ellos y en torturarnos.
- Hoy te veo muy negativa. Aunque las mujeres nos vestimos para agradarnos a nosotras mismas también lo hacemos para gustar a los demás. Decir lo contrario sería hipócrita. – Cintia y sus amores. Su forma de pensar respecto a eso era bastante simple.
- Habla por ti. Sigamos. Esta falda de cintura me deja ver el culo

y si la pongo en la cadera necesito no sé.... ¿una 100? ¿Existe? – Aquella no era ella. Trató de ser graciosa, pero se le atragantaba. – Lo he intentado.

- ¿A qué te refieres? – Cambió drásticamente de tema, pero era algo común en ella y ya no le asombraba. Es más, Cintia había ganado una habilidad especial para comprenderla.

- Creí que podría hacerlo, pero hace unas horas le habría pedido que me follara en el aparcamiento. En aquel momento me daba igual todo. ¡Y solo fue un beso! – Su modosita estaba despertando. Tal vez el problema es que los anteriores no habían hecho que se le cayeran las bragas. Era hora de que dejara de hablar del sexo como quien habla de una paella. El sexo bien hecho es épico y se merecía disfrutarlo. Cintia sonrió ante la imagen.

- ¿Y dónde está el problema?

- ¿Dónde? Es peligroso. – No podía quedar a su merced. Su cuerpo no debía tomar las decisiones. Ella disfrutaba y mucho. Sus amantes eran generosos y pacientes, nunca fue suficiente como para que quisiera hacerlo una y otra vez, pero no fue desagradable. Sin embargo, aquella sensación, la del aparcamiento, seguía recorriendo su piel y su cerebro quería más. Mucho más. – No puedo dejar de pensar en ello.

- Hazlo. – Realmente la gente se complicaba innecesariamente. Algo le decía que él no había sido indiferente.

- No quiero parecer una desesperada. Primero le digo que no sabe lo que es bueno y luego me tiro a su entrepierna. Ni siquiera sé si aceptaría.

- De verdad. A veces eres muy inocente. Prácticamente te tentó a que le besaras. Apostaría una mano a que te desea tanto como tú a él. Sigue como hasta ahora y podrás decidir y disfrutar a partes iguales. – Paseo con calma y cogió un par de perchas. Era un pantalón de media rodilla caqui y un top de seda negra, más parecido a un salto de cama que a una camiseta. – Pruébatelo. Quiero verte. Tomaré yo la decisión así que deja de quejarte.

Clara dudaba de su elección, aunque una vez se lo puso reconoció que le quedaba genial. Era cómodo y se ajustaba en su escote y sus caderas. La camiseta era suave y el tejido sugerente sin que se viera nada. Le gustaba.

Salió sonriente. Cuando fue a pagar Cintia no la dejó y le besó la coronilla. Algo estaba cambiando en su amiga. Estaba diferente y sentía que necesitaba

ese empujón. Ese era su deber y si salía mal estaría ahí para recoger los pedazos. Era hora de que dejara sus miedos y se enfrentara a sus deseos. Hasta entonces había sido una niña buena, pero todos tenemos un lado oscuro y si lo hacía bien lo disfrutaría.

Tomaron un helado y hablaron durante horas. Quiso preguntarle sobre el amigo de su compañero. La avergonzaba aquella curiosidad. Ella que siempre había tomado lo que quería. Prácticamente había recorrido todos los lugares inimaginables. Había aprendido lo erótico del peligro y aunque algunos pusieron resistencia al principio siempre cedían.

Ella, la que todos tildaban de loca, no era capaz de preguntar. Se convencía a sí misma de que no quería interferir y perjudicarla. Era una idea que la calmó durante unas horas, pero no duró mucho.

Tortitas



No era la mejor solución. Sin embargo, si no eres capaz de dormir y tienes que consolarte a ti mismo más de cinco veces en unas pocas horas la balanza se decanta. Era un hombre adulto y capaz de reconocer sus necesidades. Tan solo se trata de satisfacer lo que el cuerpo necesita, al igual que haría con el hambre y la sed.

Era un hipócrita, pero por ahora era suficiente. Entró en la oficina buscándola con la mirada. Ella aún no había llegado y se sentó con su café entre las manos. La esperaba. Cada dos minutos miraba de nuevo la puerta.

Clara llegaba tarde. Algo inusual y molesto. Corrió hacia su mesa y se dejó caer. Al final podía respirar y descansar. Había corrido como una loca y su recogido estaba prácticamente deshecho. Soltó el pelo incapaz de rehacerlo y lo dejó caer. Se había puesto el conjunto, pero había elegido zapato plano. Para que no fuera excesivamente simple optó por unas medias colegiales de media pierna. Era un conjunto extraño y sin embargo combinaba dándole ese aire infantil del que tanto la había acusado Raúl.

Raúl tenía la boca seca. De pronto su compañera le recordaba a una adolescente rebelde y tentadora. Parecía salida de clases. Había retocado su uniforme y lo había personalizado para llamar la atención sobre sus atributos. Vale, claramente su imaginación le jugaba malas pasadas, pero la fantasía era sumamente estimulante.

- Creía que planeabas demostrarme lo madura que eres. ¿No era eso?

- Ahora no. – Tenía que recuperarse. Tenerle cerca tenía el efecto contrario. No era el momento.

- ¿Ahora no qué? ¿Sigues nerviosa por lo de ayer? Estoy más que dispuesto para aliviarte. – Lo dijo como quien habla del tiempo. En un tono bajo y ronco, pero su cara no se inmutó.

- Tengo muchas cosas que hacer antes de la reunión de las doce.

Perdona si lo último que quiero es seguir con este jueguito. Ya te avisaré cuando esté aburrída. – Fue borde. El sueño era su talón de Aquiles y no había dormido casi nada. Cuando al fin había conseguido cerrar los ojos el despertador ya estaba sonando. Es increíble, cuánto más pensaba en dormir más desvelada estaba. Había hecho una cuenta atrás mental de las horas. Finalmente, tres horas y media... ¿Quién podía rendir así?

- Veo que últimamente estás más arisca que de costumbre.

- Ahora que lo pienso lo tuyo podría ser contagioso. – Sonrió. No pudo evitarlo y él la miró con intensidad. Lejos de lo que pudiera creer ya no le parecía una actitud tan irritante.

- Si fuera tan sencillo... Creo que tú necesitarás clases particulares. – Cuando creía que ella estaba dispuesta se cerraba en banda. Clara bufó y giró la cara. Quería descansar y tenía que hacer un informe que no serviría para nada. ¿No podía dejarla un ratito?

- De verdad ahora no. Por mucho que lo desees tendrás que pensar que no es algo unilateral. Si no quieres esperar entonces nada, en caso contrario siéntate en tu silla y déjame trabajar. Cuanto más me molestes más tiempo pierdo. – Con sus palabras se recordó a si mismo tiempo atrás. Él, en aquel momento no lo había dicho para hacerle daño, es más no creyó hacerlo. Ahora comprendía su expresión. Siempre le parecía una exagerada, pero estaba acostumbrado a recibir sonrisas y buenas caras, estar al otro lado podía darte otro punto de vista. Claramente no podía tenérselo en cuenta.

- Esperaré. Aunque llámame solo si se te pasan las malas pulgas. Me gusta que me muerdan, pero tengo unos límites. – Le hizo gracia. Él lo notó y se le hinchó el pecho de orgullo. Se había reído gracias a él. Aquella sonrisa fue diferente.

- Recordaré el consejo. – Morderle era más tentador de lo que cualquiera pudiera creer. Una forma instintiva y animal de reclamarle, de marcarle y unirse al poseerle. Era algo que no había probado y pensaba hacer. Algo que solo había tratado de ser un comentario chistoso hizo que su imaginación volara. Podía sentir chispitas en las encías. Quizás, tan solo quizás ya no tenía tanto sueño.

La mañana pasó volando. De nuevo con más trabajo del que eran capaces de procesar. Todos eran conscientes de que necesitaban más personal y estaban realizando entrevistas, pero hasta entonces no quedaba de otra que

hincar el codo.

Tendrían que haber salido a las seis, pero eran las ocho cuando Clara se levantó y él dio la jornada por terminada. Apenas se habían levantado más que para comer. Todos habían salido ya. Claramente anotarían aquellas horas extra, pero en el fondo no les compensaban. El cuerpo se resentía y por mucho que en el momento no lo notaran, les costaba levantarse totalmente recuperados al día siguiente. Era como un peso que se amontonaba. Quedaba un mes y medio para las vacaciones. La cuenta atrás era la más dura.

- Debes estar agotada. ¿Te invito a cenar?

- No te sabía tan caballeroso. Dos años y de repente te interesa cenar conmigo. – De verdad. Necesitaba dormir doce horas seguidas. No creía que a su lado fuera a descansar mucho. No quería que se acercara y su cerebro dejara de funcionar.

- Hoy estás bastante respondona. Si no te apetece solo dilo. Fuiste tú quién abrió la puerta.

- Y quien puede cerrarla no lo olvides. De todas maneras, ten cuidado con los calificativos, empiezan a cansarme. – Se estiró y le miró. Parecía confuso. Ni ella misma se reconocía. Cuánto más le atacaba más le costaba volver a ser amable con él. En el fondo le gustaba el cambio operado en su persona y no quería volver a ser tratada como antes. Era mucho más sencillo atacar que ser el blanco.

- Buenas noches entonces. – Clara le agarró cuando pasaba a su lado y notó su brazo duro. Recordó como la había acorralado. Tan tenso contra ella. Un beso brusco. Su lengua parecía estar en todas partes y eso era lo que deseaba que estuviera en todas partes. Que no hubiera ningún lugar de su cuerpo que no besara, acariciara o chupara.

- No quiero salir. ¿Pedimos algo? – Raúl sonrió y le acarició la mejilla. Se veía agotada. No tenía fuerzas para sonreír o tratar de ingeniarle algún chiste. Estaba tensa.

- Está bien. No tenemos que hacer nada si no quieres.

- No hables así o empezaré a pensar que eres humano. – Se apoyó en él y caminó hasta la salida. Él galantemente le abrió la puerta y la vigilaba mientras la invitaba a sentarse en su coche. Clara debía estar nerviosa, pero apenas era capaz de abrir los ojos. Raúl le tocó la cara cuando llegaron para despertarla. La notó ardiendo.

Hacía tiempo que no cuidaba a nadie. Se sintió extraño con ella en brazos.

Se veía diminuta y delicada. Se acurrucaba contra él. Parecía soñar y no era algo agradable.

Entró y la dejó sobre su cama. Estaba realmente preocupado. Cogió el termómetro. Treinta y ocho grados con dos décimas. Estaba ardiendo. La movió y la obligó a abrir los ojos. Clara le decía algo entre despierta y dormida. No debía ser agradable. De nuevo volvía a tratar de acurrucarse.

- No. Despierta. Solo un momento. – Entre la consciencia y la inconsciencia consiguió que tomara un ibuprofeno y bebiera algo de agua. De nuevo dormida comenzó a ponerle paños fríos mientras le controlaba la temperatura. ¿Por qué lo hacía? Podía simplemente llamar a una ambulancia. No tenía ningún tipo de responsabilidad. Sabía que por mucho que dijera no lo haría.

Se mantuvo toda la noche despierto. A veces ella gemía y peleaba. Algún fantasma la acorralaba y ella trataba de defenderse. En dos ocasiones la besó en la frente. Un antiguo método para medir la temperatura que al mismo tiempo le hacía sentir bien. En aquel momento no la deseaba, tan solo necesitaba que la temperatura bajara y verla respirar con normalidad.

No sabía el momento exacto cuando se quedó dormido. Cuando abrió los ojos Clara le miraba y sonreía. Estaba más recuperada y envuelta en dos mantas como un capullo.

- Buenos días bello durmiente. – Estaba más descansada y cuando vio los paños fríos se enterneció. – Muchas gracias.

Raúl se sentía cómodo. ¡¿Qué hora era?!

- Vamos a llegar tarde. – Clara le acarició la mano.

- Tranquilo. He avisado de que ayer me sentí mal y me has acompañado toda la noche.

- ¿Qué has dicho qué? A saber, lo que estarán pensando.

- No estarán pensando nada. He dejado muy claro lo que ocurrió. – Se movió y se acercó a él. – Tenemos el día libre. Así que duerme y descansa. Si me dices donde está la cocina puedo preparar algo de comer. Aunque tendrías que tener golosinas, chocolate y helado. Puedo hacer auténticas virguerías. – Sonrió traviesa y saltó de la cama. Se sentía más fuerte, aunque no totalmente recuperada.

- Ya me lo imagino. ¿Te parece algo más sano solo hasta que te recuperes? - ¿Le estaba siguiendo el juego? ¿Qué podía perder?

- Si es por las caries que sepas que el ratoncito Pérez sube con el IPC. Dentro de poco saldrá más rentable perder dientes que empastarlos. – Raúl saltó de la cama y la atrapó. Ella se agarró a él y le dejó hacer. Era una sensación extraña. Jamás habría imaginado tanta delicadeza y preocupación de su parte.

- Estoy totalmente de acuerdo. ¿Un término intermedio? ¿Tortitas? – Clara ocultó la cabeza en su cuello y respiró su colonia.

- Justamente tortitas no sé hacer.

- ¿Y quién te ha dicho que cocinabas tú? Hoy no puedes hacer esfuerzos. - ¿Aquello era real? Era realmente difícil conocer a alguien, pero aquello era algo puntual. ¡A disfrutarlo!

- No seré yo quien ponga pegas. ¿Con pepitas de chocolate? No me gusta la nata ni el caramelo líquido. ¿Tienes leche? – Allí acurrucada y haciendo la lista de la compra. La dejó en la isla de la cocina y empezó a rebuscar en los armarios y a sacar todos los ingredientes. Le sirvió un gran vaso de leche y se lo dejó al lado.

Ella le observaba en todo momento. Le movía moverse con soltura. Le hablaba mientras cacharreaba. Estaba cómodo y eso se notaba.

- ¿Cuántas te sirvo? – levantó dos dedos y tras pensarlo mejor añadió el tercero. Aquel gesto hizo que agarrara su mano y le mordiera el tercer dedo. Ella no retiró la mano.

- Eres muy golosa. – ¿Golosa? Era como volver a una peli porno antigua. Le besó y le atrapó entre las piernas.

Se separaron y él le entregó un plato. Ella lejos de bajarse lo puso sobre su regazo y comenzó a comer con las manos. Estaba hambrienta. Raúl la miraba y ella comenzó a ofrecerle.

Él se acercaba y comía de sus dedos chupándolos hasta que no quedaba rastro del chocolate. Comenzó a preferir darle de comer. Entreabría los labios cada vez que el metía la mordisqueaba. No podía dejar de mirarle. Sus labios y su lengua la tentaban.

- Come tú también algo. Necesitas coger fuerzas. – Clara abrió la boca. Dejó un trozo de tortita con chocolate. Y la besó, un pico corto, antes de dejarla tragar. Clara ya no tenía hambre, al menos no ese tipo de hambre.

No podía más. La agarró por la camisa y tiró de él. Le besó y comenzó a

desabrocharle el pantalón. Le necesitaba dentro. ÉL en cambio necesitaba ir despacio. Quería tomarse su tiempo y le inmovilizó las manos a la espalda mientras la besaba.

Deslizó su lengua por su cuello y le mordisqueó los lóbulos de las orejas. Era una zona erógena jamás explorada que la hizo cerrar los ojos y gemir con fuerza. Acercó su pelvis a él, pero no estaba dispuesto a calmarla. No por ahora.

Quería saborearla y la hizo tumbarse sobre la isla. Fue a por un cojín y lo colocó debajo de su cabeza para que estuviera más cómoda. Le quitó el pantalón y le besó las piernas. Comenzó desde el tobillo y fue ascendiendo por la cara interna hasta que llegó a la braguita negra. Hizo el camino inverso mientras ella se elevaba pidiendo que volviera.

Después le quitó la camiseta. Esperaba un sujetador y verla vestida únicamente con una braguita de seda era impresionante. Su piel era líquida cuando su lengua la recorría. Sus pezones destacaban y le llamaban.

Acercando el sirope de chocolate dejó que dos gotas cayeran sobre el pezón derecho. El frío hizo que Clara se sobresaltara, pero él ocupó el lugar y comenzó a chuparlo. Con la lengua hacía círculos y lo calentaba para después separarse y soplarle. Estaba duro y aprovechó para darle pequeños golpecitos con la lengua.

Cuando ya creía que estaba a mil, él decidió cambiar de pezón. Volver a empezar era llevarla al límite de la locura. Su entrepierna le necesitaba. Él la tocaba en cualquier lugar menos allí donde ella le suplicaba.

- Por favor... - Estaba sensible y él lo notaba. Le quitó la braguita. Ella estaba desesperada y le ayudó. Ella ya estaba preparada para que él se desnudara y la poseyera. Cuando cogió de nuevo el bote de chocolate se puso nerviosa. Se removió y trató de cerrar las piernas.

- ¿No era que eras tan madura? Ahora me dices que jamás te han saboreado.

- La verdad es que no. No me siento muy cómoda con alguien ahí. – Aquello le pareció tierno y la besó infundiéndole confianza. – Eso no significa nada. – Estaba excitada y se sentía expuesta.

- Lo sé. Confía un poco en mí. No te arrepentirás. – Le permitió colocar la cabeza entre las piernas. Giró la cara y ocultó los ojos con el brazo.

El primer contacto la hizo saltar, pero era agradable y pronto pasó a

agarrarle el pelo y apretarle contra ella. Era todo un experto. Primero tan solo la lengua, después aprovechó lo lubricada que estaba para introducirle dos dedos.

Tardó menos de tres minutos en correrse. Raúl la sostuvo y la mantuvo haciéndola gritar y convulsionarse. Se sentía lánguida y satisfecha. Él sonreía mientras la observaba. Sus mejillas sonrojadas y sus labios inflamados eran testigos mudos de lo ocurrido. Aún no habían terminado.

Cuando la volvió a besar ella se dejaba. Era como plastilina entre sus dedos. Estaba sensible y gemía al más mínimo contacto. Él se desnudó y dejó que le tocara. Ella aprovechó para inspeccionarle. Era curiosa. Tanteaba y besaba. Cuando iba a darle un beso en la boca se paró en su cuello y repitió la tortura que él le había prescrito unos minutos antes.

Raúl se colocó entre sus piernas y tras colocarse el condón la penetro. Estaba estrecha y tuvo que detenerse y contar hasta diez para no derramarse en ella. Verla tan entregada le volvía loco y comenzó a moverse al tiempo que ella levantaba la cadera para recibirle.

A cada embiste se volvían más agresivos. Se corrió agarrándose a ella y sintiendo que las piernas le fallaban. La besó y le mordió el labio mientras ella le clavaba las uñas, demasiado sensible para dos orgasmos en tan poco tiempo. Estaban agotados.

- ¿Te apetece una ducha? – Clara se tanteó la piel. Estaba pegajosa y se pegaba a todo. Su piel hacía ventosa y unos sonidos bastante graciosos.

- Creo que no es una opción. Parezco recién salida de una lucha de barro femenino.

- La verdad es que si algún día te decides prometo ir a verte. Aunque espero que opongas más resistencia. – Estaba de broma y se notaba. Clara trató de cubrirse mientras se levantaba, pero él se lo impidió. Sus ojos brillaban y la hacían parecer etérea. Tan azules, su piel y cabello tan claros. Sus pechos eran pequeños y sus caderas estrechas, pero contrastaba con su culito respingón. Aún ahora tenía ganas de meterle un bocado. Se veía tan diminuta a su lado que se sentía un grandullón. La ayudó a bajar de la isla. Su pelo estaba revuelto y era un amasijo de oro.

- Tenías muy buenos argumentos. En concreto dos. – Estallaron en carcajadas. Ella se sentía cohibida con su desnudez. ÉL se movía con soltura sin acomplejarse de su miembro ahora flácido. Era una gran

visión. Su espalda ancha. Su piel dorada. Sus abdominales... Estaba hecho para pecar. Clara giró la cabeza y trató de apartar aquellos pensamientos. Era en lo último que debía pensar.

Cuando Clara trató de meterse sola en el cuarto de baño él la retuvo. La miraba con intensidad y se preguntaba si la estaba forzando a llegar más lejos de lo que realmente quería. Estaba disfrutando de su compañía y no deseaba que terminara todavía. Solo pensarlo hacía que se empalmara y en ese momento era algo demasiado obvio.

- ¿Puedo acompañarte? Creo que aún podríamos pasarlo bien. -
¿Aun no tenía suficiente? La verdad ninguno de sus amantes anteriores se había repuesto tan rápido. En realidad, las pocas veces que lo había sugerido le habían dejado bien claro que necesitaban un tiempo de recuperación, que no eran unas máquinas. Ahora solo le hizo falta un pequeño vistazo para comprender que no todos eran iguales.

- Creo que ya lo das por hecho.

- Bueno. Mi cuerpo y yo no vamos ahora mismo a la misma velocidad. Si por él fuera ya te habría metido en la ducha. – Señaló al mini Raúl y después se encogió de hombros. – En estos casos no es muy razonable. Aunque si estás cansada me conformo con que me dejes enjabonarte. – Estaba agotada, pero no era tonta. ¿Quién decía que no a otro orgasmo? Era como quitarse años y penas de encima de un plumazo. Quería hacerse de rogar, pero ¿y si se arrepentía?

- Acepto solo si soy yo la que te enjabona a ti. – Tenía las mejillas sonrojadas y los labios inflamados de los besos. Se veía salvaje y al mismo tiempo tierna y satisfecha.

Entró primero y la esperó mientras regulaba la temperatura. Le dio la espalda. El agua les caía sobre la cabeza y ella aprovechó que él estaba entretenido para mirarle descaradamente el culo.

Le acarició la espalda. Pudo ver sus propias marcas, señales apenas visibles, pero que demostraban lo ocurrido. Las besó y acarició. Él tensó los músculos y se quedó totalmente paralizado. Ella no había tocado el jabón, tan solo le recorría y miraba. Dejaba que el agua al caer sobre él le llamara la atención.

Se giró y ella le tocó la cara. Raspó su barba con las uñas. Un gruñido que en otro tiempo le habría hecho poner los ojos en blanco ahora le pareció un gesto íntimo. Ella quería quitarle tensión, pero no lo había conseguido. Él se

acercó y ella jadeó cuando cogió sus pechos en las manos. Conseguía cubrirlos, pero por poco.

- Solo puedo enjabonarte yo. – El la besó y pegó contra la pared. Ella pegó un salto y gritó ante el contacto con las frías baldosas.

- Yo no te estoy enjabonando. Prometo no decirte nada si sigues a lo tuyo, pero he encontrado un filón y quiero explotarlo.

- Ya veo que tu solicitud tenía trampa. Tendría que haberme dado cuenta. – Le mordió la naricilla y ella le empujó con fuerza haciéndole trastabillar.

- Me vas a matar. – El susto pasó rápidamente. Ella trató de agarrarle.

- Hay muchos motivos para morir hoy. Desnucarte no será uno de ellos.

- ¿De verdad crees que podrías matarme a polvos? Increíble. ¿No te he demostrado ya que puedo contigo las veces que quieras? – Se sintió insultada. ¿Eso pensaba?

Se arrodillo y él vio sus intenciones. Trató de retenerla. Era demasiado tierna para hacer esas cosas. Ella se escurrió entre sus dedos y le agarró. El gimió y se detuvo. Si tan obcecada estaba que lo intentara.

Lo acarició. Estaba ya bastante duro y lo probó. Su lengua disfrutaba de tanta suavidad y se esforzaba en recorrer su glande. Raúl se estaba volviendo loco. Realmente le ponía empeño y le devoraba como si fuera lo más sabroso que había probado jamás.

De pronto le llevó mucho más adentro acompañándose de la mano. Movimientos fluidos. No eran constantes. No podía concentrarse ya que no sabía que esperarse. Tan pronto iba rápido como ralentizaba. A veces retiraba la boca y le soplabla. Otra le engullía y dejaba de mover la mano. Y cuando pensaba que podría aguantar aunó esfuerzos. Boca y mano. Cada vez más rápido. Le agarró la cabeza y ella le dejó.

Raúl echó la cabeza hacia atrás y gimió. Estaba en el límite. Trató de apartarla, pero ella no se lo permitió. No quería derramarse. No podía hacerle eso. Le faltaban las fuerzas y ella no le soltaba. Finalmente, no pudo contenerse más y se dejó ir.

Estaba agotado. Se sentía de gelatina y tenía ganas de besarla y estrujarla contra él. La había controlado como una marioneta. Quizás aquella mujercilla no era como había creído.

Se levantó y fue a lavarse la boca dejándole a él en la ducha. Volvió poco después y él seguía en la misma posición. Le miraba sin moverse y una sonrisa le cruzaba la cara.

- ¿Sigues pensando lo mismo?
- Bueno, pensar, lo que se dice pensar.... Deberías hacerme esa pregunta en un rato. – Clara se acercó y le miró de cerca. Estaba relajado y sonreía sin pudor. Rara vez sonreía y verle así era terreno desconocido.
- ¿Cuándo me toca a mí? – Raúl no podía. No en esos momentos. Le había exprimido completamente. Si ahora mismo trataba de correrse saldría zumo de limón.
- Matarme no sé, pero me estás dejando seco.
- Espérame aquí. Si ese es el problema iré por algo de beber. ¿Tienes bebidas isotónicas? – Raúl la atrapó antes de que saliera de la ducha y pegó su espalda contra él.
- Eres muy listilla y no me vendría mal, pero no es una poción mágica. Sin embargo, como bien has demostrado tú puedo seguir cumpliendo. ¿Nos duchamos y te lo demuestro? – No tenía gracia si él no estaba involucrado. No quería que cumpliera, sino que lo deseara. Que buscara su placer como preludio no como pago.
- Da igual. Déjalo. – Se tensó y parecía distinta. Su tono estaba más apagado y no quería volverse para mirarle.
- ¿Qué ocurre?
- No quiero un pago a mis servicios. – Su voz temblaba. Se irguió y le enfrentó. – Quiero que cuando me... “saborees” lo desees.
- Eres tonta si piensas que no lo disfruto. Si pudiera empalmarme ahora mismo no me importaría terminar en carne viva. – Estaba loco. Aquel “tonta” le llegó al alma. Su tono, su candencia eran solo para ella.
- Podemos descansar un poco. Tampoco me vendría mal. ¿Nos duchamos entonces? Sabías a chocolate... - Raúl la besó y entró en su boca. Aún había algún que otro resto a él. Le había acogido y recibido.
- Contaminación cruzada.

Ambos estaban más desinhibidos. Se limpiaron la espalda mutuamente. Se enjabonaron y él le lavó el pelo. Despacio. Le masajeaba el cuero cabelludo. Le gustaba la forma en la que ella cerraba los ojos y ronroneaba. Le gustaba.

Sus cabellos eran suaves y se escurrían entre sus dedos. Era algo agradable y el tiempo perdía el sentido.

- Podría estar haciendo esto toda la vida. Tienes tanta espuma que puedo peinarte y fijar el peinado.

- Jajaja. Si tanto te gusta sigue. No me quejare. Lo prometo. – Ella se estaba dejando llevar. Aquello tenía como fin demostrarle algo. Podía disfrutarle, pero no podía perderse en él.

- Nos vamos a quedar arrugaditos como las pasas.

Se secaron y envolvieron en toallas. Volvieron a la cocina y comieron entre las sobras. Estaban frías, pero ninguno se quejó. Era un gran cocinero.

- Al final va a ser verdad que todos tenemos algún talento oculto.

- ¿Oculto? Te lo he dicho muchas veces. Para mí las mujeres son pan comido. – Comer había comido y mucho.

- No me refería a las mujeres... Tranquilo siempre puedes mejorar. Ahora la cocina la manejas genial. ¿Nunca has pasado convertirte en cocinero?

- ¿De verdad desaprovecharías todas mis cualidades encerrándome en una cocina? – La amenazó con el cubierto y empezó a recoger.

Clara se lo estaba pasando bien, pero no quería prolongarlo mucho más. Siempre se ponía alguna excusa. Primero verían una película y descansarías. Después le parecía frío irse sin más, pero cuando ya habían cenado y se hacía de noche no pudo posponerlo más.

Necesitaba pasar por casa y el sueño se terminaba.

- Venga va. Quédate y mañana antes de ir a trabajar pasamos por tu casa para que te cambies.

- Por muy bonito que suene odio madrugar. Cada minuto cuenta cuando se trata de dormir. – Se vistió y se preparó mientras él la miraba de reojo. No sabía por qué, pero le molestaba. Habían permanecido en una burbuja.

Quería insistir más, pero su orgullo era más fuerte. La vería al día siguiente. No sería lo mismo.

Hogar



Clara entró en el piso y se quitó los zapatos. La comodidad del hogar era insustituible. Aquel era su reino y ella se movía a su antojo. No lo había pasado mal, pero allí no podía evitar moverse con cuidado y precaución. Era como estar siempre atenta para saber dónde podía entrar o que podía tocar. En su reino si le apetecía un helado no podía abrir el congelador y cogerlo.

Sonrió al pensar en lo que había sucedido. No se reconocía. El tiempo había volado y al día siguiente tendría que compensarlo. Su jefe les había concedido aquel día al saber que no se encontraba bien y ella no había entrado mucho en detalles. Lo único que le había dejado claro era que no había nada raro y que no la había querido dejar sola por si necesitaba cualquier cosa. Ante sus ojos no solo eran compañeros sino también amigos. ¿Quién no se llevaba bien con ella? Realmente fuera de aquel pequeño lapsus no podían ni hablarse.

No podía dejar de pensar. Sobre la cama le echaba de menos. ¿Se había vuelto adicta en tan poco tiempo? Cuanto más lo habían hecho más se deseaban. ¿Él sentiría la misma necesidad en esos momentos?

Llamó a Cintia. Parecía adormilada y eso la sorprendió. Antes de las tres jamás dormía.

- Hola pedorra. – Unos susurros al otro lado de la línea. Probablemente no estaría sola. Eso ya tenía mucho más sentido.

- Hola. Perdona. Un segundo. – No era la primera vez que salía de la habitación para atenderla. Estaba acostumbrada a esos minutos de espera. Ya había dejado de preguntar, nadie le duraba más de dos noches seguidas. – Ya estoy aquí. ¿Qué paso? ¿Por qué no contestabas? Te he debido de mandar más de veinte mensajes. Si no fuera porque te conozco diría que no querías que te encontraran.

- Estuve enferma. La verdad es que tuve bastante fiebre. – Hizo una pausa. Quería que ella no sospechara nada cuando soltara la bomba.

- ¿Y cómo no me llamaste? ¿Ya estás mejor? ¿Necesitas que vaya? – Estaba nerviosa. No importaba lo que ocurriera cuando se necesitaban la otra acudía. Nunca fallaban.

- Tranquila. Ya estoy mejor. No sé si fue el cansancio, el caso es que después de una siesta reparadora y un par de ibuprofenos vuelvo a ser la de siempre. – Se oía una voz al otro lado. Claramente Cintia había tapado el teléfono para que no lo escuchara.

- Menos mal. ¡Ay! – Cintia parecía sentirse incómoda. Algo le decía que no había llamado en el mejor momento.

- Si quieres te llamo en otro momento.

- Tranquila. Sabes que no dudaría en decírtelo. La verdad es que no sé por qué no me llamaste.

- La verdad es que no estaba sola. Estaba en el piso de Raúl.

- ¿Hablas del Raúl al que le pateaste las pelotas? No te veía haciendo nada con él que no fuera jugar al fútbol. – Se rio ante su propia broma. Bastante gastada. El propio Raúl había mencionado el tema al menos en dos ocasiones aquella tarde.

- Sí. También hemos pasado hoy todo el día juntos. Bueno... hemos hecho algo más que pasar el día juntos. Muchas, muchas veces. – Una risa tonta la atrapó. Siempre era ella la que escuchaba. Estar al otro lado era refrescante.

- Espero que estuviera a la altura. Por tu voz entiendo que te lo has pasado muy bien. Quiero detalles.

- Tranquila. Te lo daré. ¿Te apetece quedar mañana después de trabajar?

- Hecho. Ahora te dejo descansar. Creo que lo necesitas y yo tengo un plan bastante atractivo en cama. – Cintia estaba extraña. Parecía nerviosa.

Se revolvió entre las sábanas y cerró los ojos tratando de volver encima de aquella isleta. Aquel había sido el mejor polvo y lo revivió a conciencia.

El teléfono vibro en la mesilla. Era su jefe preguntándole como se encontraba y si mañana ya iría a trabajar. Confirmó la asistencia. Estaba agotaba, pero el motivo no creía que fueran justificables para tomarse otro día más.

Estaba tan acostumbrada a ser comedida que todavía no se creía lo que había hecho. Le había acogido en su boca y lo había disfrutado. Con cada gemido ella se desbocaba. Al principio había dudado, pero después sintió que

tenía el poder. En esos minutos ella le controlaba. Sus músculos se tensaban y ella se sorprendió orgullosa de haberlo provocado. Siempre creyó que se sentiría en inferioridad, sumida, arrodillada ante un hombre. La realidad es que fuera de la postura ella lo controlaba todo. Era sumamente erótico.

Raúl parecía diferente, pero nadie le aseguraba que hubiera cambiado. Quería seguir tirándosela y eso hace que muchos hombres digan y sean como una busca.

No iba a negar que era realmente sublime y sabía lo que se hacía. Prácticamente conocía su cuerpo mejor que ella misma. Ese era precisamente el problema. Notaba que las cosas no estaban saliendo como deseaba. Necesitaba reencaminar la situación sin llegar a salir lastimada. Había sido una ingenua al pensar que sería capaz de separar. ¿Separar lo qué? Oía una y otra vez a Cintia decir que era lo mejor, pero era imposible. ¿Cómo puedes sentir la inmensidad de un beso si no te entregas completamente? Y si te entregas ¿Cómo puedes no sentir?

Clara negó con la cabeza mientras se preparaba un chocolate caliente y se sentaba con su libro favorito sobre las piernas. En realidad, tenía varios libros favoritos dependiendo de su estado de ánimo. En ese momento necesitaba una historia de amor, de esas que no terminan jamás. Ansiaba ponerse en la piel de quien sabe que terminará feliz.

Al llegar al tercer capítulo comprendió que no podía seguir. Ahora cuando leía sobre el apuesto Connor veía a Raúl y al leer cómo poseía a la protagonista era ella quien ocupaba ese puesto. En el fondo siempre se había sentido atraída por él. Lo malo es que ahora sabía que estaba mucho mejor de lo que su imaginación pudo haber llegado a pensar. Ahora sabía cómo reaccionaba su cuerpo. No quería volver a la normalidad.

Ahora su vida se le antojaba insípida, anodina. Las palabras de Cintia sobre que no había vivido realmente resonaban en su cabeza. En realidad, nadie antes la había despertado de esa manera. Él había tocado un interruptor secreto y no solo su cuerpo se había despertado de golpe.

Raúl la transformaba. La encendía y no solo físicamente. Se divertía con la más insignificante y las responsabilidades y todo lo que era importante pasaba a un segundo plano.

- No soy una cría. Al final va a tener razón y todo.

Aún podía oír sus palabras. Si lo que quería era odiarle tenía suficientes recuerdos de él menospreciándola o increpándola. Ahora ya no parecían tan

graves, quizás el tiempo había hecho mella en las acciones.

Raúl claramente tenía alta la autoestima y bajársela era misión imposible, pero ¿y ella? ¿Podría resistir el golpe cuando todo terminara? ¿Tenía derecho a reclamar algo cuando ella misma había marcado las reglas? ¿Hasta qué punto podía estar segura de que él había sido sincero?

Tras tantos años a su lado, cuando las feromonas volvían a la normalidad, las dudas aparecían de pronto y la consumían. ¿Desde cuándo él la trataba así? ¿Alguna vez se había preocupado de esa manera? Ni siquiera en el entierro de su abuelo. Apenas si le había dicho un lo siento antes de bajar con sus amiguetes al café. La delicadeza de las últimas horas bien podrían ser una treta viendo que al fin tenía competencia por el ascenso. ¿Valía tanto el puesto como para dañarla de esa manera?

Clara dejó la taza sobre la mesa y caminó hasta el ventanal que había al fondo y ocupaba el sesenta por ciento de la pared de su salón. Solo por eso había comprado el piso. Amaba la luz natural. Había buscado el más luminoso y estaba satisfecha por la elección.

Ya era de noche y aun así la ciudad seguía iluminada. Quizás las preocupaciones mantenían en vela a la población o tal vez ya hubieran caído rendidos. Sin embargo, nadie sabría jamás que tras esos cristales se sentía sola. Tenía a sus padres, a sus amigos, sabía que podía contarles cualquier cosa y aun así allí estaba ella.

Apoyó las manos y sintió el frío. Podía traer a su memoria muchos recuerdos bonitos y eso intentó. Fueron los ojos de Raúl los que acudieron. Recordaba aquella mirada. Intensa. Capaz de atravesarla y ver mucho más allá. Nunca nadie la había mirado de esa manera y se sintió pequeña. Muy pequeña y desnuda ante él. En el sexo era relativamente sencillo sentirse bien, dejar que las hormonas tomen el control y la naturaleza haga el resto. Al terminar es otro tema.

Ya era suficiente. Pensar demasiado era su gran defecto.

Guardó el libro en la estantería y acarició los lomos que la decoraban. Amaba cada uno de esos ejemplares. Cada uno contenía una historia que releía cuando tenía tiempo. Pocas veces lo tenía. De vez en cuando añadía uno nuevo a la colección, pero solo los mejores. Esos que la hacían pensar y recordar. Situaciones que de repente saltaban a su mente y la hacían sonreír o reflexionar.

Raúl tenía sus armas y ella también. No debía olvidarlo. Lo había visto en su cuerpo. Cada vez que estaban cerca reaccionaban. Podría mentirle en

muchas cosas, pero tenía ojos en la cara.

Suspiró y se dejó caer en la cama. Cuando se fue parecía molesto y podía llegar a entenderle. El rechazo o no saber lo que otra persona tiene dentro de la cabeza puede llevar a muchos malentendidos.

¿Qué estaría haciendo Cintia en esos momentos? Algo le decía que no era una noche cualquiera. No tenía motivos para pensar eso y no obstante su intuición la avisaba. No quería preguntar, ella le diría algo si lo creía conveniente. Ambas acudían a la otra cuando era necesario.

Aún notaba el escozor entre las piernas. Lánguida y plena. Le había dado más orgasmos en un día que los que había tenido en los últimos seis meses. Debería reiniciar su agenda de contactos. Era injusto condensar el placer en una sola persona. Raúl claramente no fardaba cuando decía que conocía cada uno de los puntos erógenos de una mujer y eso que más de una vez le había dicho asustada que “no tocara ahí o no hiciera eso ni loco”.

Clara sonreía y no sabía por qué.

¿En la oficina?



Raúl golpeó la sabana y se levantó. Eran las seis de la mañana y aún quedaba mucho para tener que ir a la oficina. En otra situación habría tratado dormir de nuevo, pero era inútil.

Cogió el coche y acudió a aquel impresionante edificio consciente de que abría él. Estaba completamente solo en aquel lugar. Tanta gente dependía de aquel sitio y él aspiraba a lo más alto. Por un momento había llegado a olvidarlo. Había dejado demasiadas cosas atrás por llegar hasta donde estaba.

Se paró al lado de la mesa de Clara y la golpeó con fuerza. Ella parecía una buena mujer, no obstante, el brusco cambio acaecido era algo raro. Él no dudaba de su encanto ¿Entonces? ¿Por qué siempre pensaba lo peor de ella? Era como si no pudiera evitar que acudiera a su mente, pero el miedo o las dudas siempre venían detrás.

Él mismo había aceptado. Había disfrutado como un colegial. Incluso ahora al recordarlo volvía estar empalmado. Era consciente de que no podría tener las manos lejos de ella y menos después de verla sin ropa. Tardaría en cansarse, pero lo haría. ¿Qué pasaría entonces? Ya intentó una vez ser fiel y no fue precisamente bien.

¿En qué punto se puede decir que una persona ha cambiado realmente? El problema es que no lo sabía y arriesgarse podía llevar a que en el futuro no fueran capaces de trabajar juntos. La empresa no lo permitiría. No era que se estuviera planteando algo serio. ¿No?

Lanzó el maletín sobre su silla y fue a por un café. Estaba en el punto de inflexión. Dependiendo de cómo jugara sus cartas esos días podría pasar una cosa u otra. ¿Entonces por qué no podía concentrarse?

El viernes, es decir mañana, hay una reunión de accionistas. Los jefes de equipo también están invitados. Probablemente sea cuando tomen una decisión. Una cena en uno de los restaurantes más caros de la ciudad. ¿Cómo iría Clara y lo peor con quién? Aquella pregunta escocía. De pronto

imaginarla del brazo de otro hombre le hacía querer partir un par de caras. Quizás podría engatusarla para invitarla y hacerle creer que es idea suya. Ella no era tonta, pero se dejaba llevar por arranques que podría usar en su contra.

En esos momentos, urdiendo su maléfico plan para lograr que fuera con él y no con otro, sí parecía el mismo. El hombre de negocios. El titán empresarial. Tenía una fama por algo, no por el anónimo miento de los últimos días. ¡Sí ni siquiera había protestado cuando ella había decidido unilateralmente pedir el día libre para ambos! Aunque... ¿Cómo iba a protestar si tenía la boca llena?

Raúl estalló en carcajadas y estuvo a punto de atragantarse cuando la vio entrar. Parecía nerviosa y fue directa a su mesa. ¿Qué haría a esas horas allí?

El primer instinto fue llamarla, decirle algo, pero tenía demasiada curiosidad por saber qué era lo que hacía allí como para hacerlo. Decidió esperar. Dejar que ella misma se percatara de su presencia.

El tiempo pasaba. Más de diez minutos y ella estaba enfrascada en su trabajo. Realmente si él no hacía algo no se percataría de que no estaba sola. No había levantado la cabeza ni una sola vez.

- ¿Sabes que estas horas extra no te las pagan? – Clara pegó un respingo y gritó asustada. No esperaba encontrar a nadie y menos sentir su aliento en la nuca.

- Deberías ponerte un cascabel. – Como las serpientes. Aquel hombre era peligroso para su salud.

- No creo que vaya a juego con la corbata. – Clara trató de normalizar su pulso y giró la silla para poder tenerle de frente. Así sentada tenía que mirar hacia arriba y no le gustaba la posición.

- Tranquilo. Nadie se fijaría si te quitas esa cosa del cuello.

- ¿Perdón? ¿Se puede saber qué le pasa a mi corbata? – Raúl se acarició la corbata negra con puntitos amarillos que le había costado más de ciento ochenta euros. – La dependienta me dijo que...

- Vale, vale... Déjame adivinar. – Clara puso un dedo sobre los labios e hizo morritos. - ¡Ya sé! – Se levantó y colocó la mano derecha sobre su pecho mientras ponía cara de admiración. – OH, Dios... Te queda como un guante. – Su tono era agudo, demasiado. – Nadie podría lucir mejor que tú la corbata. Al menos el payaso que la llevaba antes no. – Clara estalló en carcajadas mientras Raúl la miraba tratando de aparentar seriedad.

- ¿Payaso?

- Era eso o que alguien había cogido el permanente más chillón y

se había ensañado.

- Algo me dice que no sabes mucho de moda. – Clara se encogió de hombros y dio una vuelta sobre sí misma.

- O queda bien o no.

- ¿Sabes por qué llevo corbata? – Clara le miró en silencio y negó con la cabeza. – Pues es realmente útil. La llevo por tres motivos. – Clara tragó cuando él comenzó a acercarse despacio. Apoyó las manos en la mesa que había detrás de ella y se sintió arrinconada. No había esperado encontrárselo allí. Tan solo había ido porque dar más vueltas en cama no haría más que desgastar el colchón. – El primero es que es elegante.

- Si tú lo dices... - Raúl se hizo el sordo y siguió levantando el segundo dedo.

- Dos, que cuando estoy nervioso puedo jugar con ella. – Clara le miró enternecida. – Y tres que cuando quiero puedo jugar con ella.

- Te repites. – Raúl acercó su boca a la de ella y sonrió.

- No, no lo hago. Si quieres más tarde te enseño a qué me refiero. – Clara sentía las piernas de gelatina. Jadeaba incapaz de respirar con normalidad. Ella quería llevar la delantera, pero disfrutaba siendo acorralada, seducida. Nadie le había hablado como él, de una forma tan cruda y visceral. Acababa de descubrir que le gustaba.

- No... no me gusta que me aten.

- ¿Lo has probado? – Clara sentía la boca seca. Quería hablar. Exponer sus grandes argumentos, no era la primera vez que los usaba, no obstante, era incapaz de hacer algo más que volver a negar con la cabeza sin llegar a despegar sus ojos de los de él. - ¿Entonces cómo puedes saber que algo no te gusta si no lo has probado?

- Hay cosas que se saben.

- No lo creas. Las mejores cosas son las que no te esperas. – Raúl la besó de golpe y ella olvidó respirar. Sus alientos se fundieron y se saborearon ansiosos. Sus manos recorrían al otro con brusquedad. Necesitaban más, algo rápido y furioso.

Raúl le levantó la falda. Clara quería detenerle, pero se sentó sobre la mesa y abrió las piernas mientras acallaba el lado sensato de su mente que todavía se resistía. Si no vivía aquello no sabía si volvería a tener una oportunidad así.

Raúl se sacó el miembro y lo guio hasta su entrada. Un golpe y estaba

dentro.

- Estás tan mojada... - Raúl se movía sin pensar en el ruido o en las cosas que rebotaban y empezaban a caer al suelo. Ya le ayudaría luego a recoger.

Clara se agarraba a él con fuerza y gemía. Era un sonido sordo, inconfundible. El olor a sexo les rodeaba y les aupaba en aquella ola de placer. Los orgasmos se acercaban arrolladores.

Raúl la penetraba tratando de atravesarla, de llegar a donde no había llegado ningún otro. Su cabeza estaba enterrada en el hueco del hombro de ella y jadeaba incapaz de mantener silencio.

- No puedo aguantar más. – Mierda. No había usado protección. Raúl trató de salir, pero ella le envolvió con las piernas.

Clara no pensaba en nada. Quería terminar, quería el orgasmo.

- No tengo puesto el condón. – Clara le miró y gimió ante el miedo de que todo terminara tan bruscamente.

- No tengo enfermedades y tomo la píldora. – Raúl tenía sus dudas. – Joder sigue. Por favor.

Raúl no pudo negarse y se meció incontrolable en su interior. Era tan resbaladiza y sus paredes le absorbían llevándole más allá de toda coherencia.

Clara no pudo aguantar más y cuando Raúl sintió las contracciones se dejó ir. Ambos permanecieron abrazados varios segundos incapaces de hablar. Lo que había ocurrido era grave. No solo podían haberles descubierto, sino que eran unos irresponsables.

- Lo siento mucho. – Raúl no podía creer lo que había hecho. Lo importante del sexo era tomar precauciones, evitar que surgieran las complicaciones. Necesitaba estar seguro de que aquel acto no volvería para martirizarlo. - ¿Tú tomas precauciones? – Clara no tenía ganas de hablar de si tomaba o no la píldora con él, pero parecía tan aterrado que se compadeció.

- Sí. Puedes estar tranquilo. – Raúl se recolocó la ropa y miró a su alrededor. Menos mal que estaban solos.

Clara se arrodilló para recoger los papeles y bolígrafos que había diseminados por el suelo. Estaba aturdida.

Raúl se acuclilló a su lado y la miró de cerca. Estaba colorada y parecía

estar muy lejos de allí. Rozó varias veces sus dedos al recoger las cosas, pero ella no parecía percatarse.

- No quería molestarte. – Clara le miró confusa.
- No estoy molesta. Ha sido entretenido.
- ¿Entretenido? – Raúl estaba ofendido. Jamás habían usado un término tan denigrante para sus artes amatorias. – Pues yo diría que no duraste ni un minuto. Además de que me has empapado.
- Pues deberías ir a limpiarte. No creo que quieras que te vean en esa guisa. – Raúl dejó las cosas con brusquedad sobre la mesa y la cogió por los brazos obligándola a incorporarse. - ¿Qué ocurre?

Clara no estaba segura. Jamás había actuado de esa manera. No había pensado, ni un solo pensamiento había cruzado su mente cuando le sintió tan cerca. Tardó varios minutos en recuperar la capacidad de unir dos palabras con coherencia y aun así ni con toda su fuerza de voluntad habría logrado separarse de él en esos momentos. ¿Y si hubiera aparecido alguien? Raúl incluso podría salir bien parado, pero ella...

- Nada. – Clara giró la cara para evitar mirarle a los ojos. Aquellos ojos la conocían, la miraban con intensidad y eran capaces de escanear en lo más profundo.
- ¿Por qué será que no te creo?
- Eso es problema tuyo.
- ¿Mío? – Raúl la zarandeó con cuidado y ella finalmente le miró. – No soy yo la que parece que va a una colonoscopia. – Clara sonrió.
- ¿No podemos dejarlo así? – Clara se apoyó sobre la mesa y Raúl la dejó escurrirse entre sus manos.
- Me gustaría saberlo. – Clara fue consciente de que no se lo exigía. No tenía ganas de confesarse. Y, sin embargo, no soportaba negarle algo cuando le hablaba de esa manera.
- Nunca había actuado de esta manera.
- ¿Y eso es tan grave?
- Lo es. Podrías tener cualquier enfermedad o podían habernos pillado. Esta no soy yo. – ¿Enfermedades? ¿Qué tipo de idea retorcida tenía de su persona?
- Yo
- NO tengo ninguna enfermedad puedes estar tranquila. – La

oficina estaba en silencio. Aún faltaba más de media hora para que empezara a llegar la gente. - Ambos sabemos que no hay nadie en el edificio y no es que nos tomáramos las cosas con calma.

- Ciertamente nunca habías tardado tan poquito. Claro que apenas hemos... - Raúl sonrió al ver que no era capaz de decir la palabra.

- ¿Hemos? ¿Copulado? ¿Follado? ¿Hecho...

- Ya. Para. Sí, eso. El caso es que creía que durabas mucho más, pero teniendo en cuenta el ritmo al que hemos... follado es comprensible.

- Ni es comprensible ni tengo ningún tipo de problema al respecto. - Clara levantó la ceja derecha y Raúl le pellizcó la mejilla. - Eres una graciosa. El caso es que no parece que tu tardaras mucho más en correrte como una loca.

- Yo no diría tanto. - Aunque seguía relajada y sumamente sensible. Se estremecía cada vez que él se acercaba.

- ¿No? - Raúl se inclinó y olisqueó su cuello. Clara jadeó y apoyó las manos en sus hombros. - Yo diría que eres una mentirosa y que hueles a sexo. Me encanta cuando hueles a sexo... - Clara se atragantó y se sintió sexy. Estaban tan cerca que ambos eran conscientes de cada curva o recta.

- ¿Y tú qué? Parece que ya estás preparado para el próximo asalto. Sabes que no podemos ¿Verdad?

- Sí. Aunque temo que se me gangrene. Pocas veces ha estado tan dispuesta a dar guerra. - Clara le besó incapaz de contestarle. Mordisqueó su boca. Le encantaba morderle, sentir sus labios bajo sus dientes y contenerse para no dañarle.

Raúl introdujo la lengua despacio. Saboreó su boca, con un ligero aroma dulce. Inhalaba las respiraciones de ella. Jadeaban al unísono.

- No creo que te resistieras mucho. - Clara no tenía ganas de trabajar. Tenía la impresión de que cualquiera que la viera podría suponer lo que había ocurrido. ¿Sería capaz de trabajar junto a él sin que nadie notara lo nerviosa que se ponía? - Exudas sensualidad. - Raúl la apretó contra él.

- ¿Te parece un juego? - Ella misma quería jugar, pero se sentía en desventaja. - Podría perderlo todo. Aléjate. Déjame respirar. - Tenía que calmarse. Frío, necesitaba frío.

Raúl se separó manteniendo las manos en alto. Entre ambos el aire estaba viciado, caliente. Sentía la química, el deseo condensado. Negar que se estaban conteniendo era una locura, igual que lo era pensar que podrían evitarlo mucho tiempo.

- No sé qué es lo que te molesta tanto. Estamos solos.
- Debemos tener cuidado.
- Y lo tenemos. Prometo ir con muuucho cuidado. – Clara bufó y se giró evitando seguir mirándole.
- Hay una norma para lo que sea que estamos haciendo y es que en la oficina ni agua. Aprende a mantener a tu pajarito bajo control o lo haré yo. – Agarró las tijeras y se las mostró levantándolas por encima de la cabeza. Ambos tenían la culpa, no obstante, necesitaba que fuera él el que se alejara. No confiaba mucho en ella misma en ese momento.
- No creo que fueras capaz de privar al mundo de mini Raúl.
- ¿Privar al mundo? – Clara sintió que se enfriaba al imaginarle con otra. ¿Al mundo? – Cada vez tengo más ganas de usarlas.
- Casi mejor voy a ver...
- Sí, eso. Vete a ver. – Clara recolocó la mesa. Estaba enfadada. ¿Besaría igual a las otras mujeres? ¿Estaría con otras al mismo tiempo? Joder, si apenas se habían acostado unas cuantas veces. ¿Desde cuándo le importaba lo que hicieran una vez salieran de su cama?

Escocía. Él estaba tan tranquilo mientras ella no podía evitar aquella quemazón. Quería golpearle, gritarle, pero era estúpido hacerlo. No haría más que ponerse en ridículo. Debía tomar distancia.

Raúl se acercó y se sentó sobre la mesa.

- Por cierto. ¿Con quién irás a la cena?
- ¿Cena? – Clara se hizo la tonta. No tenía ni la más remota idea de con quién iría. Si fuera por ella iría con Cintia, pero no estaría bien visto. En otras circunstancias no le importaría lo que pensaban los demás.
- Sí. La cena de empresa. – Raúl la evaluó deteniéndose en el escote. Aquellas pequeñas le llamaban. Jugaría con ellas todo el día. Aún podía notar su sabor, su tacto.
- No lo sé aún. No he tenido mucho tiempo estos días para pensarlo.
- Pues tengo la solución a tu problema. Puedo acompañarte. – Se

miró las uñas como si no estuviera pendiente del más mínimo movimiento por su parte.

- ¿Puedes? Que generoso. El caso es que no te lo he pedido.

- Yo lo decía por dar una imagen unida. Para los demás iríamos en plan amigos. No me salió muy bien el año pasado.

- Lo recuerdo.

- Sí. Yo también. – Clara quería arrancarle aquella sonrisa arrogante de la cara. – La tía era impresionante y sabía hacer unas cosas... - La estaba picando. Sé que no será tan divertido, pero así podré mantener la mente fría. – Estaba ofendida. Raúl se percató de que se mordía los labios con fuerza. En otras circunstancias le habría insultado. Le habría dicho de hasta que se moriría, pero no quería volver a lo mismo. Él no podía insultarla. No le daría ese poder.

- Estoy segura de que sería un gran sacrificio. – Se levantó y le agarró por el cuello mientras ejercía una ligera presión. Raúl se quedó sin palabras, no movía ni un solo músculo. Clara trataba de intimidarle y se perdió en la fuerza de sus falanges. – No querría hacerte daño y sé que por mucho que digas el problema es que te estás volviendo adicto. – Raúl tragó saliva.

- No sé a qué te refieres.

- ¿Quieres acompañarme? ¿Por qué habría de perder una gran noche contigo? – Raúl quería exponer y argumentar, ganársela con su labia. ¿Por qué su mente no reaccionaba? – Estoy segura de que cualquiera de tus Barbies pueden cambiar sus planes. – Le soltó como si le diera asco con un pequeño empujón que le hizo bajar de la mesa.

- Seguramente. No obstante, podríamos concentrarnos y divertirnos después... - ¿Estaba pidiéndoselo?

- Suplica.

- ¿Perdón?

- Pues eso, suplica. ¿Quieres que vaya contigo? Entonces arrodíllate y suplica. - ¿Se había vuelto loca? Raúl jadeaba ante la idea. No le avergonzaba precisamente arrodillarse, pero suplicar era otra cosa.

- No creo que sea necesario. Ambos sabemos...

- Por Dios. Pretendías convencerme. Suplica. – Ahora era ella la que estaba apoyada sobre la mesa. El reloj se acercaba a la hora de entrada y a partir de ese momento podría entrar cualquier y

descubrirles. – Deberías apurarte. No te queda mucho tiempo.

- No lo haré.

- Allá tú. – Se volvió dispuesta a olvidarse de él. Raúl la abrazó con fuerza.

- No me pidas eso.

- Te pido lo que me da la gana. – No tenía ni idea de por qué se lo pedía. Ella se había sentido humillada muchas veces por su culpa. Ella había cedido tantas veces... ¿Era una revancha o una venganza? ¿Hasta qué punto no influía el hecho de haberle imaginado con otras? Quería el poder. Lo necesitaba.

Raúl se arrodillo e hizo un gesto cómico.

- Por favor señorita ¿Quiere venir al baile conmigo? – Iba a incorporarse cuando ella colocó el zapato de tacón rojo sobre su hombro y le impidió que se pusiera de pie.

- Mírame. – Raúl elevó los ojos y sintió el tirón en su entrepierna. Se le veía poderosa, fuerte y desde aquella posición podía ver la braguita negra de seda que había deslizado hacia un lado apenas unos minutos antes. – Besa el zapato. – Raúl lo hizo sin despegar los ojos de ella. Clara estaba mojada y no podía detenerse. Era adictivo verle así. Quería poseerle y dominarle. Hacer que deseara cumplir cada uno de sus deseos.

- Van a vernos. – Clara miró alrededor y aguzó el oído.

- Entonces tendrás que tener buenos reflejos. Suplícame.

- Por favor... - Raúl ya no estaba tan cerrado ante la idea.

Aquello no era vergonzoso ni denigrante. Era excitante.

Raúl comenzó a mordisquearle el tobillo cuando sintieron unos tacones acercándose. Raúl se levantó de golpe y volvió a su sitio. Clara se sentó, pero pocos minutos acudió al servicio a desfogarse incapaz de pensar en otra cosa que no fuera aquella boca mordisqueándole la boca. Su mente no podía evitar pensar que si su Elisa no hubiera aparecido aquella boca la habría torturado muy placenteramente.

Ya no recordaba por qué estaba enfadada.

La cena



Al fin era viernes. Raúl no había dejado de buscarla, pero ella siempre se deshacía de él. Necesitaba espacio.

Clara había hablado con Cintia muchas veces, ella no dejaba de repetirle que disfrutara lo que estaba ocurriendo, que no se cohibiera. Temía lo que ocurriría una vez terminara. Lo haría, de eso estaba segura.

Se vistió y perfumó. Se maquiló y peino. Se veía hermosa y se sentía poderosa. Aquel día usaría tacones de aguja. Le costaba caminar con ellos, pero había entrenado y le gustaba no sentirse tan pequeña.

Cuando sonó el timbre ya llevaba más de quince minutos esperando a su lado. Era Raúl, lo sabía.

Le abrió sin preguntar y se quedó al otro lado de la puerta. Nerviosa. Necesitaban salir de allí antes de que se vieran atrapados en el deseo.

Raúl llegó ante la puerta nervioso. Llevaba un traje hecho a medida negro y una camisa blanca. Era tradicional, no obstante, en aquel momento no usaba corbata. Una pequeña broma que esperaba que ella comprendiera. Se había encontrado acariciando aquel trozo de tela ante el espejo y pensando en ella. En el fondo sentía que le faltaba algo, como si el traje estuviera incompleto.

Clara abrió y le estudió minuciosamente. Era una delicia para los ojos. ¿Sería cosa de los trajes? Desgraciadamente sabía lo que había debajo. Raúl no se quedó atrás y se quedó impresionado con aquel vestido blanco. Apenas se pegaba a la piel. Sujeto tan solo por dos minúsculos tirantes era pura gasa. Una gasa vaporosa que parecía pegarse a ella cuando se movía. Le llegaba hasta las dorillas.

- Estas impresionante. – Clara salió de su ensoñación y giró sobre sí misma.
- Gracias. Tú también.

- Lo sé. – Quería besarla y lo hizo. Ya no le importaba mucho lo que ella pensara al respecto. Estaba hasta los huevos de las pajas. Cada vez que la tenía cerca o cualquier tontería le hacía pensar en ella ya no podía bajar la hinchazón.

- Eres un creído. – Clara se preguntó si le había corrido el pintalabios. Echó un vistazo al espejo del pasillo y suspiró tranquila. Todo en su sitio.

- ¿Y tú? ¿No puedes evitar seguirte en los espejos? – Ella se encogió de hombros y fue a por el bolsito que descansaba en el aparador.

Raúl le ofreció el brazo y se concentró en el toque de su mano. Ambos caminaban en silencio y se montaron en el coche de él.

El viaje fue corto. El aparcacoches miró a Clara y Raúl colocó su brazo alrededor de su cintura mientras le echaba una mirada que no dejaba lugar a dudas. Tócala y estas muerto. Clara se sentía incómoda. Sus compañeros podrían murmurar.

- Deberías mantener las distancias. – Raúl retiró el brazo a regañadientes y ambos entraron en el restaurante.

El lugar era agradable y estaba lleno. Todos estaban ya en la mesa y la conversación era animada. Llegaron y se sentaron incorporándose a aquel debate sin aportar nada realmente relevante.

Saltaban de un tema a otro. El vino fluía y la gente comenzaba a reírse cada vez con más frecuencia.

Simón, el gran jefe, se levantó con la copa alzada y les miró uno por uno.

- Antes de todo felicitaros por los resultados con los que hemos cerrado el trimestre. Hemos incrementado nuestros beneficios un treinta por ciento. – Esperó a que los asistentes dejaran de aplaudir para seguir. Estaba complacido y le gustaba ser el centro de atención. – También quería que fuerais los primeros en saberlo. A partir de hoy Raúl Sánchez es uno de los cuatro socios de la empresa. Todo su trabajo y dedicación ha tenido sus frutos.

Raúl estaba pletórico y no dejaba de estrechar manos. Clara se había quedado fría y no había sido capaz de levantarse de la silla. El tiempo se había detenido para ambos, pero por motivos muy diferentes.

Raúl comenzó a hablar con su jefe que se había acercado para felicitarle de nuevo.

Simón le llevó a un lado apartado y le sonrió cómplice.

- Felicidades. Debes estar orgulloso. – Raúl aún no podía creérselo. Por un momento no había creído ser él el elegido. ¿Y Clara? No recordaba haberla visto desde que habían dado la noticia.

Simón siguió la mirada de Raúl y sonrió. Aquel hombre sabía jugar muy bien sus cartas.

- Lo estoy. – Raúl trataba de mantener la conversación mientras sentía que algo no iba bien. Tenía ganas de ir en busca de ella y saber cómo estaba. Al fin y al cabo, ella acababa de perder una gran oportunidad y se la merecía tanto como él.

- Era la decisión obvia. Claramente eres capaz de hacer cualquier cosa por el puesto y eso es lo que necesitamos. – Raúl miró a su jefe intrigado por esas palabras.

Clara vio a Raúl hablando apartado con Simón y se acercó por pura curiosidad. Aún no terminaba de digerir la noticia, pero ella debía darle también la enhorabuena a Raúl. Al fin y al cabo, había ganado con todas las de la ley y ella sabía perder.

Ninguno de los dos se dio cuenta de su presencia y ella tan solo esperaba a que terminara la conversación para poder felicitarle. En ningún momento pensó que aquella conversación fuera privada ni estuviera siendo indiscreta.

- No le estoy entendiendo. – A Raúl no le gustaba por donde iban las cosas. Era como si hubiera hecho algo malo y aún no supiera lo qué.

- Venga hombre no seas vergonzoso. Has conseguido vencer a tu rival de manera eficiente. No es el método más ortodoxo, pero si ni siquiera supo resistirse a ti un par de días... - Raúl perdía el color a medida que aquel viejo hablaba.

- ¿Resistirse?

- Fue Samuel el que me dijo lo que estaba pasando. Al principio yo no era capaz de creérmelo. No sé cómo te la ligaste, pero meterte en tus bragas fue un movimiento... - Le palmeó la espalda. Raúl buscaba la forma en decirle que se estaba equivocando sin faltarle al respecto. En el fondo no quería perder el ascenso tan pronto.

Clara se apoyó en la pared mientras miraba a su alrededor avergonzada. No era capaz de sostenerse por sí sola.

- ¿De qué te sorprendes tanto? En la oficina hay cámaras. Por eso siempre fui de la impresión de que las mujeres no sirven para dirigir. Tan pronto entran las hormonas en juego pierden el norte. – Raúl sentía que la estaba traicionando. Su silencio era una afirmación a algo retorcido que no había sucedido de esa manera.

Clara deseaba que él dijera algo, que lo desmintiera. Los segundos pasaban y su deseo cada vez era más una esperanza.

- Señor. Clara es una gran profesional. No sé qué tiene que ver lo que hagamos en nuestro tiempo libre.

- Ahora no te hagas el santo. Sé de sobra que no la soportas y tú cambio solo puede atender a una razón. Que ella no fuera capaz de verte venir solo me confirma que no era la indicada para el puesto. – ¿Qué podía decirle? Si no fuera quién era le habría roto la cara.

Clara no podía seguir allí. Se sentía menospreciada y estúpida. En el fondo las palabras de Simón parecían tener lógica. Raúl había cambiado en el momento justo y ella no era más que una crédula. Perder el puesto ya no le preocupaba, ni siquiera estaba segura de querer volver a aquel lugar. Ella era buena en lo que hacía, era hora de un cambio de aires.

Raúl la vio salir y corrió tras ella, pero no fue capaz de atraparla. La gente no dejaba de ponerse en su camino. Trató de ser educado y cada uno de ellos era un minuto más que ella tenía de ventaja. Finalmente, la perdió.

Sin esperanza



No podía pensar. No podía respirar. Sabía que hablar con Cintia la tranquilizaría, no obstante, no era capaz de llamarla. Necesitaba silencio, tranquilidad.

Se quitó el vestido y se desmaquilló despacio. La mujer al otro lado del espejo parecía tranquila, pero sabía que no podía estar más lejos de la realidad.

Ya llevaba media hora en cama cuando sonó el timbre. No lloraba, pero tampoco tenía ganas de compañía y simplemente lo ignoró. Ya se cansarían.

Raúl llamaba una y otra vez nervioso. Algo en la actitud de ella le preocupaba. Parecía muy lejos el día en el que podía verla llorar sin que le revolviere las tripas.

Clara se levantó harta de escuchar aquel insistente sonido. El que estaba al otro lado de la puerta no iba a darse por rendido y ella tenía una ligera idea de quién era.

- Hola. ¿Puedo entrar? – Raúl estaba comedido. Algo había ocurrido. - ¿Estás bien?

Clara se hizo a un lado. Quería gritarle y el descansillo no era el mejor lugar.

- Estás en tu casa. – Desbordaba sarcasmo. Se contenía y mantenía los puños apretados. Tenía demasiadas ganas de golpearle.

Raúl entró y la esperó en el salón. No sabía que preguntar por miedo a decir algo peor.

- Tú dirás. – Quería acercarse, pero ella se mantenía a distancia. No sonreía, parecía congelada.

- ¿Por qué te has ido de esa manera? – Todos le habían mirado

mal cuando se había largado de la que se había convertido en su propia fiesta. No podía permanecer allí sin ella.

- Porque estaba cansada. A no, porque no quería empañar tu gran victoria. – Se movía como un león enjaulado. - ¿Lo has pasado bien?

- ¿Cómo?

- Sí, por favor no te hagas el tonto ahora. – Raúl sudaba. Lo sabía, los había oído. ¿Qué otra cosa podía ser sino?

- No es lo que piensas.

- ¿No? Pues la verdad parece justamente lo que pienso. Espero que por lo menos disfrutaras. – Se sentía sucia. Ya no se veía hermosa. Ella no se merecía que la usaran de esa manera.

- No, no lo es. Ha sido impresionante. No ha tenido nada que ver con...

- ¿No? Pues no vi que lo negaras. Tan solo te quedaste recibiendo tu premio. – Asqueroso. Podría ser hermoso por fuera, pero por dentro estaba podrido. Era una culebra y ella una tonta. Se lo merecía por haber confiado en él después de todo lo que le había aguantado.

- Debí haber dicho algo. Me pilló por sorpresa. – Clara no quería ni pensar lo que habrían grabado aquellas cámaras. ¿Era legal?

- Me das asco. – Lo dijo en bajo, parecía más una amenaza que una afirmación.

- Por favor. Escúchame.

- No quiero escucharte. Quiero partirte la cara. ¿Qué haces aquí? Ya tienes lo que buscabas. ¿Ha valido la pena? – Raúl trató de acariciarla y ella le dio una bofetada. Le escocía la mano, no obstante, merecía la pena.

- ¡No me toques! ¡No vuelvas a tocarme jamás! – Raúl sabía que la estaba perdiendo y que era culpa de él por no haber dicho algo cuando debía. Ni siquiera le dejaba decir dos palabras seguidas y en el fondo sabía que ella tenía derecho a estar cabreada, aunque no por lo que creía.

- Clara, por favor... Escúchame.

- Jamás. Jamás volveré a creer algo que salga por tu boca. Jamás podré volver a verte de la misma manera. Me arrepiento de todo lo que ha ocurrido entre nosotros. Me das asco. No eres un hombre, eres un despojo. – La dejó hablar, aunque las palabras se le clavaban como puñales. Era fruto de la mala hostia, era eso. Ella jamás diría algo así.

- Pégame, grítame, pero no me alejes.
- ¿Aún quieres destrozarme más? – Clara se acercó con la mano en alto, sin embargo, no llegó a golpearle. De pronto comprendió que no merecía la pena. Eso era lo que él quería.
- Hablaré con él. Se lo explicaré todo.
- ¡No! No te atrevas ni a mencionar mi nombre. – Le asqueaba la mentalidad de su jefe. Sus palabras arcaicas y denigrantes. No quería trabajar para ninguno de los dos. Ya se estaba imaginando las palabras exactas con las que dimitiría.
- Dime que tengo que hacer.
- Nada. No puedes hacer nada. Ya no puedes hacer nada. – Una parte de ella sufría. Quería rendirse, dejarse consolar y creerse las promesas. No podía. No podía volver al mismo punto. – Quiero que te vayas.
- Clara. Yo no lo hice por el ascenso. No me metí contigo en la cama por un estúpido puesto.
- No seas hipócrita. Ese puesto es lo más importante para ti y lo has dicho en varias ocasiones. Realmente espero que seas muy feliz. – Sonaba a despedida. No quería despedirse. ¿Cómo se le habían podido ir las cosas de las manos de esa manera? Tenía razón, pero las cosas habían cambiado. ¿Acaso ella no lo notaba?
- Ya no lo es. Créeme por favor.
- No tengo por qué hacerlo. Ahora lárgate de aquí. No soporto tenerte cerca. – Trató de besarla. Haría cualquier cosa por calmarla. Quería llegar a ella de cualquier manera.

Clara le esquivó y le golpeó de nuevo. Esta vez cerró la mano. Le dolía más a ella que a él.

- Por favor vete. – Clara lloraba. Estaba cansada. La furia se estaba despejando y solo quedaba la vergüenza y el dolor.
- No llores. – Le limpió las lágrimas con las manos. Clara le miraba sin comprender por qué seguía allí. – Ódiame, no llores.

Clara lloró con más fuerza. Se agarraba a sí misma y se consolaba.

- Necesito estar sola. Por favor.

Raúl aceptó derrotado. Su presencia aún la ponía peor. Quizás si le daba algo de espacio conseguiría hablar con ella. Lo intentaría mañana.

No confiaba y era consciente que eso no apagaba el deseo, la necesidad. Es muy difícil confiar en alguien y tan fácil perder dicha confianza. Desde luego había hecho méritos, ¿Por qué entonces era ella la que sufría?

Clara quería sangre. No solo quería castigarle a él sino también a su jefe, a sus palabras. Mañana mismo llamaría a un abogado. No quería que lo sucedido trascendiera, pero usaría todas las armas de las que dispusiera para hacer desaparecer la grabación. Tras eso no pensaba volver a entrar en aquella oficina.

Parece mentira cuanto le había importado ese trabajo hacía tan solo unas horas y ahora lo último que quería era tener que pisar aquellas oficinas. ¡Cómo la habían engañado! ¿Había tenido alguna vez realmente la posibilidad de conseguir aquel puesto? Era la mejor, no necesitaba que nadie se lo dijera. Jamás la despedirían, seguiría en aquel puesto todo el tiempo que ella quisiera, pero ascender era otro asunto.

Le habían hecho muchas otras ofertas. Ella siempre las había rechazado por su sentido de lealtad. ¡Lealtad! ¿Acaso solo ella conocía el significado de esa palabra? No podía confiar en Raúl por el hecho de que ella jamás permitiría que insinuaran algo así de él. Ella le habría callado al momento, no le habría dejado seguir. Incluso habría rechazado el puesto si esos eran los motivos por los que se lo habían dado. A pesar de todo no podía hacerle daño, no a Raúl.

Necesitaba espacio. Cuanto más mejor. No podía cambiar de País y menos de piso, ya estaba pagado, pero si pensaba coger otro trabajo y mudarse con Cintia unas semanas. Aún no se lo había preguntado, esperaba que estuviera de acuerdo. Aunque ella jamás la dejaría tirada. Ella acudiría.

Incapaz de quedarse quieta comenzó a elegir todo lo que necesitaría. Dejaría todo listo como si se fuera a unas mini vacaciones. Volvería, pero no sería por el momento. Aquel era su hogar y no había dejado de serlo, no obstante, tenía demasiados recuerdos.

Cuanto más había disfrutado en sus manos más dolor sentía. Lo que había sido el placer más intenso era ahora un recuerdo y la sensación de que nadie podría tocarla de la misma manera. Nadie podría volverla loca con su sola presencia ni hacer que se corriera tantas veces seguidas. Ahora sabía que lo de ser multi orgásmica no era una leyenda. No quería tener que renunciar a todo eso, pero ya no tenía esperanza.

Siempre seremos amigas



Cintia estaba tumbada sobre la cama. Miraba el techo y se preguntaba que se pondría esa noche cuando sonó el teléfono. Era Clara.

Llevaba demasiado tiempo sin verla. Algo raro en ellas. Tenía ganas de contarle las novedades, pero no tuvo tiempo suficiente.

Hipaba como si ya llevara mucho tiempo llorando. Cintia se levantó de golpe y comenzó a vestirse mientras ponía el manos libres.

- ¿Qué ocurre? Voy ahora mismo para ahí.
- No. Voy yo para ahí. Solo te llamaba para avisarte por si no estabas sola. Tardaré diez minutos. – Cintia iba a contestar cuando se dio cuenta de que ya había colgado. Algo muy grave tenía que estarle pasando.

Se sentó sobre la cama. Sentía remordimientos por haber estado tan distante los últimos días. Temía lo que pudiera decirle.

Fue a la cocina y comenzó a cocinar. El estómago lleno calma las penas. Esa era la frase de su madre. Se la había dicho tantas veces... La extrañaba demasiado y a veces era demasiado doloroso recordar.

Acababa de poner la olla a hervir cuando sonó el timbre. Corrió hacia la puerta. Clara arrastraba una maleta. Tenía la cara sonrojada y los ojos hinchados.

Cintia la arrastró hacia el interior y la apretó contra ella mientras Clara volvía a estallar en llanto. Cuando ya pensaba que no le quedaban lágrimas... Cintia no preguntaba nada y ella lo agradecía. No era capaz de responder preguntas en ese momento.

- Cariño. Siéntate mientras voy a echar la pasta en la olla. – Clara se sentó en la isleta de la cocina y comenzó a acariciar el frío

mármol despistada. Todos sus problemas habían empezado en un sitio como aquel. – Vale. Ya está.

Clara la miró como si no la viera. Le dolía la cabeza de tanto llorar y estaba en un extraño estado de calma.

- Siento haber venido de esta manera. Esperaba poder quedarme unos días.
- Claro. No tienes ni que pedirlo. – Clara ya se esperaba aquella respuesta. Sonrió o al menos amagó una sonrisa.
- Gracias. Estoy muy cansada. Quizás debería irme a dormir.
- Ah no. Eso no. Sabes que no voy a dejar que te acuestes hasta que me digas qué es lo que te ha pasado.
- No quiero hablar de eso. No puedo... - Cintia no quería agobiarla, pero sabía cómo era su amiga. Clara no hablaba a menos que la forzaras y los sentimientos podían enquistarse si se encerraba en sí misma. No permitiría que se hundiera en lo que fuera que le había pasado.
- Déjate de tonterías y cuéntamelo todo. – Cintia le dio un empujoncito y la llevó hasta el sofá. - ¿Quieres algo de tomar?
- No hace falta.
- Entonces desembucha.

Clara sabía que tenía que hacerlo. Ella no la juzgaría, sin embargo, no podía encontrar las palabras adecuadas.

- He vuelto a hacer el ridículo. – Cintia no entendía nada. Esperó varios minutos, pero visto que ella no tenía pensado decir nada más fue a escurrir la pasta. Apagó la cocina y se sentó de nuevo a su lado. Aquella conversación sería muy larga.
- Tendrás que darme más detalles. – Suponía que todo aquello tenía que ver con Raúl, pero no imaginaba lo que podía ser tan grave para que ella se encontrara en aquel estado.
- Hoy ha sido la cena.
- ¿Era hoy? Supongo que no te han dado el ascenso ¿Verdad?
- Jajaja. No, pero no es eso. – Cintia sabía lo mucho que quería su amiga el ascenso y por eso que apenas le diera importancia la puso alerta. – Se lo dieron a Raúl.
- Lo siento mucho, pero tú misma reconociste que era muy bueno en lo que hacía. No siempre se gana. Tendrás más oportunidades. –

Cintia le acarició la espalda.

- No quiero ese estúpido puesto. En realidad, no pienso volver jamás. Poco después de que lo anunciaran escuché a Raúl hablando con mi ex jefe. – Clara parecía furiosa. – Estaban hablando de lo listo que había sido al seducirme para sacarme de la competición. – Cintia se quedó blanca. No necesitaba oír nada más. Solo eso ya era un buen jarro de agua fría no solo a la autoestima.

- Pero ese tipo es un hijo de puta. Eres la mejor y lo sabes. No puedes creer semejante tontería.

- Lo sé tranquila. No dejaré que un... un...

- ¿Carcamal? ¿Gilipollas? ¿Cabrón?

- Sí. No dejaré que me haga dudar. Amo mi trabajo y sé que soy la mejor. – Ella nunca había sido una creída, pero los años le habían dado confianza en lo que hacía. Nunca había tenido problemas al respecto. – Lo que me dolió es que Raúl no lo negó. Además de que hablaron de una grabación.

- ¿Cómo? ¡Lo mato! – Cintia no podía imaginar a nadie tan rastrero. Jamás hubiera creído a Raúl capaz de algo así y eso que Clara le había contado todos sus desprecios.

- Nos acostamos en la oficina. No sabía que había cámaras. Espero que él tampoco.

- Eso no le disculpa. Tenía que haberle partido la cara al tipejo ese. Debería haberte defendido.

- ¿Defendido? No lo negó ¿Acaso no me escuchas? Fui una estúpida y entré de lleno en sus juegos. Lo triste es que por un momento pensé que conectábamos. No es que creyera que estaríamos juntos toda la vida, pero empezaba a verle de otra manera. – Cintia no imaginaba a su amiga haciendo algo tan alocado como para acostarse con alguien en la oficina. Aquel tipejo había trastocado a Clara. No se merecía eso.

- Olvídalo. Tú no te mereces que nadie te trate así. Si quieres puedo pasarte los teléfonos de unos cuantos hombres capaces de quitarte todas las penas del cuerpo. – Clara la miró asombrada de lo fácil que podía pasar página. Aun podía sentir a Raúl bajo la piel. No soportaría que otro hombre la tocara en esos momentos.

- Déjalo. – Cintia sabía que su amiga no estaba con alguien porque sí. Tenía que gustarle y mucho. Ojalá solo fuera un polvo más, pero sus lágrimas le decían que le quería más incluso de lo que Clara

creía. – Solo necesito cambiar de aires.

- Sabes que te puedes quedar aquí el tiempo que sea necesario.
- Ahora solo quiero hacer la carta de dimisión y llamar a un abogado.
- ¿Abogado?
- No pretenderás que no haga nada con la grabación. Quiero estar segura de que se destruye. No me apetece que rule por ahí un vídeo mío en esas circunstancias. Además, no sé si es muy legal grabar a los empleados sin que ellos sean conscientes.
- No lo había pensado... Tienes toda la razón. Si es necesario le pateo los huevos. Cuenta conmigo. – Clara sonrió. Ya no se sentía tan mal. Ver a su amiga vociferar en contra de los hombres y prometiendo apoyarla en todo hacía que no se sintiera tan sola. No sería la primera mujer con males de amor.

Cintia cambió de tema y decidieron ver una película mientras cenaban. Trataron de sonreír y hacer las mismas bromas de siempre, pero Clara se fue a dormir mucho más temprano que de costumbre.

Clara se acostó en la habitación de invitados. Había apagado el teléfono hacía horas, pero lo encendió para buscar el número de teléfono del abogado por internet. En el fondo, aunque tenía miedo de ver algún mensaje o llamada perdida de Raúl, necesitaba saber que había tratado de contactar con ella.

Ciertamente era la mujer más masoquista del planeta. Siempre había criticado a las mujeres que perdonaban y volvían como tontas con el hombre que la había dañado y claramente lo volvería hacer.

Concertó una cita con una famosa abogada al día siguiente. Le dolía pensar en sus honorarios, no sería barato. ¿Importaba cuando estaba en juego su paz mental? Tenía dinero suficiente como para poder permitírselo. Necesitaba que aquella grabación, si es que seguía existiendo, desapareciera.

Pensaba en cualquier cosa menos en él. Necesitaba sacarle de su cabeza. El problema es que cuanto más trataba de hacerlo más pensaba en él. Ahora en la soledad de su habitación le sentía. Extrañaba sus caricias. El mismo hombre que la había destrozado, que le había hecho daño, era el mismo en el cual quería consolarse. Sabía que, si fuera él el que la abrazara, el que le dijera que todo iría bien le creería sin dudar.

Sabía que no había sido sincera del todo con Cintia. Podría haber dicho

mucho más. ¿Por qué no lo había hecho entonces? ¿Desde cuándo tenían secretos entre ellas?

¿Qué estaría haciendo él en aquel momento? ¿Se habría consolado ya en los brazos de alguna otra?

- Dios Clara eres estúpida. ¿Por qué no habría de hacerlo cuando para él fue todo un juego? No fuiste más que una marioneta en sus manos. No puedes pensar en serio que fue todo un malentendido. – Su cerebro trataba de excusarle. La última conversación que habían mantenido era un disco rayado en su cabeza.

Se abrazó a la almohada. Sería difícil mantenerse lejos de él, no buscar cualquier excusa. ¿No era que iba a ser ella la que le castigara?

Tres llamadas y cinco mensajes. Leyó el primero.

“Dime lo que quieres y lo haré. Lo siento.”

¿En serio pretendía que lo creyera? El problema es que cuando debía haberlo hecho no había hecho nada.

“Deberías comportarte como una adulta y coger el teléfono. ¿Acaso no puedes dar la cara y hablar como las personas?”

¿Perdón? ¿Aún encima? ¿Cómo podía echar de menos a alguien así?

“Nos vemos el lunes en la oficina. No pienso molestarte en todo el fin de semana. Lo prometo.”

Clara lanzó el teléfono contra la almohada. Salió como una loca llamando a Cintia a gritos.

Cintia corrió sin saber que esperarse. ¿A qué venía tanto jaleo?

- Te necesito. Necesito a alguien para... pues... para... El teléfono de un tío. ¡Y que esté bueno! – Cintia estaba confusa. ¿Un tío? ¿Ahora? ¿Qué bicho la había picado?

- No creo que sea buena idea. Será mejor que descanses. Si mañana sigues pensando lo mismo con gusto te daré unos cuantos teléfonos.

Clara se acercó y la señaló con el dedo.

- He sido una estúpida. Es hora de que paguen. Que paguen todos ellos. Machistas retrógrados y engreídos. – Si alguien la viera pensaría

que estaba borracha.

- ¿Qué pretendes?

- Él me ha llevado a su juego. Me ha manipulado. Es lo único que tiene sentido. – Cintia no quería creerla, pero no había estado en su piel. Es muy difícil juzgar las cosas desde fuera.

- Creo que simplemente deberías olvidarle y seguir con tu vida. No es bueno obsesionarse.

- ¿Obsesionarse? No tengo intención de hacer tal cosa. Será él el que no pueda dejar de pensar en mí.

- Eso ya lo he oído antes. – Era verdad. ¿Por qué ahora era diferente? ¿No era quizás una excusa que se daba a sí misma para volver a verle sin sentir que se estaba fallando a sí misma?

- Blablablá. - Clara le hizo la burla.

- Esa no es la manera de convencerme de que no te has vuelto loca.

- ¿Y qué si lo he hecho? Quiero que sufra. No sé si ha jugado conmigo o no. Bueno espero equivocarme, lo que sí sé es que es un hombre orgulloso y no soportará pensar que lo han utilizado.

- ¿Y cuál es tu plan exactamente?

- Simplemente hacerle creer que no solo estuve con él. Que él era el otro y que sigo mi vida como si nada hubiera importado. Quiero que me vea acompañada de alguien a quién no le llegue a la suela de los zapatos. – No se lo creía ni ella. ¿Cómo tendría que ser un hombre para no llegarle ni a la suela de los zapatos?

- Es retorcido. No es propio de ti. Puedes arrepentirte. No compliques más las cosas. Por favor.

- No sabía que eras una cobarde. – Cintia no caería. Sabía que solo la atacaba porque estaba asustada. Necesitaba recuperar el control. Había perdido la sensación de estar a salvo y quería sangre. Esa no era ella.

- Ni yo que tú eras una mentirosa.

- ¿Perdón?

- Te perdono las veces que quieras, pero tú jamás has tratado de vengarte de nadie y te conozco lo suficiente para saber que cuando te aplaques te arrepentirás. ¿Quieres convencerme para que te ayude? Lo haré. – Clara sonrió. Cintia la detuvo con una mano y le habló de cerca. – No significa que esté de acuerdo con esto. Te puedo asegurar que

saldrás mal parada.

- No voy a dejar que me dañe de nuevo.

Un niño



Raúl no podía pensar en otra cosa. Si tan solo hubiera dicho algo ella aún querría hablar con él. La extrañaba. Disfrutaba de su compañía, incluso cuando la veía más como una molestia que como otra cosa. ¿De verdad tenía que darse cuenta en ese momento?

Llamó de nuevo, pero nada. El teléfono está apagado o fuera de cobertura. ¿Y si llamaba a Fran? No. No quería recibir lecciones morales de él. Sabía lo que le diría.

Se levantó y encendió el ordenador. Quizás si trabajaba lograra que el tiempo pasara más rápido. Contaba los segundos para que llegara el lunes.

Podría ir hasta su piso, no obstante, le había dicho que le daría tiempo. Daba igual lo que hiciera todo parecía un error.

Era imposible. Tras dos horas de mirar la pantalla sin conseguir retener nada decidió ir a entrenar. No sabía si se defendería realmente. Sentía que necesitaba que alguien le partiera la cara, quería que le castigaran.

Cuando llegó Mayra no estaba. ¿Cómo podía haber elegido justo aquel día para faltar? El mundo parecía haberse confabulado en su contra.

Repasó la tabla de ejercicios y volvió a empezar varias veces. Notaba sus músculos tensos, los estaba llevando más allá del límite. Estaba cansado, pero su cerebro seguía tan despierto como antes.

Sabela se acercó poco antes de cerrar. Estaba hermosa, tan hermosa como siempre. Sus caderas se balanceaban seductoramente al caminar. Raúl sabía que le estaba tentando. Raúl no le quitaba el sueño, pero no rechazaba la oportunidad de acostarse con él.

- Deberías irte a la cama. Vamos a cerrar. – Raúl la miró y se preguntó cuándo había dejado de parecerle atractiva. Ahora veía que

estaba maquillada en exceso. Aquel color de piel tampoco parecía natural, limpio... Se vio a sí mismo recorriendo la piel de leche de Clara. Su nombre era perfecto para aquella mujer. Clara, limpia, nivea.

- ¿Irme a la cama? Creo que aún es temprano para eso. ¿No me dejas una hora más? – Puso cara de circunstancia y ella sonrió. Realmente no le importaba echar el cierre mucho más tarde siempre que la compañía fuera aquel hombre. Le deseaba. Era uno de los pocos que no se tiraba a sus pies y eso aún lo hacía mejor.

- ¿Y qué me darás a cambio? – En otras circunstancias habría mordido el anzuelo, no obstante, su cuerpo no parecía interesado. Cuando revisó su escote no sintió nada e imaginarse entre sus piernas no llevaba consigo el tirón de anticipo que siempre notaba en la entrepierna.

- ¿Podemos dejarlo para otro día? – Débora no era mala persona. Adicta al sexo sí, a la comida sana y al deporte. Algo le ocurría a aquel don Juan. ¿Había tomado de su propia medicina?

- Si quieres podemos hablar. – Se sentó en el banco y se le quedó mirando. Sus músculos se tensaban en cada movimiento. Le brillaba la piel a causa del sudor y tenía el pelo mojado y pegado a la cara. – He de decir que te sienta muy bien el entrenamiento. – Raúl no dijo nada y volvió a levantar la pesa. Notaba que era mucho más pesada y sus movimientos más lentos. – Deberías descansar. No quiero un accidente. – Raúl soltó la pesa y se incorporó.

- No logro entender a las mujeres. – Débora se rio con ganas hasta que vio que vio su cara.

- Mal de amores ¿Eh? Nunca pensé que te ocurriría a ti.

- No es mal de amores. – Él no se enamoraba. No caía en aquellas mentiras sociales. Jamás confiaría en una mujer de aquella manera. Todas eran unas manipuladoras que lo único que querían era que las consintieran. Bueno, puede que todas no.

- Ya veo. ¿Entonces qué ha pasado? – Raúl necesitaba confesión. No era la mejor persona para ello, realmente no habían compartido más que dos o tres conversaciones a lo largo de los años y bastantes más noches. ¿Qué más daba? Si lo deseaba no tenía por qué volver a verla.

- Un malentendido. Es realmente complicado hacerlos entender las cosas.

- Entonces ¿Ahora somos tontas?

- No he dicho eso. ¿Ves? Ya lo estáis haciendo otra vez.
- Puede que te expliques mal. – Metió el índice en la boca y lo mordisqueó mientras le miraba. Desde lejos era fácil imaginar lo que le ocurría, otra cosa era que aquel cabezón lo reconociera. – Quizás deberías tratar de ponerte al otro lado.
- ¿Ponerme al otro lado?
- Sí. Dejar de pensar como si fueras tú. Mirar las cosas desde otro ángulo. Ponerte en los zapatos de ella...
- Sí, sí. Ya lo entendí. - ¿Cómo le sentaría a él pensar que ella se había acostado con él solo para manipularle? Conocía la respuesta, lo había vivido y había sido muy doloroso. Le había destrozado. Sin embargo, aquel no era el caso. – Yo jamás le haría algo así.
- ¿Así como? – No parecía que fuera a contestarle. Era difícil dar consejos cuando no sabías nada. – Mira solo te diré que por lo que parece es tan solo un malentendido, pero cuanto más tardes en aclarar las cosas más se encallará.
- ¿Y qué puedo hacer? No quiere hablar conmigo.
- ¿Eso es todo? Cuando te interesa ¿Cómo es que dices? – Ella sabía mucho más de lo que los clientes creían. Ellos hablaban entre ellos cuando entrenaban y siendo sinceros Débora prestaba atención. Débora sacó pecho y puso voz grave. – “Un no no es una respuesta aceptable cuando me interesa una mujer.”

Raúl la miró sorprendido. Hablar con ella no era como se había imaginado. Empezaba a pensar que miraba a la gente con prejuicios, con ideas preconcebidas.

- Es una mujer cabezota. – Y lista, guapa, sexy...
- Son las más interesantes. La verdad es que es una pena, me habría gustado que pudiéramos retozar juntos un poco más. – Raúl lanzó una carcajada. La acercó tirando de ella y le palmeó el trasero. Tendría que despedirse de los ligues de una noche, si de verdad quería algo serio ya no podría tocar de esa manera a nadie que no fuera Clara.
- El sacrificio es mutuo, pero hay veces que merece la pena.

Débora se inclinó y le besó. Introdujo la lengua y él le dejó hacer. Por un momento creyó que le había convencido. Ella no era una hermanita de la caridad y si podía follarle salvajemente no iba a decir que no por mucho que supiera que Raúl se arrepentiría. Cada uno era mayorcito para tomar sus

propias decisiones.

Raúl estaba analizando. Su cabeza comparaba la presión, la candencia con la que la lengua le recorría la boca, la forma de mover los labios. Clara era mucho más salvaje, al contrario de lo que podrían pensar ella era demasiado tierna, empalagosa. Faltaban los mordiscos, los arañazos y los gemidos.

Su cuerpo no se despertaba con su toque. No sentía el hormigueo en los dedos por tocarla, desnudarla. Seguía sabiendo donde se encontraban, era consciente de todo a su alrededor. Al final no sería tan difícil dejar todo aquello atrás.

Raúl se separó y le acarició la cara. Débora estaba excitada y buscaba su contacto. Se restregaba y él le acariciaba la espalda mientras trataba de poner espacio.

- Eres preciosa. – Débora se irguió contenta por el elogio.
- Déjame que te demuestre lo mucho que me han gustado tus palabras. – Iba a hincar la rodilla ante él, ambos sabían lo que se proponía, pero Raúl la detuvo tirando de su mano hacia arriba.
- No lo hagas.
- ¿Por qué no? Por lo que entiendo aún eres un hombre soltero y seamos sinceros, disfrutarás. Sé lo que me hago. – Raúl lo recordaba. Era buena, eso no podía negárselo nadie.
- No lo hagas. Yo...- Débora veía la verdad en sus ojos. Él trataba de retirarse sin ofenderla y eso en si le daba margen de una retirada digna. Definitivamente aquel hombre estaba fuera del mercado.
- ¿Me avisarás si vuelves al juego?
- Tenlo por seguro.

Al contrario de lo que había pedido recogió sus cosas y se largó. Afuera hacía viento. Los árboles se mecían suavemente. Probablemente llovería. Las nubes se desplazaban por el cielo amenazantes. Le apetecía caminar y lo hizo.

Con la mochila al hombro discurrió por las calles, se adentró en un parque y se sentó.

Estaba vacío. Era un lugar al que no se había acercado en años. Era un lugar que le traía demasiados recuerdos. Llevaba tanto tiempo sin pensar en lo ocurrido que ahora se daba cuenta de que ya no dolía. Por primera vez lo había superado, no como cuando se lo decía a los demás sino superado de verdad. Podía pensar en aquel día sin querer golpear algo.

Raúl era un don Juan. De esos que bajan las bragas y no se atan a ninguna. Muchas intentaron echarle la red. Muchas coquetearon y mintieron con tal de tenerle un par de noches más.

En aquellos días Raúl era más ingenuo, por mucho que le avergonzara reconocerlo. En aquellos días creía en la inocencia de las mujeres. Sus padres le habían educado para respetarlas, para cuidarlas y cuando una le dijo que por un error estaba embarazada él se sintió en la responsabilidad de dejarlo todo y crear un hogar con ella.

¿Cómo alguien podía inventarse algo así para retenerlo?

Pero lo hizo. Fingió durante dos largos meses y él ilusionado. Había dejado sus demás ligues y se habían mudado juntos. Las discusiones se hicieron frecuentes y él aguantaba. ¿Era lo que le tocaba para siempre? ¿No había nada más? Lo justificaba diciendo que probablemente serían las hormonas y que todo mejoraría.

Los días se hicieron todos iguales. La gente los elogiaba y decían lo hermoso que sería el niño o la niña. Con dos padres tan guapos...

No sabía en qué punto se había vuelto tan ciego. Había tantas señales...

Ella ni siquiera le era fiel. Trataba de mantenerle a su lado con una vileza mientras se tiraba a todo aquel que se ponía a su alcance. Fran lo había sospechado y quiso demostrárselo, algo que por poco acaba con su amistad.

No creía que fuera necesario que su amigo se acostara la que por unos días y en su cabeza era la madre de su hijo, no obstante, lo hizo. Cuando Fran se lo dijo lo golpeó. No solo una vez, le rompió la cara. Fran había tratado de defenderse y fue Esaú, el hermano de Fran, el que tuvo que separarles.

No le cogió el teléfono a nadie en días. Hasta que Fran apareció en su casa.

Ver a su amigo con la cara hecha un poema le calmó y le dio la paciencia suficiente para conocer toda su historia.

En todo aquel tiempo no había pasado por la casa que compartía con aquella víbora. Tan solo le mandó un mensaje para que cuando volviera no hubiera nada de ella en su apartamento.

Sufrió y no sabía a ciencia cierta por qué. No la quería y tampoco había buscado ser padre. ¿La traición de su amigo? Tampoco. Aun así, lo había pasado muy mal y a partir de ahí su trato hacia el género femenino era mucho

más duro, en todos los aspectos.

No tenía muy claro por qué pensaba que Clara era diferente. No obstante, no estaba preparado para dejarla ir y para él era motivo suficiente.

Todas las tardes, en aquella época, se había detenido en aquel lugar a observar a los niños jugar. Se preguntaba una y otra vez si él sería capaz de ser un buen padre. No se sentía preparado, pero al verles se había esperanzado ante la posibilidad.

Le había puesto cara y nombre a aquel niño, porque estaba convencido de que sería un niño. Siempre era una versión en miniatura de sí mismo, con las mismas virtudes y defectos. Una versión en la que compensaría todo lo que le había faltado en su infancia.

Perder todo aquello de un plumazo era lo que de verdad le dolía. Enterarse que ni siquiera podía llorarle porque en realidad jamás había existido. Fran no dejaba de repetirle que se había salvado de una buena, que era libre. Él en cambio se sentía vacío. De pronto la vida tan maravillosa que había tenido hasta aquel momento era una vida hueca.

Aquello le llevó a vivir por y para trabajar. Cuando no lo hacía se metía entre las piernas de cualquiera. Se dejaba cegar y perdía el control con frecuencia. Ya no controlaba lo que decía tanto como antes. Quizás porque había perdido la fe en la bondad e ingenuidad de las personas. Aquel no había sido el único golpe que había recibido, pero le había marcado.

Aquel sería el parque al que algún día traería a sus pequeños, porque pensaba tener muchos. Decenas de niños que reirían a todas horas y lo destrozarían todo a su paso. Niños rubios y de ojos azules...

Raúl miró el cielo en shock. Era la cara de ella la que veía al imaginarse a sus hijos. La idea no era desagradable aunque si algo fortuita.

No era que pensara en tener hijos con ella. No estaba tan demente. No obstante después del engaño del que había sido fruto se había negado a sí mismo la posibilidad, ahora en cambio le apetecía que algún día se convirtieran en todo su mundo.

No sabía si ella sería la elegida, de lo que si estaba seguro es que habría una y que mientras la encontraba no quería que Clara se alejara de él. Quería conocerla y saborearla. Disfrutar de su cuerpo y de su mente como hacía mucho tiempo que no hacía con una mujer.

El problema de todo aquello era que lo que había despertado todos y cada uno de sus instintos olvidados ya se había terminado. Ella no querría volver a tener ningún trato con él y menos de ese tipo.

En el fondo era un ser humano y como todos no se daría por vencido.

Andrei



Clara se levantó temprano. No quería que la pillaran con las manos en la masa.

Se introdujo en la habitación de su amiga, que dormía plácidamente, y abrió en último cajón de la cómoda. Ahí estaba.

Extrajo una libreta roja y volvió a cerrar. Con prisa y pocas ganas de seguir ahí cuando Cintia despertara. Cogió sus cosas y se fue.

Afuera hacía frío. Al parecer se estaba acercando una masa de aire frío y las temperaturas habían descendido con rapidez. Se ató con fuerza la chaqueta, ojalá hubiera escogido el abrigo.

Atravesó tres calles antes de decidirse por una cafetería. Parecía un lugar agradable. La gente charlaba agrupada en mesas. Allí se comentaban su día. Dos camareros corrían por el lugar con la bandeja cargada hasta los topes con una agilidad digna de mención atendiéndoles.

Escogió la mesa más alejada a la entrada y la más tranquila. Pidió una coca cola y se puso a leer.

Entre las manos tenía el santo grial de las mujeres. El fruto de años de soltería bien llevada. Cuando quería Cintia era muy organizada y detallada. No era la primera vez que veía aquel cuaderno, pero sí era la primera que lo leía con tanta atención.

Aquella libreta roja contenía decenas de números de teléfonos de hombres, pero no todos los hombres sino los dignos de mención. Aquellos que por algún motivo habían destacado.

Al lado de cada nombre una pequeña descripción física, en muchos sentidos... Clara sonrió al ver las medidas de un moreno de ojos verdes, aquello debía ser doloroso. Además, puntuaciones y sus puntos fuertes. La

verdad es que cada uno tenía una pequeña ficha que le ayudaba mucho. Debía escoger con cuidado.

Clara se preguntó cuál era su tipo. ¿Tenía un tipo?

Tenía que ser más alto que ella, eso no era difícil. También tenía que tener los labios finos, bueno ese no había sido un aspecto relevante para Cintia...

Ahí lo tenía. Al fin uno que le llamaba la atención.

“Andrei. 29 años. 1,70 metros. Pelo castaño, ojos azules, piel dorada y más de veinte dos centímetros de placer...”

Clara se atragantó con la coca cola.

“Es un amante entregado y le gusta comer... La cena fue divertida y tiene buena conversación.

Unos abdominales de infarto y un culito prieto de esos que no quedan.

Ideal para fines de semana aburrido. Volver a llamar.”

Cerró la libreta bebió un gran trago. De pronto hacía calor. Se imaginaba lo que habían hecho y a pesar de que aquel pequeño párrafo no daba detalles elle tenía una mente muy sucia que completaba los espacios.

¿Para qué buscar más? Cuantos más hombres se ajustaran a lo que buscaba, más indecisa se sentiría. Ahora solo tenía que llamarle y concretar una cita. Mejor si era esa misma mañana.

¿Cómo se le pide a alguien que se haga pasar por tu novio? Realmente aquel tío se reiría en su cara. ¿Y si le pedía algo más a cambio?

Últimamente solo parecía pensar en eso. Echaba de menos a Raúl y era a él a quién imaginaba cuando sentía la necesidad, pero eso no significaba que no pudiera ser igual con otros ¿no?

Cogió el teléfono y llamó tres veces y tres veces colgó antes de que llegara al segundo tono. Estaba nerviosa y le temblaban las manos.

Ella seguía tratando de encontrar las palabras cuando sonó el teléfono. Un número desconocido. No asoció ambos sucesos hasta que la voz masculina y grave al otro lado la trajo a la realidad.

- Hola. Tengo varias llamadas de este número. – No hizo más preguntas y se produjo el silencio. ¿Ahora qué? - ¿Hola?

- Em... Si. Hola. – Tosió tratando de ganar tiempo. Menudas estupideces se piensan cuando uno está nervioso. – Le llamaba porque quería pedirle... - ¿Ahora le hablaba de usted? Venga, que si de verdad tenía previsto lo que iba a pedirle no podía acobardarse tan pronto. – Me preguntaba si podríamos quedar. Tengo que pedirte una cosa.

A Andrei le gustaba el tono de aquella mujer, pero no la recordaba. Si tenía su número sería por algo.

- Claro. Tú dirás, pero ¿De qué te conozco?
- En realidad, no lo haces.
- ¿Cómo? ¿Entonces cómo has conseguido mi teléfono? ¿Para qué quieres que nos veamos? – Empezaba a estar tenso. Al final aún caería en algún timo o alguna mierda.
- Me dio tu teléfono una amiga. Cintia. – Cintia...La recordaba muy bien. Ardía solo con pensar en ella. ¿Por qué habría de darle el teléfono? ¿Qué tipo de trastadas había maquinado aquella mente sucia? Nunca habían hecho un trío, sin embargo, no sería él el que se opusiera a la idea.
- Dime la hora y el lugar.

Clara se preguntó que estaría pensando para el cambio tan grande en su actitud. Parecía que le urgiera verla. De pronto era él el interesado. Quizás si jugaba bien sus cartas podría ganar mucho más de lo que pensaba en aquel encuentro. No quería cerrarse puertas, aunque la idea no le parecía atractiva quizás cuando le viera o lo conociera...

- Si te parece bien en dos horas en el café que hay junto al parque Colón. – Andrei calculó el tiempo y saltó de euforia.
- Allí estaré.

Ahora tendría que hacer tiempo. Quizás podría leer algo. Aún tenía algún libro cargado en la Tablet.

Recorrió los títulos, pero ninguno le convencía. En otra época los libros de terror, de suspense o simplemente de ciencia ficción la hacían perder la noción del tiempo. Ahora necesitaba algo más sensual, más romántico.

Tenía uno. Allí, al fondo, olvidado y regalo de su querida Cintia para “momentos de soledad”. No era el más romántico, pero era el que más se acercaba.

Un compendio de relatos capaces de encender a cualquiera. Cada cual más explícito que el anterior. Al tercero tuvo que parar. Lejos de excitarse sentía ganas de llorar. Tenía un nudo en el pecho que crecía con demasiada rapidez.

Su mente volvía una y otra vez a él. No podía echarle la culpa, en el fondo sabía dónde se estaba metiendo. Creía ir con una coraza, no obstante, había estado desnuda desde el principio. ¿Sería eso de que las mujeres se ven atraídas por los que las tratan mal? No. Él no la había tratado mal. Él había sido mucho más considerado en aspectos básicos que la mayoría, pero todo esto eran momentos puntuales a los que ella se había aferrado para justificar todo lo que había ocurrido.

Eran las doce y media. Menos de cuarenta minutos para la cita. El camarero no dejaba de mirarla. Quizás llevaba demasiado tiempo en el sitio para una sola consumición.

Pidió otra coca cola y volvió la vista a la Tablet. La conectó a internet y tan solo buscó. Navegó por la red leyendo. Daba igual lo qué. Tan solo tenía que mantener la mente ocupada, pero el minuterero se acercaba a la zona marcada y ella no podía pensar en otra cosa.

Cinco minutos y llegaría. ¿Cómo podía saber que era él? Bueno no es que hubiera mucha gente y que varios tíos entraran justamente.

Tenía que ser él. No había esperado a que llegara la hora y había entrado como un huracán buscando algo con la vista. No parecía haber encontrado lo que buscaba, no obstante, sus miradas se habían cruzado y por unos segundos se habían mirado fijamente.

Clara contuvo el aliento y levantó la mano. Esperaba que aquella señal fuera suficiente y no quedara como una estúpida. No delante de los ocho clientes de la cafetería.

Andrei caminó hacia ella sonriendo. Era preciosa. Sus ojos azules le habían mantenido atrapado. No se quejaría si Cintia no aparecía. Aquella mujer era impresionante y parecía que era él el que estaba buscando. Tenía más suerte de la que pensaba.

- Hola preciosa. Supongo que me estabas buscando. – Quería parecer duro, sexy y cuando ella levantó las cejas divertida supo que no podía haber salido peor.

- Hola. – Le señaló la silla que tenía enfrente y el camarero se

acercó a tomar comanda. La miró con cara de pena. “Pobre chica que tenía que esperar durante horas a su novio.” Clara evitó mirar aquel hombre de mediana edad y siguió concentrada en Andrei. – Supongo que esperabas otra cosa, pero tan solo estoy yo. – Andrei jadeó. ¿Era consciente de lo que decía o estaba entendiendo mal las cosas?

- ¿Qué me estás ofreciendo? – Clara se removió incómoda en la silla. – Diré que sí. Si y mil veces sí.

- No, no es eso... - Juguetó con la servilleta, notaba la mirada de él. Sentía su presencia como si desprendiera un calor intenso que llegaba hasta ella. – Quería pedirte un favor. Digamos que te elegí por recomendación de Cintia.

Andrei no sabía que aquella mujer lo tuviera en tan alta estima.

- Tú dirás entonces.

- Necesito que te hagas pasar por mi pareja.

- ¿Cómo? – Esa mujer iba realmente rápido.

- Sería mentira. Necesito a alguien que se presente conmigo en una fiesta y se haga pasar por mi novio, amante o cita. Quiero... - ¿Darle celos? No, ¿Verdad? Tan solo demostrar que no había sido para tanto, aunque se tomara tanto esfuerzo en demostrarlo.

- Podríamos practicar para que fuera más realista. – Podría ser divertido. Así que se trataba de otro hombre. Era una buena forma de ligar como otra cualquiera. La velada sería un buen afrodisiaco y después siempre podrían romper un poco las normas.

- No es eso lo que busco. Quiero que quede claro. Sé que es egoísta pedirte algo así y si quieres dinero, como si fuera un trabajo.

- ¿Me estás llamando gigoló? – La verdad es que para acabar de decirse hola avanzaban con rapidez.

- No, yo solo...

- Jajaja. Tranquila, no es lo peor que me han llamado. La verdad es que te voy a ayudar porque tengo curiosidad por saber cómo termina todo o como empieza. – Sonreía de lado. La miraba a los ojos tan fijamente que no supo que contestar. Tan solo se le quedó viendo como una tonta.

Empezaba a relajarse. Era atractivo y agradable. Parecía respetar su espacio y había aceptado. Las cosas no podrían ir mejor.

- Supongo que sí quiero cumplir voy a necesitas más detalles. – Clara se puso roja como un tomate. Le subieron los calores, consciente de que además era algo que se veía. – Veo que son interesantes.

- Yo no diría tanto. – Bebió lo que le quedaba en el vaso y trató de controlar lo incontrolable. Su cuerpo la traicionaba de nuevo. ¿Cuándo dejaría de sonrojarse como una adolescente? Era una de las cosas que más odiaba que le pasaran.

- Entonces tienes fiebre. ¿Verdad? – Quizás aquel hombre no era tan educado como ella había pensado. ¿No veía que no quería que metiera más el dedo?

- Me curaré. – Fue seca y él se puso serio. Andrei disfrutaba con las reacciones de aquella rubia. Se podía leer a través de ella y eso era algo refrescante y a lo que se podría volver adicto. – Tan solo un tío que trató de reírse de mí y quiero demostrarle que no significó nada. Además de un par de gilipollas más.

- Tiene que estar ciego. – Clara hizo una mueca que aparentaba una sonrisa.

- No diría yo tanto. – Parecía molestarle hablar de él. Andrei estiró la mano y le rozó los dedos. Ella trató de retirarse, pero él la sostuvo.

- ¿Cómo quieres que lo hagamos? Lo de fingir digo. Te daré besos, te cogeré de la mano... - Con el pulgar le acarició la muñeca. Ella se sentía incómoda.

- No creo que los besos sean necesarios. – Andrei se sentía rechazado. No solía causar aquel efecto en las mujeres.

- ¿Sigues interesada en él? – Ella no se esperaba eso ni quería un psicólogo. – Me gustaría saberlo.

- No veo por qué te interesa. Tan solo es una noche.

- No tienes ni idea de lo que puede pasar en solo una noche. – Clara cogió aire y levantó los ojos. Estaba nerviosa. – No creo que debas cerrarte y la verdad no me importa que te siga gustando. Te aseguro que te ayudaré mucho más de lo que crees.

- ¿A qué te refieres?

- Haré que te olvides de él.

- No es eso lo que te he pedido. – Andrei la soltó y ella recogió las manos en el regazo agradecida. Al fin se sentía libre y quizás algo más a gusto.

- Creo que me estoy poniendo algo intenso. – Clara ladeó la cara mientras contraía los labios. Lo estaba siendo. – Pero te aseguro que puedo hacer que te olvides de él.

- ¿Por qué habrías de hacer tal cosa?

- La verdad es que no lo sé, pero desde que lo has nombrado y he visto esos ojos tristes no he podido evitarlo. Te ayudaré y seré todo un caballero. No me culpes si eso no cambia que trate de conquistarte.

- Ya me he cansado de que traten de conquistarme. No quiero ser conquistada. No soy un castillo ni un premio. – Esta vez fue ella la que le agarró las manos y se las apretó con toda la fuerza que poseía. – Si eso es lo que pretendes olvida lo que te he pedido. No quiero más complicaciones. No me gustan ese tipo de tíos.

- O quizás te gustan demasiado.

- ¿No te han dicho que rozas la mala educación?

- Quiero pensar que soy sincero y directo. Conmigo siempre sabrás lo que esperarte.

- Dicho así no parece tan malo. – Clara agradecía saber las cosas. No quería más sorpresas, con una había sido suficiente.

Andrei miró el reloj. Se estaba haciendo tarde. Se levantó y ella lo acompañó.

Clara le ofreció la mano y él la esquivó y le dio un beso en la mejilla. Fue raro. Ambos se quedaron en silencio. Andrei ya no se sentía un hombre experimentado, no obstante, la expresión de ella era más bien distante.

- Te ha hecho mucho daño. – Le agarró la cara y se la elevó. Clara trató de alejarse. – Tranquila, no voy a besarte. – Ella dejó de pelear. – Me gusta que las mujeres vengan a mi cama, adoro que sean capaces de disfrutar del sexo al igual que los hombres, pero siempre deben saber la verdad. Debe haber sinceridad por ambas partes. – Clara sentía que se le humedecían los ojos. Sinceridad era una palabra con mucha responsabilidad y confianza. El miedo podía llevarte a maquillar la verdad, pero Raúl había actuado por pura maldad.

- Son unas palabras preciosas.

- Son la pura verdad.

Se despidieron y Clara se entretuvo a coger sus cosas mientras él salía. Cuando fue a pagar ya lo había hecho. Clara decidió volver al piso consciente de que tendría que soportar todo un interrogatorio.

Dimisión



Raúl llegó a la oficina y esperó. Sabía que era temprano. Era lunes y la gente no siempre llegaba temprano los lunes. Ni siquiera sabía si ella aparecería.

Había sido un fin de semana eterno. La gente comenzaba a llegar y ocupar sus mesas, pero la de Clara seguía vacía.

A media mañana ya no podía con la angustia y la incertidumbre y decidió preguntar a su jefe por ella. Este tampoco sabía nada. Parecía habérsela tragado la tierra. No era algo normal en ella. Algo había pasado.

Simón no dejaba de rumiar que no podían haber escogido mejor y él asentía mientras pensaba cómo podía largarse de allí. Tenía que buscarla.

Clara cruzó las puertas de la oficina nerviosa. En su mano derecha la carta de dimisión. Sentía ganas de salir corriendo. Le buscó con la mirada sin resultado mientras caminaba. Sus pasos resonaban en el frío mármol por mucho que tratara de caminar con suavidad. Estaba todo en demasiado silencio.

Se había preparado a conciencia. Zapatos altos de tacón, vestido verde claro hasta la rodilla y escote en forma de corazón. Todo estaba en su sitio y se movía como si fuera la dueña del lugar.

Notaba las miradas de curiosidad. Todos se preguntaban por qué llegaba a esa hora, un par de personas la saludaron. Ella fue cortés y siguió hasta la oficina de Simón. Petó dos veces y esperó hasta que la mandaron entrar.

Raúl estaba sentado al otro lado de la mesa. Parecía molesto. Clara le sonrió, era una amenaza en toda regla. Con un movimiento calculado pasó cerca de su espalda y se sentó a su lado.

Haciendo que se colocaba el zapato se inclinó y le susurró al oído “No

sabes aún lo que es sufrir”.

Raúl sintió un escalofrío ante su cercanía. Sus palabras le parecieron confusas, sin sentido. ¿Qué era lo que tenía en mente para castigarle? Se incorporó y entregó la carta a Simón que se agarraba a la silla y bufaba.

- ¿Se puede saber por qué llegar a estas horas?! ¿Vas a decirme que estás enferma? – Clara sentía asco y repulsión por aquel hombre. En otro tiempo había estado orgullosa de trabajar a su lado. Pobre criatura, le había dejado atrás y ahora solo ocupaba el puesto por los méritos de quien trabajaba para él.

- Si esto es estar enferma... - Clara abrió los brazos. Simón temblaba tratando de controlar la voz.

- ¿Qué crees que estás haciendo?

- Dimitir. – Raúl que no había abierto la boca se quedó mudo. Ella estaba resplandeciente y se mostraba segura de sí misma. Una actitud completamente nueva, furiosa. Se movía como una serpiente, tranquila, pero lista para atacar a la mínima. No era el momento de hacerla entrar en razón, ni siquiera sabía que sirviera de algo viendo la actitud de Simón. Aunque ambos sabían que perdían un gran activo con su marcha.

Le entregó la carta. Se levantó y se dirigía a la puerta cuando Simón pareció volver en sí.

- ¿Por qué haces esto? Te hemos tratado bien, has aprendido más que muchos, tienes un buen sueldo... ¿Necesitas vacaciones?

- No gracias.

- Tienes que cumplir con el pre-aviso. No puedes irte de esta manera.

- Descuéntamelo del finiquito. ¿Algo más? – Se giró y les miró a ambos deteniéndose en cada uno.

- ¿Es por el ascenso? Deberías entender...

- No. A por cierto esto es de mi abogado. Le extendió la carta y sonrió mientras esperaba a que Simón abriera el comunicado. – Parecía que le temblaban las manos. No le daba ninguna pena.

Simón leyó a toda prisa y se quedó frío.

- Nosotros no tenemos cámaras.

- ¿No? Es una pena que oyera como hacías comentarios sobre una

grabación en concreto. – Aquello iba mal, muy mal. Simón se sentó cansado y atrapado.

- ¿Qué quieres? – Raúl no quería estar allí, pero no quería llamar la atención levantándose y largándose.

- Quiero que borres esa cinta, más bien todas las cintas en las que salgo yo.

- Las grabaciones no se guardan. – Clara lo había pensado mucho, había tenido días para pensarlo y no le creía.

- No creo que estuvieras observando las cámaras justo en el momento exacto que me acostaba con tu perrito faldero. – Raúl sonrió ante aquel apelativo. Estaba hermosa y él era un enfermo que se había excitado sobremanera.

- Yo...

- Tú nada. Quiero que se destruyan, que se borren o que se quemem. La forma la eliges tú. Quiero un documento en el que se certifique que lo haces y que aparezcan las cláusulas de anexo que tienes en la mano para que en caso contrario te salga muy caro.

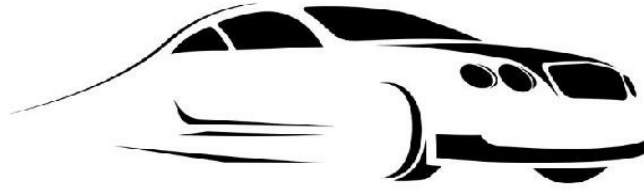
- Claro. Lo haré hoy mismo. – Clara sonrió y Raúl miró a aquel hombre. Se lo merecía. No había pensado en que guardara una copia de la grabación. ¿Cuántas veces la habría visto? Era un asqueroso.

- Ah. También os informo que voy a ir a la cena de empresa. Es la mejor forma de despedirme de todos mis compañeros. – Raúl suspiró aliviado. Allí podrían hablar. Dos días más. - ¿No creéis que las navidades son la mejor época del año? Ideal para dejar lo malo atrás. – Les sonrió a ambos y salió de la oficina.

Cuando Simón ya se creía libre y comenzaba a recuperarse Clara volvió durante unos segundos.

- Quiero que esté todo borrado hoy mismo.

Quita el pie del acelerador



Clara suspiró satisfecha cuando el ascensor la dejó en la planta baja. Había temido caerse de los tacones o que le temblara la voz, pero ver a Raúl sentado ante Simón sabiéndose ganador le dio toda la fuerza que necesitaba.

Caminó hacia la calle temiendo estropear lo que había conseguido. Fue un farol, pero lo había planeado y reproducido decenas de veces con Cintia y al final su instinto había actuado.

Su abogada quería ir a juicio, decía poder sacar ventaja de la situación, ella no quería posponerlo tanto. Era hora de dejarlo todo atrás. ¿Entonces por qué iba a la fiesta? Ni de broma se creía su propia mentira de que quería despedirse de sus compañeros. ¿Para eso convencía a un total desconocido de hacerse pasar por su sabe Dios qué?

Cintia la esperaba en el coche y arrancó nada más cerró ella la puerta. Parecía enfadada y clavaba demasiado el pie en el acelerador. La verdad es que últimamente no se había preocupado por nada más que ella misma y sus confusos sentimientos.

- ¿Estás bien? – Cintia frenó con fuerza al darse cuenta de que no conseguiría pasar antes de que el semáforo se cerrara.
- No. No estoy bien. Todo es una mierda.
- Qué raro que te parezca todo una mierda... - Clara quería quitarle hierro al asunto, sin embargo, su amiga no estaba por ello.
- ¿No puedes hablar en serio por una vez?
- ¿No era a ti a la que encantaban mis payasadas? ¿Eh? –
Aprovechando que estaban paradas le hizo cosquillas. Conocía sus debilidades y Cintia no pudo evitar la risa.
- Eso es un golpe bajo. – Cintia se puso seria. – Los tíos son unos hijos de puta.
- Bueno... eso son palabras mayores. – Cintia quería contarle lo

ocurrido, pero temía que si lo hacía su enana se sentiría culpable y era lo último que pretendía.

- Quizás deberíamos irnos de juerga. – Ella y sus juergas. Clara nunca salía bien parada. Odiaba las resacas y vomitar. Dos cosas que a Cintia no le importaban demasiado.

- ¿No podemos esperar a que se pase todo?

- ¿Y cuándo va a pasar eso? Siempre va a haber algo.

- Después de la fiesta.

- Es verdad. Me había olvidado. La fiesta. – Conducía demasiado rápido. Clara se agarró a la puerta del copiloto y trató de mantener la calma. – Me da a mí que no será tan sencillo y ¿cuál es tu plan? ¿Te tirarás al maromo delante de todos o iréis de la manito?

- No deberías ser tan cínica.

- No. Es posible, pero eso es lo mío ¿verdad? – Algo le escocía y Clara dudaba que fueran sus palabras.

- ¿Quieres hablar conmigo?

- No creo que sea buena idea. Creo que ya que tú vas a enfrentarte a tu demonio yo haré lo mismo con el mío.

- No sabía que hubiera uno. ¿Desde cuándo solo hay uno? – Cintia sabía que era una buena pregunta. Al principio solo había sido una noche, después dos y de pronto todas las noches y cada minuto que tenían libre. Con cualquier excusa.

- Todos cometemos errores.

- Tiene que ser un semental para lograr que te contentaras con él.

- No está mal.

- ¿No está mal? Creí que el día que te decidieras por uno sería un mismísimo Dios. Te he visto rechazar a hombres fuera de mis posibilidades.

- Anda... los habrías tenido si lo hubieras querido. Además, es un creído, un arrogante y un engreído.

- ¿No son sinónimos? – Cintia aparcó ante el piso y ambas se quedaron dentro del coche. No querían salir. No hablaban de verdad, pero aquellas palabras que rozaban la superficie las mantenían atadas. – Te gusta.

- Y a ti el tuyo. – Clara asintió.

- ¿Qué más da si me gusta? No puedo estar con él contra su voluntad. Además, no creo que pudiera perdonarle la traición. ¿Cómo se

puede confiar? – Cintia se reía histérica. - ¿Cuál es el problema?

- Que él me acusó de no ser de fiar. Para una vez que apuesto por alguien. No es justo que me pida que lo deje todo de golpe.

- No debes dejar que nadie decida por ti.

- Es lo que pienso yo. Soy independiente y deben aceptarlo.

- Sin embargo, es difícil compartir ¿verdad? – Cintia se hizo la sorda. - ¿Él está con otras?

- Dice que no. – Y Cintia quería confiar en que decía la verdad. No tenía por qué mentirle, ella no se lo había pedido.

- Que cómodo ¿verdad? Mientras tu puedes estar con otros él te espera.

- Yo no le impido nada.

- ¿Y si él también estuviera con otras? – Vale, ambas sabían que le molestaría, sin embargo, no soportaba que alguien quisiera cambiarla. Ella misma habría dado ese paso, ahora si lo hacía parecería que había cedido a la presión.

- No quiero que se crea con poder.

- Pero lo tiene. Ahora estáis mal y tú solo piensas en él. No te veo buscando a ningún otro. – Cintia pegó su frente a la de Clara y ambas sintieron tranquilidad. Aquel gesto lo habían copiado de una película con curiosidad, ahora era su gesto de complicidad. Tenía tradición.

- Debería ser yo la que te estuviera apoyando. Fran dice que Raúl no jugó contigo.

- ¿Fran dice? – Cintia la miró con cara de culpabilidad. Era una bocazas.

- Volví a coincidir con él y terminamos... hablando.

- Ya hablando. ¿No será por casualidad él el que te trae de cabeza? – Cintia apartó los ojos. Había dado de lleno. – No le creo. Es su amigo y diría cualquier cosa por defenderle.

- Si es todo un malentendido vas a complicar mucho tu propia felicidad. – Clara gimió y sintió miedo. ¿Y si era verdad?

- Eso si él fuera alguien importante en mi vida. Solo es un enconamiento. – Cintia le agarró la mano y entrelazó sus dedos.

- Eso espero. Sabes que siempre estaré si me necesitas ¿Verdad?

- Lo sé. Creo que moriremos juntas. ¿Crees que los gatos nos soportarían?

- ¿Y quién limpiaría tanto pelo? ¿Y si arañan la ropa? – Cintia no podía prescindir de ninguno de sus conjuntos. Un felino no entraba en sus planes ni de lejos. – Ni en broma tiene gracia.

- ¿No? – Clara se carcajeaba ante su cara de terror. – Imagínate tu falda favorita llena de arañazos y justo antes de salir. O ese top rojo, el de las tiras por la espalda... Además, que cuando son pequeños no siempre aciertan en la arena.

- ¡Calla! ¡Calla, por favor!

Clara empezaba a sentir que le faltaba el aire. Aquel era su día a día. La risa, las bromas, la diversión. ¿Cuándo había cambiado todo?

Tenía lo que necesitaba, podía ser feliz, su cerebro se lo decía. Cuanta gente hay peor en el mundo, cuantas personas se cambiarían por ella sin dudar, y aun así la sonrisa era momentánea y se escapaba cuando las ideas volvían. Se repetía que tenía que dejar de pensar en él. Daba igual cuantas veces lo hiciera.

- Es atractivo, pero no es solo eso ¿verdad? – Cintia la miraba intensamente.

- ¿Quién?

- Tu Raúl.

- No sé a qué te refieres. – Cintia repasó sus argumentos. En su cabeza todo tenía sentido, el problema era explicarlo.

- Pues a que creo que sé por qué te gusta.

- ¿A sí? Ilumíname.

- Pues porque es el primer hombre que no te trata como si fueras un ser indefenso, es más se opone a ti, te da pelea. Directamente no se corta en decirte lo que piensa.

- Eso es lo malo. No piensa. Suelta lo primero que le viene a la boca.

- ¿No decías que era un manipulador? – Clara se quedó callada y salió del coche. Tenía muchas cosas en las que pensar.

Sexo salvaje



Era la noche. Cintia se colocó delante del espejo y dejó tres gotas de perfume en su cuerpo. La primera en su escote, las otras dos en el cuello.

Se puso sus braguitas negras y un sujetador sin tiras. Por encima un vestido largo que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel. Sería sobrio sino fuera por el corte que descendía desde su cadera haciendo que su pierna sobresaliera al querer caminar o moverse. Temía que se viera de más, pero se auto convenció que no verían nada que no enseñara al ir a la playa.

El pelo liso y se maquilló tan solo los ojos con sombra oscura. Sencilla y sin embargo se sentía hermosa. Las sandalias eran impactantes y eran de Cintia. Demasiado tacón.

Aquel era el envoltorio. Se había preparado y mimado toda la tarde. El estómago la molestaba y sentía náuseas. Si hacía aquello sería capaz de cualquier cosa.

Sonó el timbre. Debería haberle dado otra dirección o quedado en un sitio de camino, pero temía que la traicionaran los nervios. Andrei no era un acosador, ella misma se lo había pedido.

Abrió la puerta y se sorprendió ante el cambio. Aquel hombre parecía venido del infierno para torturarla. Si lo hubiera conocido antes...

Aquella americana le daba un porte ancho y poderoso. Se aferró a su brazo y lo sintió duro y firme mientras ambos bajaban en el ascensor.

Andrei mantuvo el contacto en todo momento, aunque fuera un roce y siempre recordándole lo preciosa que estaba.

Se sentía hermosa y agasajada. Para aquel hombre no parecía haber nadie más que no fuera ella. Lo demás no importaba. Que fácil habría sido estar con alguien que la tratara así.

Llegaron media hora tarde a propósito. No sabía cuánto tiempo se quedaría, pero no sería mucho.

Andrei deslizó su brazo alrededor de su cintura antes de atravesar la puerta. Era un gesto íntimo, no obstante, ella lo sentía como un punto de apoyo que agradeció. No estaba sola.

Pasó de uno a otro. No veía a Raúl por ninguna parte y todos querían algún comentario de su dimisión tan repentina.

Clara comenzaba a aburrirse de repetir siempre la misma cantina o de las miradas o comentarios de sus compañeras hacia su acompañante. Más de una se cambiaría por ella.

Ahí estaba. Sabía que estaba en la sala mucho antes de verle. Su cuerpo se lo decía. Era imposible y aun así lo buscó y ahí estaba. Con una copa en la mano mirándola fijamente desde el otro lado de la sala.

Andrei la tenía sujeta por el brazo y Raúl bebía de nuevo.

Raúl no necesitaba hacer otra cosa para que se humedeciera. La miraba y ella jadeaba. Andrei notó lo tensa que estaba y miró en su dirección. Tan pronto se percató de lo que ocurría le dio lo que ella creía desear. Una mentira.

Clara se vio envuelta en unos brazos desconocidos y su boca fue asaltada. Era tierno, cálido. Suave, demasiado, a ella le gustaba que la barba le rascase la piel. Ese momento en que empieza a crecer y está más puntiaguda que nunca.

Clara pensaba en cualquier cosa menos en el hecho de que se estaban besando. Se dejó hacer y descansó las manos en los hombros de Andrei. De pronto Andrei desapareció.

Raúl agarró a aquel tipo y le empujó mientras gesticulaba furioso. Había bebido demasiado. Debería haberse ido. Clara no era como él había pensado.

Clara viendo la pelea cercana agarró la mano de Raúl y tiró de él hacia el servicio. Le metió a la fuerza y cerró la puerta.

- ¿Qué pasa te he quitado el polvo y buscas sustituto?
- No me insultes de esa manera. – Clara se apoyó en la pared. Quizás lo mejor era que se largara de allí. – No trates de seguirme. No quiero peleas por mi culpa.

- ¿No? Y yo que creía que era lo que estabas buscando. – La había pillado.

Raúl se colocó a su espalda cuando trataba de abrir la puerta. Con la mano derecha sobre su cuello tiró de ella y la pegó a él.

Clara podía sentirle a lo largo de su espalda. Tenso, duro. Era excitante. Se sentía paralizada de puro placer. Los dedos de Raúl se mantenían quietos en su cuello y él le habló al oído.

- ¿Es esto lo que estabas buscando? ¿Querías que te montara?

- No digas... - Raúl ejerció más presión y Clara se cayó.

- Le estabas besando delante de todos.

- ¿Duele? – Raúl apretó un poco más. No quería hacerle daño, pero estaba furioso y sentía la respiración agitada de ella. El aire dulzón que salía de sus labios.

- Eso debería preguntártelo yo. – Clara levantó la mano y la colocó sobre la de él.

- ¿Te molesta no tener el control? ¿Las cosas no salieron como esperabas? – Raúl sabía que no podía reclamarle nada.

- ¿Y según tú qué es exactamente lo que esperaba? – Raúl raspó su cuello en una caricia demasiado fuerte. Clara se pegó aún más a él haciéndole jadear. Deseaba hacerlo y lo camuflaba en una especie de guerra de voluntades.

- El ascenso como no. Aunque espero que al menos disfrutas del sexo. No suelen darme quejas. – Raúl restregó su miembro erecto contra su trasero.

- Disfruté. De eso no te quepa la menor duda. Por lo demás y dado que no tenía ningún extraño plan en mente no sé muy bien que decirte. – Raúl le mordió el cuello con delicadeza y ella giró la cara en un intento de alejarse. Sus bocas quedaron demasiado cerca. – Hueles receptiva.

- ¿Qué huelo qué? – Raúl la besó y ella acompañó. Estaba empapada por su culpa. Habría suplicado por tenerle dentro. Por sentir su miembro golpeándola, poseyéndola.

- Quiero follarte. – Clara asintió y él la pegó contra la pared. Estaba atrapada. Se sentía aplastada y toqueteada.

Raúl la acariciaba. Le soltó el cuello y apretó sus pechos con ambas manos.

- Déjame tomarte así.

Le levantó el vestido y le quitó la braguita. Olía genial.

- Abre las piernas e inclínate hacia delante. – Clara lo hizo. Quería que él la calmara. Nunca había notado tanto calor. Era fuego líquido y quería más, mucho más.

Raúl la olisqueó, la mordisqueó y la lamió.

Clara gemía y trataba de agarrarse al pomo de la puerta. Mantenía los ojos cerrados y él no quería separarse de su entrepierna. Succionaba todo lo que ella le daba. Bebía incansable hasta que ella no pudo aguantarlo más.

Tenía miedo de que se echara atrás y se levantó rápidamente. Se liberó, se puso el condón en tiempo record y entró en ella. Sin preámbulos, sin aviso.

Clara fue tomada por sorpresa y pegó un grito de placer. Lo sentía más dentro que nunca. Estaba inmenso y la llenaba completamente.

Se movían rápido. Se oía el golpeteo sordo mientras sus cuerpos se unían. Los jadeos incontrolables y aquel aroma a sexo que los envolvía.

Era algo carnal y las sensaciones les volvían locos. Saber que había tanta gente al otro lado, que podían estar escuchándoles...

Clara no podía más. Era un placer casi doloroso que la inflamaba. Trataba de pensar en otra cosa, pero era imposible. Iba a correrse. No quería que terminara, pero fue inevitable.

Raúl empezaba a creer que era imposible resistirse, ya que cuando sintió sus contracciones no pudo impedirlo.

Se corrió agarrándola con fuerza. La abrazó y la mordió en el hombro.

El fuego había desaparecido y Clara podía verse en el espejo. Despeinada, sin bragas y con el tío que se había reído de ella detrás, limpiándose sus restos. Aquella no era la imagen que había tenido en mente.

- ¿Estás bien? – Clara asintió en silencio. – No es para tanto. – Clara sintió el mazazo atravesarla. Para ella había sido impresionante.

- Tranquilo ya me voy. – Raúl no la entendía. No era para tanto, no creía que nadie les hubiera escuchado. No eran los primeros en tener sexo en los servicios. Casi era obligatorio que lo hicieras alguna vez en la vida.

- No hagas esto de nuevo. Habla conmigo. No sé lo que he dicho

para molestarte.

- Ese es el problema. Desde que te conozco siempre dices algo que me molesta. Al menos ahora tratas en arreglarlo. – Clara trató de recomponerse. Se puso las braguitas y notó su humedad ahora fría. – Esto no ha significado nada. Tengo que irme.

- ¿Irte para qué? ¿Quieres ir a los brazos del tipejo ese? ¿Le vas a contar como has gritado de placer antes de llevártelo a la cama? – Clara le cruzó la cara con todas sus fuerzas. Apenas hacía unos minutos habían compartido el mejor sexo de su vida. Esa era la idea que él tenía de su persona. La imagen que veía él.

- No te atrevas a hablarme así nunca más. Yo nunca te he prometido nada y más bien lo hice por pena. Se te veía necesitado.

- No seas mentirosa. Puedo notar cuando una mujer se corre y lo hiciste varias veces.

- Vete a la mierda.

- Ya estoy ahí gracias a ti. Espero que a tu chulo playa se conforme con las sobras porque eso es lo que tendrá. – Clara quería rebobinar. Que toda aquella conversación no existiera.

- Para él las sobras son un tesoro, para ti yo no valgo nada.

Sin darle tiempo a responder abrió y salió corriendo de allí.

Dame más alcohol



Raúl siguió bebiendo. No quería irse a casa. La vio salir tan furiosa que no se atrevió a perseguirla. ¿Qué podía decirle? Se arrepentía de lo que había dicho, aunque en el fondo temía que acabara sucediendo.

Finalmente, no pudo más y se largó. Quería coger el coche, pero tras dos intentos de sacarlo del parking decidió que no era lo más acertado.

Caminó, caminó sin rumbo. Últimamente parecía ser lo único capaz de calmarle.

Todo estaba borroso. Sus pies no se movían como él les ordenaba, pero siguió delante.

Las nubes lo cubrían todo y aun así no conseguía encontrar oscuridad. Las farolas estaban allí a donde se dirigiera. Era una ciudad inmensa y aun así era imposible encontrar un lugar lo suficientemente apartado.

Las pocas personas con las que se cruzaba se le quedaban mirando. Quizás notaban que estaba ebrio o tal vez simplemente tenían curiosidad, pero ni uno solo trató de hablarle de ayudarlo. Daba igual. Todo daba igual.

Cogió el teléfono del pantalón y llamó a Fran. Quería contarle lo ocurrido, no daría detalles, no podía hacerle eso a Clara, pero necesitaba hablar. Por primera vez quería decirlo todo. Tenía tantos miedos guardados y no fue consciente de ellos hasta que vio a Clara en los brazos de otro hombre.

Le había dolido ver como la besaba. Había sido doloroso, una traición, en el fondo sentía que existía algo poderoso entre ambos. No se habían hecho promesas, pero las caricias, los momentos que habían compartido eran intensos y mucho más especiales que cualquier otra cosa. Ella también tenía que haberlo sentido. ¿De verdad estaba todo en su cabeza?

Fran no contestaba y siguió caminando. Notaba que el frío le había despejado la mente, demasiado, y decidió entrar a uno de los pocos bares que seguían abiertos.

El camarero limpiaba la barra. No había más que dos personas más. Estaría a punto de cerrar.

- Una cerveza. – El tío puso mala cara. Se la sirvió y siguió a lo suyo. No invitaba a la conversación, no obstante Raúl estaba tan necesitado que lo siguió intentando. – Hace una buena noche ¿Eh? – El hombre, cercano a la cincuentena, le miró y frunció los labios. No soportaba a los borrachos, algo irónico dado el sitio en el que trabajaba. Tenía que poner buena cara a pesar de saber lo que el alcohol podía hacerle a una persona.

- Una noche como otra cualquiera.

- Depende de para quién. – Raúl se dio cuenta de que lo único que haría que recordara aquella noche sería lo ocurrido. Eran las personas las que hacían especiales los días y las noches, eran las personas que más podían dañarnos o elevarnos. La caída podía destrozar a cualquiera.

El camarero se alejó a recoger una de las mesas y Raúl se quedó con la palabra en la boca.

La cerveza bajaba a grandes tragos. Era algo suave, necesitaba dejar de pensar, quería que todo desapareciera por un momento.

El teléfono le vibraba en el bolsillo. No se habría dado cuenta si no estuviera en ese momento buscando la cartera para pagar y seguir su camino.

- Diiiga. – Fran suspiró al otro lado mientras se estiraba en la cama. Solo. Últimamente no soportaba la soledad.

- Raúl. ¿Dónde estás?

- No lo sé. En un bar. – Raúl trató de ver el nombre del local. Le costaba leer o las letras estaban realmente deformadas. – No lo sé.

- Raúl en serio tío. Dime dónde estás. No creo que estés en condiciones de conducir y no quiero que te desmayes en cualquier esquina.

- ¿Qué cojones importa? Si me desmayo dormiré la mona. – Tenía náuseas y todo se movía sin control. Necesitaba cerrar los ojos y concentrarse para poder seguir hablando.

- Piensa con la cabeza por una vez. No podemos volver a pasar por lo mismo. – No tenía ganas para volver a perseguirle por los bares. No quería recoger los pedazos y pasarse meses tratando de hacerle entrar en razón. Tenía sus propios dilemas y problemas. Por una vez quería pensar en él mismo. – Es una mujer. Si la quieres conquístala de nuevo o deja que se marche, pero no te vuelvas a meter dentro de una botella.

- ¿Ahora soy un borracho?

- ¿Necesitas preguntarlo realmente? Ni siquiera soy capaz de entenderte con claridad. ¿Cuántas copas llevas? – Raúl no lo recordaba. Había perdido la cuenta y tan solo bebía. Rellenaba y seguía bebiendo. El sabor no importaba, en realidad ni siquiera le gustaba.

- Vale, vale... ¿Cómo quieres que te diga dónde estoy? No lo seeee... - Fran estaba cansado de todo aquello. No era su niñera.

- Pregúntaselo a alguien. Por el ruido no creo que estés solo.

Raúl se levantó tambaleante y apoyó la mano en el hombro del camarero que le esquivó y por poco le hace caer.

- Eh. Tío ¿Podrías...

- No me toques.

- Perdón. Perdón. – Puso las manos en alto. El teléfono corría riesgo de caerse y él también. Las náuseas eran cada vez más intensas. No sabía si lograría salir de allí por su propio pie. - ¿Sabes dónde estamos?

- Claro.

- ¿Podrías decírselo a este?

Raúl le dio el teléfono y volvió a la barra. No le preocupaba que le robaran ni despertarse sin la cartera. Tan solo quería vomitar, pero no creía ser capaz de llegar al retrete.

- Toma. – El camarero le acercó el teléfono, no obstante, al ver que Raúl no levantaba la mano para recuperarlo lo dejó sobre la mesa.

- ¿Quieres 50€? – El camarero le miró asqueado. Ya había recibido todo tipo de proposiciones de tipos borrachos. Aquella no era la cifra más elevada. No sabía si sentirse alagado, nunca había tenido tanto éxito con las mujeres.

- Creo que te has confundido. No me van ese tipo de cosas.

- No es eso. Necesito potar y no sé si...

- Si. Si. – No lo hacía por el dinero. No soportaba limpiar el vómito y era lo que le tocaría si no le ayudaba. Aquello debería tener un plus.

Raúl sintió una arcada y el grandullón casi le cargó para poder lanzarle poco después en un retrete más sucio que un basurero. Si no fuera porque ya estaba vomitando saldría de allí.

Olía a orines rancios y las paredes estaban pegajosas. Lo había notado al tratar de agarrarse a ellas para ponerse en pie.

Su cuerpo se estaba vaciando. Todo lo que antes había estado en su interior salió disparado. Le lloraban los ojos y notaba un sudor frío empapándole la espalda. Aquella definitivamente sería una de sus peores borracheras. Ya no tenía mucho aguante.

Clara estaba preciosa y el polvo había sido sublime. Cuando la sintió entre sus manos pensó que todo estaba arreglado. Tan solo tenía que hablarle, hacerle entender, pero se perdió. No supo aprovechar la oportunidad y al terminar, cuando vio que quería largarse sintió celos.

Nunca, ni en sus tiempos de adolescente había sentido unos celos tan intensos calentándole por dentro. No soportaba saber que aquel hombre estaba al otro lado esperándola.

Cuando estaba en su interior ambos parecían entender las necesidades del otro. Se movían, se besaban, se acariciaban tal y como ambos ansiaban. Encajaban.

No sabía cómo o si siempre había estado ahí. La veía hermosa y peligrosa. Quería tratarla con delicadeza, pero cuando sus dedos la tocaban, cuando la besaba, sentía que debía morderla, marcarla como propia.

Propiedad... ¿Era eso? Realmente tenía una necesidad tan extrema por ella.

Se había metido debajo de la piel. Había pasado muy poco tiempo, al menos desde que habían comenzado a acostarse. Cualquiera podría decirle que no era posible tan rápido. Serían las hormonas. Era una mujer hermosa e inteligente, cualquier hombre... Ese era el problema.

No quería hacer falsas promesas. No quería llegar a ella prometiendo algo que no pudiera cumplir.

¿Entonces? ¿Cómo podía saber que con el paso de los días o de las

semanas no se aburriría? No quería volver al pasado, sentirse atado de nuevo.

Soy más fuerte de lo que crees



Clara estaba tensa cuando salió y Andrei sabía por qué.

Conocía el aspecto de una mujer tras tener sexo. Los labios inflamados, las mejillas rojas, el pelo revuelto... Para él estaba mucho más hermosa que antes y no era un hombre celoso.

Clara quería irse de la fiesta y él no sería el que se opusiera.

Afuera hacía frío, al menos Clara lo sentía. En el fondo temía que aquel fuera el final, a pesar de todo, no quería dejarle atrás. Una parte reconocía que Raúl había tenido motivos para decirle aquello, los celos también la carcomerían a ella si hubiera sido al revés y, sin embargo, debería respetarla más. ¿Dónde está la línea correcta?

Andrei la tenía sujeta por el brazo. No era un gesto que le gustara, pero le dejó. No quería más conversaciones incómodas. Ya le despacharía en cuanto llegara a su piso. No iba a pasar la noche con él por mucho que viera interés por su parte. Clara no iba a hacer nada que no deseara.

Andrei trataba de hablarle, pero ella estaba muy lejos. En el fondo sentía el impulso de volver sobre sus pasos, de hablar con él, gritarle, dejar todo claro.

- ¿Te apetece ir dando un paseo? – Andrei quería alargar el camino. Sabía que si la besaba en ese momento le rechazaría.
- Claro.

Caminaban despacio. Andrei la envolvió con el brazo y ella siguió caminando.

Clara estaba absorta en sus propios problemas como para prestarle atención a su acompañante. En su mente reproducía una conversación, la gran conversación. Las palabras que usaría. Si Raúl no quería escucharla le besaría. Recurriría a lo que fuera necesario, pero sabía que él era mucho más

que un cabrón arrogante. No podía fingirse todo lo que habían vivido. La ternura que había demostrado, la paciencia y el cariño.

Sabía que estaba pasando muchos detalles por alto. Se hacía la tonta o justificaba sus palabras, no obstante siendo sincera no sabía cómo habría actuado ella en sus zapatos.

Ella decía una y otra vez que quería que fueran sincera con ella, que no importaba que algo fuera a doler que prefería la verdad. ¿Entonces por qué no podía aceptar sus palabras por muy insultantes que fueran? ¿No era la suposición más lógica cuando se había dejado besar delante de él? ¿Cómo podía saber Raúl que no habían compartido algo más que un beso? Eso era lo que se había propuesto ¿No?

Raúl era mucho más. Era un hombre complejo y con sus defectos. No estaba segura que fuera a durar. Las relaciones tenían sus pros y sus contras y no sabía hasta donde quería aguantar, sin embargo, quería intentarlo.

Estaban junto a su portal cuando tomó la decisión. Andrei se había detenido y la miraba, le estaba diciendo algo. Clara miraba la calle por la que había venido.

Andrei, el gran macho, estaba acostumbrado a que todas las atenciones se centraran en él. En un principio había pensado que tan solo sería un reto más, ahora comenzaba a odiar aquella sensación y quería hacerla gritar su nombre. No soportaba verse rechazado por otro hombre. ¿Acaso estaba ciega?

- Tengo que irme. – Clara iba a correr. Se arrepentía de haber tardado tanto en tomar la decisión. Quizás si se quitaba los tacones tardaría menos. No estaba tan lejos. Tal vez podía llamarle.

- ¿Irte? – Andrei se acercó más y Clara quedó acorralada contra la puerta del portal. Trató de besarla y ella giró la cara. – Podemos pasarlo bien. Te aseguro que disfrutaremos.

- Estoy segura, pero estoy demasiado cansada. – Puso las manos sobre su pecho e intentó apartarle, pero no se movía.

- No me digas que no lo deseas. – Estaba todavía más cerca. Clara estaba nerviosa. El miedo crecía rápidamente mientras trataba de pensar cómo salir de allí. Una parte de su mente se preguntaba si estaba malinterpretándole. ¿Estaba siendo una exagerada? Allí latente seguía el miedo al ridículo, pero perdía intensidad. La adrenalina corría por sus venas advirtiéndole del peligro. Un lobo con piel de oveja y ella no

quería ser la oveja. Lucharía costara lo que costara. Mordería, arañaría...

- No quiero. Suéltame ahora mismo.
- No seas así. No te estoy haciendo daño. – Sonreía. Era un engreído. Su radar estaba realmente mal.
- Suéltame ya o grito. – Andrei estaba molesto y apretó sus brazos. Clara agitaba todo el cuerpo tratando de escurrirse. Empezaba a ser doloroso. Esta vez logró besarla. Clara quería gritar, despertar a todo el barrio si era necesario. Alguien tiene que darse cuenta y llamar a la policía. No podía pasarle eso, no sabía si podría superarlo.

Cintia estaba en el salón cuando creyó oír algo. No se habría levantado de no ser porque estaba convencida de que la que gritaba era Clara.

Corrió a la ventana, pero no lograba ver nada. Cogió la chaqueta y bajó a toda prisa. Al llegar al portal lo que vio la dejó petrificada.

Clara trataba de defenderse. Las manos de él se habían internado debajo del vestido y la sobaba mientras su boca estaba oculta en el cuello de ella.

Cintia corrió y abrió la puerta. Ninguno de los dos la esperaban y se aprovechó de ello. Con todas sus fuerzas le dio un puñetazo en los riñones.

Andrei se separó de Clara mientras trataba de ubicar a quién lo había golpeado.

- Cintia... - Clara la había visto antes y se acercó mientras trataba de volver a taparse. Lloraba y se abrazaba. No lograba mirarle a la cara. Quería ducharse, meterse debajo del grifo durante horas.

- Cintia ¿Qué coño haces? – Cintia sentía asco de haber dejado que aquel individuo la tocara. Su listón tenía que haber estado demasiado bajo. Ella era la culpable de todo aquello. En el fondo sentía que Fran había dado demasiado cerca de la realidad. Ella necesitaba quererse más a sí misma. Podía disfrutar del sexo, pero no era ninguna medicina para sentirse mejor consigo misma.

- ¿Qué coño hago? ¿Qué cojones haces tú? ¡Estabas a punto de violarla! – Le gritó con asco y frustración. Quería destrozarle, dejarse los puños en su cara, pero sabía que saldría mal parada también y no quería que Clara se quedara sola. Visto lo visto no sabía que esperarse. Seguramente la golpearía de vuelta. - ¡Lárgate ahora mismo o llamo a la policía!

- No saques las cosas de quicio. Solo era un juego.
- ¿Un juego?! – Era Clara. Temblaba y trataba de mirarle a la cara mientras hablaba. - ¡Te dije que no me tocaras! ¿Cómo coño puedes decir que era un juego? Eres un asqueroso violador, una mierda de persona... - Andrei se levantó y se acercó furioso a ella cuando Cintia se interpuso entre ambos.
- ¿Por qué no te enfrentas conmigo? – Andrei sentía que las cosas se le habían ido de las manos. – Ella tiene toda la razón. Lárgate de una puta vez y que no te vuelva a ver jamás.

Andrei sabía que Cintia no era tan manejable como podías pensar al verla. Era cinturón negro de taekwondo. Lo había descubierto una noche en su casa y ella le había contado orgullosa como le gustaba entrenar contra su hermano. No quería ser golpeado por una mujer, aún tenía amor propio.

- Putas feminazis. No sabéis disfrutar del sexo.

Cintia ya se estaba colocando para pelear. Quería pelea. Ya no le valía saber que llevaría algún golpe, tan solo quería verle sangrar. Compensar en algo el mal trago por el que había pasado su amiga.

Andrei la vio y retrocedió. No era tan valiente como pensaba.

- Tranquila. Tranquila. Ya me largo.

Ninguna de las dos se movió hasta que no pudieron verlo. Aun así, Clara no llegaba a sentirse tranquila.

- Pon todos los pestillos por favor.

Cintia acababa de cerrar la puerta y Clara se dejó caer sobre el sofá mientras lloraba. Las lágrimas no tenían fin.

- Te prometo que no volverá a tocarte. – Clara asintió. Confiaba en ella.
- Pensé que iba, pensé...
- Ya lo sé cariño. – Cintia abrió los brazos y Clara corrió a acurrucarse. Quería hacerse pequeña, diminuta y poder ocultarse en algún lugar oscuro y olvidado. No deseaba ver a nadie. El miedo se había pegado a su piel y la torturaba. Aún no podía creerse que se hubiera librado, había estado demasiado cerca de ocurrir.

Cintia la sentía temblar y la apretaba contra ella. Quería absorber su dolor. Clara siempre había sido más delicada, no se merecía pasar por algo así. –

Ojalá hubiera sido yo... - Cintia lo dijo en bajo, casi más para ella misma que para Clara. No obstante ambas pudieron escucharlo. Aquellas palabras golpearon a Clara de lleno. ¿Ella? ¿Por qué ella?

- ¿Por qué tú?
- Pasaría por esto por ti. No me gusta que te hagan daño.
- ¿Por qué? – Cintia no sabía cómo responder aquella pregunta.

Por su tono sabía que estaba enfadada, aunque parecía que fuera con ella. ¿Por qué ella? Porque era más fuerte, porque estaba acostumbrada a luchar, porque ya había visto suficiente dolor e injusticias y sabría sobreponerse. No quería que su tierna Clara tuviera que enfrentarse a la maldad del mundo. Era como si el golpe fuera menor si lo recibía en su lugar. Ella era la fuerte, la que no se doblegaba ante nada. Incluso ahora tenía sus fantasmas, sus rincones oscuros. Esos que no pisas por miedo y vuelven en forma de pesadillas. Esos que no quieres compartir por miedo a hacer sufrir a los demás o enmiedarlos.

- Jamás tendrías que pasar por algo así. Eres tan pura... Hay que ser un monstruo para...

- ¿Pura? Nadie se merece que le hagan algo así.

- Lo sé. Es solo que al menos que se enfrente a alguien que se pueda defender. – Clara se quedó en shock. Ella era la doncella inocente que buscaba refugio. No había sabido defenderse. El miedo la había atrapado. Le dolía lo que Cintia pensaba, pero en el fondo las acciones, sus acciones le daban la razón.

- Puedo con ello. – Cintia no parecía creérselo. Se soltó de su agarre y se sentó a su lado. Ya no trataba de cubrirse. El vestido estaba desgarrado y mostraba demasiado. ¿Qué más daba? – No es que no me duela. Me siento sucia y quiero ducharme. El caso es que soy mucho más fuerte de lo que crees, de lo que todos pensáis. Quizás me haga falta un par de clases particulares de defensa personal. Eso es todo.

Cintia sonrió con orgullo. Siempre habían jugado sus roles. Ahora la veía avanzar y ella se quedaba atrás. Tal vez Clara era mucho más valiente que ella misma. ¿Quién le daba el derecho a decidir por los demás? Sin embargo, tenía miedo a lo que podría pasarle si la dejaba sola.

- No es raro que algo así te afecte. – Cintia sabía que ella no era fuerte por hobby. Fue la vida, que la golpeó demasiado, la que hizo que aprendiera a defenderse. Nadie se aprovecharía jamás de ella. Ahora,

no obstante, se daba cuenta de que había dejado de preguntarse los motivos de la gente. Embestía lo más fuerte posible contra todo aquel que quisiera acercarse de verdad por miedo a sus intenciones.

- Y me afecta. ¿Crees que podrías convertirme en ninja en tres lecciones? Seguro que si lo ofertas por internet te harías rica. – Su sonrisa no llegaba a sus ojos, pero Cintia no quería menospreciar su intento y sonrió.

- Ojalá. No tener que volver a trabajar...

- ¿No te gusta lo que haces?

- ¿A quién le gusta?

- A mí. Me encanta lo que hago. El caso es que no sé qué hacer ahora.

- Quizás podrías abrir tu propio negocio. Estoy segura que te iría bien. Yo te contrataría. – No era la primera vez que lo pensaba. Le faltaba coraje. Tenía ahorros, no obstante, no quería arriesgarlos. Era su colchón, y le había costado mucho lograrlo.

- Cambiando de tema. Muchas gracias por lo que has hecho. He sido una tonta. Tenía que haberte hecho caso. – No se lo iba a echar en cara. Cintia jamás haría eso. Clara se dejó caer sobre el cojín y miró la pared del fondo. - ¿Has pensado alguna vez si merece la pena sufrir?

- Yo...

- Sé que posiblemente Raúl me haga daño. Ya lo ha hecho. No le conozco para confiar en él, en que todo fue un malentendido. – Se quedó en silencio y ambas esperaron. Estaba reflexionando y la idea quedó suspendida en el aire. En el fondo ambas tenían sus dilemas. Cintia quería confesar, pero siempre tenía una excusa para posponerlo. Necesitaba aclarar sus pensamientos antes de decir nada. – El caso es que sé que posiblemente me haga daño, pero ya estoy sufriendo y quiero intentarlo. Quiero arriesgarme.

Se agarraron de la mano. La idea de ceder se había metido en su cerebro y cada vez era más poderosa. De nada servía posponerlo, cada célula de su cuerpo se lo pedía. ¿Cómo proceder entonces? Una cosa es que quisiera arriesgarse y otra que fuera a concedérselo.

- No quiero darle tanto poder. – Ninguna de las dos quería. Cintia abrió la boca y la volvió a cerrar como un pez. – Tengo miedo que se esté riendo de mí.

- Todo es posible.
- ¿De verdad? ¿Esa es tu forma de darme ánimos?
- No estoy aquí para darte ánimos sino para decirte lo que pienso de verdad. Por mucho que no te guste no voy a mentirte.
- ¿Por qué no? Lo necesito...
- Clara, ya has tomado una decisión. Quieres que te diga que es la correcta, diluir parte de la responsabilidad. – Clara asintió y sonrieron. Se conocían demasiado bien. Clara era la indecisa, la que no se arriesgaba. Era hora de que las cosas cambiaran. – Me has dicho que eras fuerte. Es hora de que te dejes llevar. Es muy fácil en un arranque decir que lo harás, lo difícil es hacerlo. Lo que sí puedo es prometerte que si te rompe el corazón estaré ahí para recoger los pedazos.
- Como siempre ¿no?
- Sí. Ahora bien. Siempre has tomado el camino meditado, el que se suponía que era el correcto y en cuestiones amorosas no has avanzado gran cosa. No estás buscando un hermano, estás buscando un hombre que consiga mojarte las bragas.
- ¡Bruta!
- Lo soy, pero es la verdad. Quieres a alguien del que no vayas a aburrirte y que consiga encenderte. Sentirse segura va después. Es posible que las cosas no funcionen, que cuanto más os conozcáis más os odiéis, no obstante, es posible que no. ¿Y si funciona? - ¿Y si funciona? Cintia se levantó y fue a la cocina.
- Cintia. ¿Pasa algo? – Estaba callada, cada vez más. Clara se sentía culpable de no haberse dado cuenta antes.
- Sí. No. No lo sé. – Clara fue tras ella. Se quitó el vestido destrozado por el camino y lo dejó caer. No le molestaba que su amiga la viera en ropa interior. No era la primera vez que se habían visto en esas guisas.
- Cuéntame. Puedo ayudarte.

Cintia apoyó las manos en la encimera y cerró los ojos. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Quizás Fran se merecía que fuera él el primero en saberlo. Se acarició la tripa y volvió a suspirar. Hasta aquel momento no había tenido tan claro lo que tenía que hacer. Era el momento correcto. Siempre lo era.

- Lo haré. Lo prometo, pero ¿Te importa esperar?

Nunca había habido secretos entre ellas. Sin embargo, no le molestaba. Se

lo contaría llegado el momento. Clara asintió y Cintia la abrazó.

- ¿Cómo hemos llegado a esto?

Cintia sonrió y movió las caderas. Clara comenzaba a olvidarse el mal trago de hacía unos momentos. No dejaría que un pobre hombre la martirizara. No valía la pena.

- Yo tengo la respuesta, pero no sé si te va a gustar... - Clara le hizo cosquillas y Cintia se ocultó detrás de la isla de la cocina.

- No me gustan los misterios. Desembucha ahora mismo o tendré que usar armas de destrucción masiva. – Se señaló el culo y Cintia estalló en carcajadas mientras gesticulaba como si estuviera asustada.

- No por favor. Todo menos eso. Eres realmente apesotosa.

- ¡Oye! ¿Quieres que hablemos de eso? Recuerda que hemos compartido baño. – Clara se detuvo y puso los brazos en jarra. - ¡No me despistes! ¡Suéltalo ya! – Cintia iba a decir algo cuando Clara recalcó su afirmación anterior. – El pedo no.

- Mmm... Guarra. – Clara iba a lanzarle un cojín cuando siguió hablando.

- Nuestros problemas se resumen en dos palabras o quizás tres. Buen sexo, MUY buen sexo.

Y sin más ambas suspiraron cansadas.

- Ojalá fuéramos lesbianas. Siempre me han gustado los hombres altos y tú... - Cintia se acercó y rodeó su cintura.

- Y a mí nunca me molestó que mi pareja estuviera a la altura de mí...

- ¡Cochina! ¡Cochina! – La fiesta había empezado. Necesitaban descargar tanta ansiedad, tantos pensamientos reprimidos.

- Santa Clara ha vueltoooooo

Clara tenía intención de hablar con Raúl, pero había tiempo. Si una noche cambiaba algo entonces aquel no estaba destinado a ella. Estaba harta de pensar y quería disfrutar. ¿Buen sexo? Si todo salía bien pensaba pasarse días enteros tirándoselo. Quería disfrutar, correrse una y otra vez. Había despertado de golpe de una adolescencia tardía.

Clara creía saber también quién era el que tenía de cabeza a su amiga. Nunca la había visto de esa manera por lo que tenía que ser algo serio. Esperaba que le fuera bien. Era una gran mujer, pero en cuestiones amorosas

nunca le había ido demasiado bien. Solo una vez se había arriesgado y para ella había sido suficiente.

Todos antes o después sufrimos. Incluso las vidas más perfectas tienen sus grietas, pequeñas, quizás invisibles para los demás, pero lo suficientemente profundas como para marcar nuestros actos, nuestras decisiones.

Ella también tenía su pasado, pero no explicaba su aversión a arriesgarse. Quizás era así de nacimiento, no todo se aprende. Algunas cosas son inherentes a nosotros. El problema es que cambiar lo que nos define es realmente complicado y cuando finalmente Clara se tumbó sobre la cama las dudas volvieron de nuevo.

En la ducha se frotó la piel hasta que le dolía. Decidió dejarlo mucho antes de que fuera capaz. Se tumbó sobre la cama y evitó pensar en él. Había estado tan concentrada en pensar si ella quería que no se había planteado que fuera él el que la rechazara.

La deseaba, o al menos eso le transmitía su cuerpo. Ambos funcionaban muy bien juntos, por decirlo de alguna manera. Lo que no había pensado era si él quería algo más. ¿Y si tan solo quería sexo? ¿Le rechazaría? No, claro que no. No podía hacerlo, aunque ello conllevara que con el tiempo el sufrimiento fuera mucho mejor.

Cerró los ojos y recordó. Su boca, sus labios descendiendo sobre su piel. Su toque era cálido y su cuerpo no reaccionó con la misma intensidad que en aquel momento.

Se concentraba en sus dientes mordisqueándola mientras sus dedos se internaban en los pliegues húmedos y calientes. Estaba demasiado receptiva. No tardaría mucho en correrse, pero necesitaba posponerlo. No quería dejarse ir.

Necesitaba aquella sensación y se aferró a ella con uñas y dientes. En el fondo aquellos recuerdos, aquellos momentos le pertenecerían siempre pasara lo que pasara. Él podía decir u hacer cualquier cosa, pero ella había vivido aquello y podía disfrutarlo en cualquier momento. Un premio de consolación pequeño en comparación con él.

Sin embargo, todo aquello era frío. La emoción, la tensión, todas aquellas emociones intensas que la habían mantenido en otra dimensión ahora no estaban. Por mucho que buscara, que lo intentara, era imposible.

Ahora que se hacía de día comprendía que el valor que había sentido desapareció. No se atrevía a ir de frente, a decir las cosas tal y como las pensaba.

Se aprovechó de las redes sociales. Para eso estaban ¿no?

Cogió el portátil sobre las piernas y navegó por internet. Su Facebook y su Twitter. No tenía Instagram.

Pocas fotografías, no era tan hedonista como había pensado. Ninguna sola mujer. En todas salía él con sus amigos, sobre todo con Fran, pero eso era todo. Los comentarios por otra parte... estaban llenos de proposiciones. Si esas eran las públicas no quería pensar en las demás.

Entró en el perfil de algunas de ellas. Unas hermosas otras no tanto. Algunas de aquellas “sugerencias” le repugnaban. La enfadaban.

Las contestaciones de él en cambio la hicieron respirar con tranquilidad. Educado, pero cortante. No les daba esperanzas a ninguna.

- No voy a dejar que ninguna de ellas se adelante.

Cogió el teléfono y lo volvió a dejar. Así hasta tres veces.

- ¿Qué puedo decirle? ¿Qué es lo que deseo decirle? – Quizás podría proponerle una cita. No, demasiado cursi. ¿Sexo? Seguro que funcionaría. ¿Entonces? Quería que si aparecía supiera que tendrían una conversación. No quería hacerle una encerrona. – Clara, se sincera. No te acobardes ahora. Recuerda que no puede verte.

“Tenemos que hablar. Mañana en mi casa.”

¿Cómo decirle que por miedo quería tener sexo antes? ¿Así tal cual? Sus dedos escribían y borraban. Cuando la pantalla del teléfono le devolvía la sugerencia se echaba atrás.

“Quiero sexo. El problema es que también tenemos que hablar. ¿Qué te parece mañana en mi piso? ¿A las nueve?”

PSD: Soy mucho más atrevida de lo que crees ¿verdad?”

Le dio a enviar antes de que pudiera arrepentirse de nuevo. En el fondo se sentía sexy con aquellas palabras. Quería guerra y si después tocaba rendición tampoco tenía por qué ser aburrido.

Cianita azul



Le dolía la cabeza. La luz era como mini cuchillos y le atravesaba la retina.

Raúl se levantó y preparó su tónico anti resaca. No es que funcionara muy bien, pero algo era algo. Siempre se prometía que no volvería a beber. ¿Por qué cojones no aprendía? La lección estaba muy clara.

Se tumbó en el sofá. Aquello contaba como levantarse.

Era penoso. ¿Cuándo había perdido el rumbo de una manera tan evidente? Recordaba haberse acostado con ella y haberlo jodido todo después. ¿Por qué no aprendía a estar calladito?

Fran había ido a recogerle. Se había ocupado de él toda la noche y se había largado a su propio piso hacía dos horas, no antes de cantarle las cuarenta. Se lo había ganado a pulso, quizás por ello se hizo el enfermo y no le devolvió las pullas.

Le dolió realmente cuando comparó a Clara con su ex. No se parecían en nada, aunque algo le decía que ya lo sabía. ¿Quería picarle? Lo había conseguido.

Ahora en la soledad de su refugio temía haber perdido toda oportunidad con ella. No quería coger el teléfono por puro miedo. Llamarla era la opción correcta, enfrentarla y disculparse. ¿Y si le había bloqueado?

Fran estaba tenso. Algo le pasaba, no era el chico calmado y tranquilo de siempre. Nunca le había echado nada en cara y de pronto tenía un montón de cosas. Tendría que hablar con él, portarse como un buen amigo, aunque aún no estaba en condiciones para ello.

Quizás una ducha lograra quitarle el mal olor. Lo demás era mucho más complicado.

Se levantó a trompicones y echó un vistazo rápido a su teléfono.

Cuando vio la lucecita que avisaba de un nuevo washapp no se vio capacitado para abrirlo. Era ella. Su imagen le miraba. Su cerebro demasiado rápido para su gusto había visto la palabra sexo. ¿Era en lo único que podía pensar?

Si lo que Clara quería era echarle la bronca lo tenía merecido, pero no se atrevía a leerlo. No quería que se alejara por mucho que temiera que ya lo había hecho.

Se duchó y se lavó los dientes. Se echó colonia e hizo la cama. El dolor de cabeza había pasado a segundo plano. Ahora su mente estaba en otra cosa, en ella.

Recogió el lugar con calma. Se tomó su tiempo y no se detuvo hasta que todo estuvo reluciente. Al contrario que en otras ocasiones ahora parecía avanzar con demasiada rapidez. Terminó demasiado rápido.

- Ya no tienes excusas.

Desbloqueó el aparatejo y maldijo en bajo. Tenía que echarle cojones. Se había enfrentado a situaciones mucho peores. No podía aterrarle tanto lo que una rubia, pequeña y con cara infantil pudiera decirle.

No podía ser. Lo releyó tres veces.

Estaba loca... Sonreía. Ella era la mujer más impredecible del mundo. Estaba empalmado. Aquella era la cura contra la resaca que deberían patentar.

Quería salir en su busca, pero apenas eran las diez. ¿Cómo haría para pasar el tiempo?

Habría esperado cualquier cosa menos aquella. Era algo a añadir a la lista de por qué le gustaba. Había que tener mucha seguridad en uno mismo para realizar aquella proposición después de lo duro que había sido con ella. No podía arrepentirse más de lo que había dicho. Se lo compensaría.

Se vistió y salió a la calle. Necesitaba algo que le gustara, algo que fuera tan hermoso como ella, algo que representara lo que tenían ellos. Quería tener derecho a pedir que fuera solo para él. Que solo él recorriera su piel y la besara. Quería que todos sus orgasmos le pertenecieran. Que soñara con él.

Necesitaba meterse dentro de ella y que le afectara como lo estaba él en aquel momento. En el fondo siempre le había llamado.

Llegó a la joyería y entró. Las joyas les gustan a las mujeres y sin embargo

no lograba recordar ninguna en ella.

- Buenos días. ¿Puedo ayudarle? – Era una mujer resultona. Su belleza no era de las que aparecían en las revistas, pero no podías evitar volver a mirarla.

- Eso espero. – Revisó las joyas expuestas. Todas le parecían demasiado ostentosas. Quería algo delicado y resistente. Algo dorado y azul, como ella. Al final sí que tenía algo en mente.

- ¿Puedo para preguntarle para quién es? - ¿Quién era ella en su vida? ¿Aquella simple pregunta era demasiado complicada? ¿una amiga? Lo que tenía pensado hacerle no se lo haría a una amiga. ¿Novia? No habían ido tan lejos. ¿Amiga con derecho? Ni era elegante decirlo ni le parecía que Clara entrara jamás en esa categoría.

- Alguien muy importante en mi vida. Una mujer. – La joyera sonrió. Quizás no era la primera vez que veía a un hombre nervioso e impaciente buscando algo para una mujer. La mayoría no tenían ni idea, tan solo esperaban que fuera algo que la impactara y demostrara amor. Siempre acudían a ella por amor o buscando perdón a ofensas pasadas. En sus ojos veía amor, al menos eso era lo que le decía su instinto.

- Ya veo. ¿Había pensado en un colgante o una sortija?

- No lo sé. Solo sé que tiene que ser dorado y tener alguna piedra azul.

- Mucho más de lo que crees entonces. Tengo algo en mente. ¿Qué te parece un colgante? – Se inclinó sobre el mostrador y sacó una pequeña piedra envuelta en hilo de oro. Era hermoso. Tan pronto lo vio no pudo imaginar otra cosa que encajara tan bien con ella. - ¿Le gusta?

- Es hermoso. ¿Qué piedra es?

- Es una cianita azul. Una piedra muy famosa por su color similar al zafiro. Sin embargo, no solo es hermosa. Posee una gran dureza si se corta correctamente. Es una gran piedra.

- Parece que hablara de ella.

- Entonces supongo que será la elegida. – Raúl sonrió ante el doble significado de aquella frase.

Salió de aquella tienda con bastante menos dinero en el bolsillo. Contento. Demasiado ansioso por dárselo, por ver su cara, por empezar a compensarla.

Lo primero que haría sería besarla. Perderse en su boca. Podría pasar ahí toda una vida. Creía poder sentir sus labios, su calidez y fogosidad.

Solo con un beso la conocía mucho mejor que el resto del mundo. Podía verla a través de sus gemidos, de sus miedos, de sus miradas.

Temía lo que tuviera que decirle después. No era la primera vez que dos personas tenían sexo antes de romper, pero aquello no encajaba con ella. Sabía que le había costado escribir aquel mensaje mucho más de lo que transmitía. ¿Y si volvía a decir algo que no debía?

Ella ansiaba desmelenarse. Ser otra persona. En realidad, era ella la que le gustaba. No sabía cuándo había pasado de odiar sus bromas a parecerle adorables. Le calentaba el alma verla divertirse, ver su sonrisa. Anhelaba ser él el que la hiciera feliz. Compartir con ella aquellos momentos.

Eso era lo que tenía que decirle. Su orgullo no era más importante que la posibilidad de estar a su lado. No perdería aquello, fuera lo que fuera, por nada en el mundo.

Lencería



Clare no podía estarse quieta.

Tras tres intentos para tratar de sujetarle el moño Cintia desistió. No podía más con ella.

- Estarás igual de hermosa con el pelo suelto. – Clara se puso de morros. No podía ser. A él le gustaba cuando lo llevaba recogido. Se lo había dicho una vez. Aún temblaba al recordar su voz grave justo antes de deshacerle la coleta y dejar que el pelo se escurriera entre sus dedos. “Adoro cuando llevas el pelo recogido. Se te ve ese tentador cuello de cisne y al mismo tiempo no puedo evitar desear ver tus cabellos dorados en libertad.” Clara le había besado desde el corazón. Había puesto cada gramo de su ser en aquel beso. Casi había llorado. No sería capaz de explicarlo, aunque tratara de hacerlo.

- No. Vuelve a intentarlo.

- ¿Cómo? Tendría que atarte. No es mala idea el problema es que no sé si querría soltarte después.

Clara se sentó ante ella y Cintia volvió al ataque. No era la mejor peluquera, pero cuando se esforzaba lograba reproducir moños bastante decentes.

- ¿Estás segura que no quieres ir a la peluquería?

- No me imagino en ningunas manos mejores que la tuya. – Cintia se reía. Clara se dio cuenta del chiste demasiado tarde y trató de golpearla.

- Shhh... estate quieta.

- Al menos deja de reírte. Te puedo asegurar que sabe hacer verdaderas virguerías con los dedos, lengua y...

- Ya me lo imagino. La verdad es que la piel te brilla mucho últimamente. ¿Crees que querría darme el mismo tratamiento? – Clara

sabía que era una broma, pero no le gustó la idea. Cintia notó que se tensaba. Tendría que recordarlo. – Perdona. Me he pasado.

- No pasa nada. Sé que lo dices en broma. Jamás me había molestado tanto pensar que puede estar con otra mujer.

- Eso es lo normal cuando te gusta alguien.

- Solo si eres celosa. No es el primer tío con el que me acuesto. No creo que sea la primera vez que alguien me gusta.

- Puede gustarte para meterle en tu cama, incluso puedes añorarlo. No obstante, lo que te ocurre no es algo pasajero. No es alguien en quien no pienses después. Raúl siempre ha estado ahí desde que lo conoces. Incluso cuando decías detestarlo.

- Lo hacía.

- ¿En serio? Entonces ¿puedes decirme con total sinceridad que nunca tuviste un sueño húmedo con él?

- Eso no tiene que ver. Es atractivo, algo que salta a la vista. – Cintia elevó la ceja derecha. – Me ponía nerviosa. Eso es todo.

- Ya. ¿Y ahora simplemente te pone?

- Digámoslo así. – Cintia terminó de colocar la última horquilla y apreció su trabajo. – Prometo responder todas tus preguntas mañana. Ahora en lo único que puedo pensar es en que cada vez falta menos. Tengo miedo y al mismo tiempo deseo que lleguen de una vez. Ojalá hubiera dicho las cinco. – El reloj del salón marcó las cinco en ese mismo instante.

- Puntual. Como siempre. ¿Has elegido ya la ropa interior?

- Sí, bueno no estoy muy segura. Quiero algo rompedor, algo que le haga babear, pero mucho me temo que no tengo tal cosa.

- Yo sí.

- No lo dudo.

- No te lo digo para fardar. ¿Quieres que te deje algo? Tengo un conjunto en mente que seguro que te quedará impresionante. Y está sin estrenar. Si quieres te lo doy como regalo de cumpleaños por adelantado. – Clara asintió avergonzada. Si era de Cintia sería atrevido, sexy. – La verdad es que lo compre hace dos semanas para ti, pero no sabía cómo ibas a reaccionar.

- ¿Por qué hiciste tal cosa?

- Porque te veía tan liberada que cuando lo vi pensé en que te quedaría fabuloso. Hazme caso. Estará impresionado.

Cintia salió del cuarto y volvió minutos después con un conjunto de dos piezas lleno de bordados en color azul celeste. Se lo había imaginado negro, rojo, pero azul...

- No sé si será el adecuado.
- Pruébatelo antes de negarte. Confía en la experimentada.

¿Qué podía perder?

Se fue al baño y se lo puso con cuidado. Las tiras eran delicadas y el encaje parecía tan fino que tenía miedo de romperlo con un mal movimiento.

Le quedaba como un guante. Se amoldaba a sus formas y parecía fundirse con ella allí donde el encaje terminaba. Sus pechos parecían más llenos y se mostraban por encima como dos grandes montes. No recordaba que tuviera tanto.

Se giró y se miró a conciencia. Quería que todo fuera perfecto. La verdad es que se veía hermosa y sexy. Su piel blanca contrastaba. Sus piernas parecían largas y esbeltas. Ahora entendía por qué aquellos conjuntos eran tan sumamente caros.

Salió con miedo. Sentía vergüenza y orgullo a partes iguales. Cintia asubió tan pronto la vio. Tenía un buen ojo para la ropa. Si le dejara elegir su armario Clara dejaría a más de uno con un ataque al corazón.

- Eres hermosa. Pareces una Diosa a punto de una batalla.
- Dudo mucho que sea la ropa más adecuada para pelear. La verdad es que sí que me queda bien ¿Verdad?
- El sexo es guerra, es una lucha constante. No solo obtienes placer en el sexo, también demuestras posesión y entrega.
- No sabía yo que el sexo significara tanto para ti. – Cintia se hizo la tonta y siguió a lo suyo. Para ella el sexo era el pilar fundamental en una relación. Si dos personas no tenían química en la cama la relación estaba destinada a fracasar por mucho que lo intentaran. Antes o después buscarían a alguien que llenara ese vacío, esos apetitos carnales. Era imposible sepultarlos indefinidamente. Cintia se expresaba mucho mejor con una gran noche de placer que con las palabras.
- Te aseguro que le dolerá mucho tener que quitártelo para entrar en ti. Si no lo hace seguro que el dolor de huevos será monumental.
- ¡Cintia! – Clara se reía. En el fondo esperaba que fuera verdad.

Notaba un ligero dolor en el estómago. Síntoma inequívoco de que estaba nerviosa.

- ¿Desde cuándo decir la verdad es algo malo? ¿No puedes aparecer vestida solo con eso? Coge el toro por los cuernos. Quieres sexo creo que más invitación que esa imposible.

- ¿Tú crees? ¿Cómo le voy a abrir la puerta en estas guisas?

- Podría ser peor. Yo le abriría y le diría directamente que me...

- Clara le lanzó la almohada y se sentó sobre la cama. No tenía suficiente confianza para exponerse de esa manera. Una cosa era que la viera desnuda cuando el deseo le nublaban las inhibiciones, pero así en frío era otra cosa muy distinta. - ¿No le decías que eras mucho más atrevida y salvaje de lo que él pensaba? Demuéstraselo de una vez por todas.

Tenía razón. Toda la razón del mundo. ¿Por qué no?

Todo lo que había preparado para esa noche de salía de su zona de confort. Por primera vez era ella la que pedía sexo y una conversación después. No iba a dejarle marchar sin proponerle algo más, pero ante la posibilidad del no, la fiesta y el placer tenían preferencia.

Si tenía que pasar por un mal trago lo haría después de múltiples orgasmos.

- Lo haré. Me arriesgaré.

- Así me gusta. Si pudiera sacarle una foto a Raúl cuando te viera abrirle la puerta con mi regalito sería mi postal de navidad. Prométeme que me lo contarás todo. Sabes que también tenemos una conversación pendiente ¿verdad?

Clara asintió. Ella misma quería un recuerdo de aquel momento. ¿Quedaría muy mal si lo hacía?

- Deja de darme ideas estúpidas. ¿Quieres que me acojone antes de empezar?

- Dudo mucho que puedas echarme atrás una vez le tengas en frente. Todo irá bien. – La abrazó. Clara siempre había sido la pequeña, la que se quedaba atrás, la que necesitaba protección. Había cambiado por él, lo estaba intentando. Esperaba que él fuera capaz de verlo y apreciarlo como ella se merecía. Poca gente cambia por amor. Porque era amor lo que veía en los ojos de su amiga. – Eres alguien especial. Si no se da cuenta entonces simplemente no merece la pena. – Ella no

podía ponerse seria mucho tiempo, sino no sería ella. – Además, con esa ropa tendría que estar ciego para no caer rendido a tus pies. O quizás sea por la falta de ella...

- Ya decía yo que estabas siendo muy agradable. – Usó su tono más irónico. Quizás demasiado forzado.

- ¿Y cuándo no soy yo agradable? – Cintia se tumbó boca arriba sobre la cama y miró el techo. Sabía que no podía decir nada, sus preocupaciones no empañarían el día de su amiga, por mucho que no consiguiera pensar en otra cosa. No podía notárselo. Ya hablarían mañana. Podía esperar.

- A mí no puedes engañarme. – Ninguna negó ni confirmó nada. Cintia la miraba en silencio. Clara se sentó junto a ella y le acarició el pelo. – Sé que te ocurre algo y te agradezco el esfuerzo que estás haciendo. – Siguió acariciándole el pelo y recordó la primera vez que habían estado así. – Gracias por estar todos estos años a mi lado. Eres mucho más que una amiga, lo sabes ¿verdad?

- Lo sé.

- Aquel día estaba hundida. Me sentía sola y aterrada. Temía estar sola para siempre.

- Los niños pueden ser muy crueles.

- Es verdad. La verdad es que aún recuerdo como le partiste la nariz a Jack por reírse de mí. No me conocías de nada y le diste un rechazazo digno de película. Ya de pequeña dabas miedo.

- Lo daba ¿verdad? – Cintia no había podido pasar de lo que ocurría como los demás. Durante semanas dos de sus compañeros le habían hecho la vida imposible a Clara, aun se arrepentía de no haber hecho algo antes. Desde aquel momento se hicieron inseparables. Había sido lo mejor que había hecho nunca.

- Eres la persona más fuerte que conozco. Nadie puede contigo. Ojalá se me haya pegado algo. Lo veremos en unas horas.

- Jajaja. Ni que te fueras a la guerra. Solo es un hombre.

- Y yo una mujer y es lo que reacciona en mi al verle lo que no puede soportar los nervios. Puedo perderle o quizás nunca lo tuve. ¿Y si esa es la gran respuesta? ¿Y si después de todo no puedo evitar que se marche?

- Demasiadas preguntas. No adelantes acontecimientos. Piensa solo en el sexo, disfruta del sexo. Cuando llegue el momento ya te

preocuparás por lo demás. ¿De qué te sirve acostarte con él si vas a tener la mente en otra parte?

- Espero que cuando lo vea no pueda pensar en nada que no sea él.

- Muy romántico por tu parte. Casi parece que estuvieras enamorada de él. Las vueltas que da la vida ¿no?

Clara se agachó y la besó en la frente. No sabía hasta qué punto su amiga podía tener razón, pero no era el momento de hacer introspección.

Siguieron hablando. Tratando de matar el tiempo. Hasta que una hora antes se despidió de su amiga y se encaminó a su propio hogar. El día que lo abandonó jamás pensó que volvería tan pronto y menos por los motivos que lo hacía.

Como cuesta ser sincero...



Raúl timbró y volvió a meter la mano en el bolsillo donde estrujó por milésima vez el paquete que escondía. Había pensado en traerle bombones o quizás unas rosas, pero había desistido.

La puerta se entreabrió. Raúl atravesó el umbral y se internó en la penumbra cerrando la puerta tras de él.

- Enciende la luz. – Raúl se sobresaltó y buscó a tientas el interruptor. Al momento la bombilla lo iluminó todo y pudo verla a tan solo unos metros de él.

Tan solo llevaba la ropa interior. Tenía el pelo sujeto en un moño informal y un sugerente conjunto de lencería azul. Se le secó la boca, le sudaban las manos.

Se moría por tocarla, adorarla y se acercó despacio. Ella no se movía, tan solo le miraba.

- Hola. - ¿No se le ocurría nada más original? – Debería pedirte perdón.

- No quiero hablar. No ahora. – Raúl ya estaba a su alcance y simplemente tiró de él. Estaban tan cerca que podía respirar su aliento y le gustaba como olía. Raúl era su deseo personificado. Se había afeitado y engalanado. Solo por ella. - ¿Crees que me habría puesto así para hablar?

- No. – Raúl esperaba una señal. Una luz verde a la que pudiera aferrarse.

Clara se aferró a las solapas de su chaqueta y se puso de puntillas. Iba descalza y eso le dejaba en desventaja.

- Quiero disfrutar. Quiero que disfrutemos. Quiero...
- Creo que ya he pillado la idea.

- ¿Entonces a qué esperas? – Raúl sonrió y la besó.

Clara no le permitió ser tierno. Le asaltó tan pronto posó sus labios. Su lengua estaba en todas partes, él tan solo la dejaba acceder allí donde quisiera. Le mordía y succionaba.

Se sentía subyugado por su entrega y ni siquiera movió las manos por su espalda. Parecía una Diosa y él era su súbdito más leal.

Clara esperaba que él la devorara, que saltara sobre ella y verle tan quieto la preocupó. ¿Por qué no cooperaba? ¿No le había gustado?

- ¿Ocurre algo? – Tenía miedo a la posible respuesta. Incluso ahora estaba excitada, pero le necesitaba.

- No. Tan solo estoy subyugado a ti. Quiero que lleves las riendas.

- Yo no. – Raúl la miró y le acarició la mejilla con el pulgar. Parecía preocupada. – Quiero que ambos nos entreguemos.

- ¿Necesitas que te posea?

- Eres un engreído.

- Lo soy, pero empiezo a creer que es una de las partes que más te gustan de mi personalidad.

Raúl le apresó la boca y la devoró. Ella no se quedó atrás y ambos comenzaron a restregarse presa del deseo.

Raúl lanzó su chaqueta lejos y ella peleaba con los botones de su camisa. Necesitaba sentir su piel bajo los dedos, quería sentir su duro pecho contra sus pezones, restregarse contra él.

- ¿No podías ponerte algo más fácil de quitar? Ahora mismo la rasgaría si tuviera fuerza suficiente.

- ¿Deseas hacerlo? – Clara le miraba con curiosidad. Asintió y él se separó unos centímetros. – Pon tus manos sobre las mías. – Clara lo hizo. Confiaba en él. Notó como sus músculos se tensaban bajo sus dedos. Raúl agarró la camisa y la abrió haciendo que todos los botones saltaran de su sitio y cayeran entorno a ellos.

Clara no podía creerse que la hubiera destrozado de esa manera tan solo por sus palabras. Aquella camisa debía ser muy cara.

- Estás loco.

- Empiezo a estar convencido de ello.

Clara le besó y él se dejó envolver por su aroma. La ropa volaba con rapidez. Se besaban, notaban agonía.

- Te necesito dentro de mí.
- Lo sé, pero debemos disfrutar del camino. Eso hará que sea más intenso.
- Si es más intenso explotaré.

Raúl apresó su pezón derecho entre los dientes sin llegar a quitarle el sujetador, lo bajó lo justo para poder torturarla. Ella le aferraba el pelo con las manos incapaz de pensar en otra cosa que no fueran sus dientes.

Cambió de pezón, pero ni por un momento quiso quitarle aquella sublime pieza. Clara jadeaba. Él notaba cada latido de su corazón en su entrepierna y sonreía. Estaba tan duro y excitado que le costaba no meterse en ella.

Le besó el cuello de nuevo y volvió a sus labios. Sus manos ascendieron por su espalda y llegaron a su nuca. Introdujo los dedos en su pelo buscando las horquillas que lo mantenían atrapado y lo libero. Aquella cascada dorada le obsesionaba y hundió los dedos, enredándolos en los mechones.

- Te tengo.

Tiró con suavidad de los cabellos hacia atrás y ella se dejó. Su garganta quedó al descubierto y él la recorrió con la punta de la lengua despacio. Se tomó su tiempo. Ella estaba sensible y en ocasiones se debatía, pero Raúl no se detenía.

Descendió con suavidad y se puso de rodillas ante ella. Su entrepierna a la altura de su cara. Podía oler su excitación a través de la braguita. Apoyó la nariz en ella y notó la humedad.

- Eres mi aroma favorito.

Introdujo dos dedos a cada lado de sus caderas y comenzó a bajar su braguita con lentitud. Era una imagen que guardaría por siempre. A sus pies. Besaría cada uno de sus dedos si no notara la urgencia del momento.

- Levanta la pierna. Ahora la otra. – Raúl tenía ante él una de las frutas prohibidas de la creación y sin duda la más deliciosa. – Eres hermosa.

- ¿Me hablas a mí o a ella? – Clara señaló su entrepierna y Raúl recorrió la hendidura con el dedo. Clara no pudo evitar jadear más fuerte. Le costaba mantener una conversación coherente en aquel

momento, pero oírle la ponía a cien. Aquel tono ronco y masculino erizaba su vello.

- ¿Importa? – Clara rio antes de notar su lengua acariciándola. Tentándola. Se quedó sin aire demasiado pronto y tan solo se agarró a su pelo para mantenerle cerca. Con aquella lengua intrépida el orgasmo sería rápido.

Clara no podía resistirlo. Quería correrse con él, pero él no cedía. Recorrió todo el alfabeto sobre su clítoris ¿Alguien humano podría resistirlo sin dejarse ir? Clara gritó y sintió como él sonreía contra su zona más delicada.

- ¿Orgullosa?
- Sin duda, pero aún queda lo más divertido.

Raúl se levantó y la besó de nuevo. Sabía a ella, a sal y sexo. Un sabor excitante que hacía que deseara tomarle con la boca como él lo había hecho. Cuando vio sus intenciones no la dejó.

- Quiero terminar en ti. Prometo ocuparme de tu boca en otro momento.
- Serás... - Su tono era entre divertido y sorprendido. No podían dejar de hablar mientras se disfrutaban. No obstante Raúl no podía dejar de besarla y lo acalló en medio de la frase.

Se liberó y se colocó el condón ante la atenta mirada de ella. Se acercó despacio y en todo momento se miraban a los ojos. Hablaban, se poseían de una manera mucho más profunda. Anhelaban estar lo más cerca posible el uno del otro.

Ya estaba preparado para entrar. Para conectarse a lo más profundo de su ser.

Le agarró la pierna derecha con el brazo y la elevó. Ella estaba abierta y más que deseosa.

Apoyada sobre la pared y húmeda contaba los segundos mientras él se colocaba en su entrada. Podría haberle ayudado, pero estaba absorta en sus ojos, en sus labios, en él. Le dolía el pecho, pero no era una sensación desagradable.

Entró de golpe y ambos se quedaron sin aliento. Jadeaban mientras él la embestía una y otra vez como loco. Ella trataba de aferrarse a él y salía a su

encuentro.

Raúl no podía llegar más adentro y mordió su hombro. Con fuerza se agarró a ella mientras seguía golpeando su interior. Nunca se había sentido tan lleno de vida, pletórico. No querían que aquello terminase. Mantenerlo indefinidamente era sin duda el paraíso. Su interior era el destino que él elegía. Aquel era su sitio y encajaban a la perfección.

El problema era que era demasiado placer y sus cuerpos comenzaban a estar cerca del orgasmo. Montaban su cresta y se mecían en el precipicio. No querían dejarse llevar, pero tampoco podían detener aquel ritmo.

Era un viaje sin retorno y lo tomaron juntos.

Ella gritó mientras sus dedos se contraían y él gruñó escondiéndose en su pecho. Estaban agotados y satisfechos. No podían evitar sonreír y mirarse obnubilados. Ninguno quería ser el primero en hablar. No querían romper la atmósfera que se respiraba.

Fue ella la que rompió el momento. Se alejó para limpiarse y por el camino recogió las braguitas.

Volvió recompuesta poco después. No trató de cubrirse. Era hermosa y debía estar orgullosa. Él también se lo había dicho. Le miró a lo lejos.

Raúl también se había adecentado en el baño del pasillo y se había vuelto a poner los pantalones, pero no así la camisa. Estaba sentado en el sofá mirando una televisión apagada.

- Tenemos que hablar. – Clara asintió tras él. – Tengo miedo de hacerlo. – Clara se sentó a su lado y colocó las manos sobre su regazo. Quería tocarlo, entrelazar sus dedos, pero no era lo correcto, no en ese momento.

- Lo sé. Yo también tengo miedo. – Ambos estaban siendo sinceros. Nadie se reía de nadie ni había falsas intenciones.

- Finalmente te saliste con la tuya. Eres realmente impresionante.

- ¿Con la mía?

- Sí. Me prometiste que suplicaría por estar contigo y aquí estoy.

– Raúl dejó un paquete sobre la mesa y Clara lo cogió sin pensar. Ni siquiera había visto que lo tuviera en las manos.

- ¿Qué es esto?

- Ábrelo.

Clara lo hizo. Le temblaban las manos. Cuando el colgante quedó al descubierto le pareció una de las cosas más bonitas que había visto nunca. ¿Era para ella? ¿Por qué sino le había pedido que lo abriera?

Clara notaba como sus ojos se humedecían. No se lo había esperado.

- Gracias. Es precioso.
- Me recordó a ti. Tan delicado y duro al mismo tiempo.
- ¿Eso es lo que piensas de mí?
- Pienso muchas cosas de ti. Eres realmente fascinante. Nunca debía cuestionarme que conseguirías seducirme y postrarme ante ti.
- Yo no diría tanto.
- Clara. ¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar conmigo?
- Hasta el final. – Lo dijo con determinación y orgullo.
- Jajajaj. Creo que tu virginidad ya la hemos dejado atrás.
- ¡Serás...!
- Lo sé. Soy estúpido por bromear en esta situación, pero supongo que todo se pega y creo que te ha hecho gracia.
- Puede...
- Entonces mereció la pena.

Clara sacó el colgante de la cajita y lo colocó a la altura de sus ojos. Debía haber sido caro. Todo iba demasiado bien. ¿Dónde estaba el truco?

- Clara, tengo una pregunta en la punta de la lengua, pero temo que sea demasiado infantil y te rías de mí.
- ¿Infantil?
- ¿Cómo quedaría si te pregunto si quieres ser mi novia? – Clara sonrió enternecida.
- Si ni siquiera me has pedido una cita... ¿No vas a hacer las cosas bien?
- Por mí sí, pero no creo que pueda esperar a mañana para poder volver a tenerte entre mis brazos, besarte y quizás hacer bebés.
- Creo que vas demasiado rápido.
- Bueno... entrenar para que en el futuro podamos hacer bebés.

Clara se lanzó sobre él y le besó. Se acariciaron y amaron toda la noche. Se buscaban como locos tratando de saciar el deseo, pero este no tardaba en reaparecer con más intensidad.

- No sé si alguna vez podré saciarme de ti. – Clara giró sobre sí

misma y se exhibió para él. Ya no parecía costarle tanto. Se sentía poderosa sabiendo que la deseaba y adoraba.

- Espero que no. Sería demasiado trabajo tener que volver a reconquistarte.

¿Los que se pelean se desean?



Clara no podía dejar de reír. Habían sido los mejores días de su vida.

Raúl finalmente había dimitido y se habían tomado unas pequeñas vacaciones. Al fin y al cabo, habían decidido abrir una nueva empresa juntos y antes debían conocer a fondo a su nuevo socio.

No había lugar en el que no hubieran intimado, aunque su mejor recuerdo era la cocina. Sin duda Raúl era un gran chef.

Aún no había hablado con Cintia de su problema o de lo que la tenía preocupada y sabía que tenía que hacerlo. Le agradecía tantas cosas que se prometió a si misma que sería lo primero que haría mañana mismo.

Ahora estaba ocupada bajándole los pantalones a un atractivo moreno que parecía devorarla con los ojos.

- No sé para que he ido tantos años al gimnasio. Jamás he estado más en forma. – Clara recorrió sus abdominales dándole la razón.
- Dudo mucho que puedas seguir este ritmo indefinidamente. Antes o después tendrás que descansar. Puedes acabar muerto por deshidratación o de un ataque al corazón. ¿Te imaginas la situación?
- Pues entonces tendremos que hacerlo en el hospital. Allí te ponen suero y tienen cama ¿Qué más puedes pedir?
- Guarro.
- Gracias mi pequeña amazona.
- Ahhh déjalo ya y bésame.

Se besaron como si fuera la primera vez. Tratando de forzar la resistencia de sus lenguas, empujándose mutuamente. Clara había comprendido que no iba con ella la ternura en esos momentos. Le encantaba sentir su peso sobre ella inmovilizándola. Sus dientes mordiéndola en las zonas más delicadas

conseguían hacerla rugir de puro placer.

- Jamás pensé que fueras tan fogosa. Parecías tan mojigata... - Clara le pellizcó la nariz y se sentó sobre su regazo.

- Te diría que he cambiado, pero algo me dice que era así desde el principio.

- Sí. Yo también lo creo. Al menos fui lo suficientemente listo para darme cuenta a tiempo. Aún me pongo enfermo al recordar a aquel tipo que te comió la boca en mis narices. – Clara estaba seria. Evitaba su mirada y fruncía los labios. Había aprendido a leer sus expresiones y le estaba ocultando algo. – Clara ¿Hay algo que quieras contarme?

- No tiene importancia.

- No es lo que parece. Dímelo y ya decidiré yo si tiene importancia o no.

- El tío ese era un hijo de... Intentó violarme el día de la fiesta. – Raúl se quedó blanco. No podía ni reaccionar. Notaba como la ira le embargaba. Habría salido en su busca si hubiera sabido donde encontrarle.

- Dime ahora mismo su teléfono. Esto no puede quedar así.

- Déjalo por favor.

- Cariño, lo que te hizo merece que le rompan los dientes. Debí estar ahí para protegerte. Fui un gilipollas y por mi culpa casi te... - Raúl no pudo continuar. Pensar en ella siendo denigrada de esa manera dolía. Clara se quedó sin aliento cuando la llamó cariño. Cada día desde que estaban oficialmente juntos le había demostrado lo cariñoso y atento que podía llegar a ser. Era como si otra persona hubiera despertado de repente a su lado para tratarla como una princesa, pero con su amado canalla dentro.

- No quiero que hagas nada. En realidad ya no me importa.

- Eres una mujer realmente fuerte. Debe ser algo difícil de superar. Estoy muy orgulloso de ti.

- Solo te lo digo para que sepas que no pasó nada más. No podía imaginarme entregarme a otro hombre que no fueras tú. Aquel beso fue robado.

- Ya veo... - Raúl sonrió y la acercó todavía más a su pecho.

- Te amo.

- Mi pequeña valiente, ¿Hace falta que diga en voz alta lo que es obvio?

- ¡Desde luego!
- Entonces tendrás que vencer en el siguiente asalto. – Deslizó el lazo de su bata abriendo la prenda. Ambos sabían a lo que se refería.
- No sabía que hubiera vencedores.
- ¡Claro! ¡El que antes consigue que el otro se corra! ¿No te habías dado cuenta?
- Entonces creo que tengo mis armas secretas. – Clara se relamió los labios y Raúl perdió el aliento.

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a todos los que seguís ahí día tras día apoyan mis sueños. Espero lograrlo algún día y poder recompensaros como os merecéis.

Gracias a mi prometido y a mis hojas por hacerme sonreír cuando no veo ninguna venta y celebrar cuando un día he recibido una buena crítica.

Gracias a mis lectores por seguir apostando por una novata.

Tan solo puedo daros las gracias a todos y cada uno de vosotros y deciros que jamás imaginé las personas maravillosas que he conocido a lo largo de esta experiencia. Es complicado y probablemente jamás lo consiga, pero mientras tenga energía tendré una oportunidad.

Cada una de mis historias está influida por alguien, ese pequeñito gramo de inspiración que hace que mi cerebro despierte y entre en ebullición. He llegado a acostarme con los dedos doloridos de tanto escribir. Mi record está en 23 páginas un día. Lo sé, no parece mucho, pero esa noche dormí como un bebé.

Por lo demás deciros que podéis encontrarme en twitter: [@A_R_Cid](https://twitter.com/A_R_Cid)
Venid a hablar, comentar y criticar. ¡No lo dudéis!



[Comprar](#)

Divertido, emocionante, diferente, y lleno de suspense.

¿Qué es el amor? ¿Una sensación? ¿Un recuerdo?

Lucas está deprimido, confuso y sobre todo solo; o al menos hasta ahora. Incapaz de afrontar la realidad es su mente quién le conforta, sin embargo ¿es todo fantasía? ¿Cómo es posible que se sienta tan vivo cuando nada es real?

¿Qué se esconde tras esa niebla y confusión que parece acercarse cada vez con más frecuencia a él?



[Comprar](#)

Sara llegó al mundo como una niña rosada y curiosa. Lloró con fuerza por primera vez dispuesta a enfrentarse a todo, pero sus ilusiones la doblegaron demasiado pronto.

Cuando Sara regresa al lado de su madre ya ha dejado la infancia atrás. Con apenas nueve años, ya ha visto demasiado. Aun así la esperanza brilla en el fondo de su mirada traviesa, al tiempo que inspira el olor de un hogar hasta entonces lejano.

Sin embargo, es en aquel instante cuando descubre que no encontrará mayor felicidad que la vivida hasta entonces con sus abuelos. Con los ojos cargados de lágrimas, y la mente llena injusticias, Sara trata de sobrevivir.

Cada día, cada paliza, cada pequeña herida, cada desilusión la van cambiando, haciendo que el hielo atravesase su alma y se quede. Una fría coraza lo envuelve todo, llegando a ver normalidad en la crueldad de su trato.

Soñando con lo que podría haber sido, una niña se enfrenta al dolor como único sustento, ve la traición en las manos más queridas, y saborea las lágrimas como latigazos en su orgullo.

Poco a poco Sara va desapareciendo, alguien nuevo se crea en aquel lugar y se va adueñando de la que hasta entonces fue todo ternura e ilusión.

Descubre con nosotros la vida de Sara. Acompáñala por primera vez en su soledad.



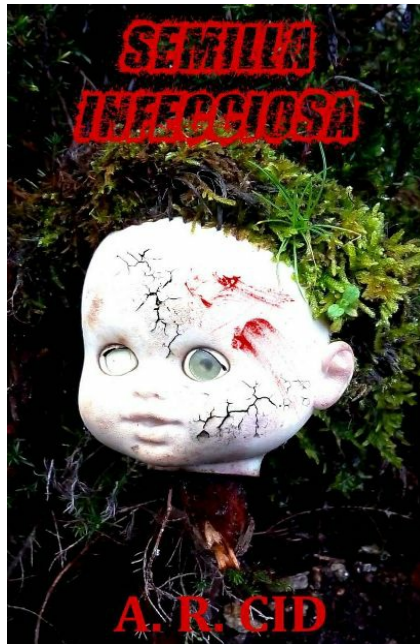
[Comprar](#)

Lumnor se agarró a un deseo con todas sus fuerzas. En silencio suplicó por ayuda. Incapaz de mantenerse en pie se postró a los pies del río rojo. Allí donde los sacrificios se habían realizado, allí moraron sus lágrimas.

Cuando Minerva acudió en su ayuda solo pretendía auxiliarla... pero la vuelta a la vida trajo consigo amargos recuerdos y consecuencias...

Monstruos tenebrosos, amores imperecederos. Celos, traición, vida y muerte. Posesiones, y caminos que se entrelazan para enseñarnos Catuyh, un lugar en el que los cuerpos físicos se diluyen y nuestro verdadero yo asoma las orejas.

¿Será Lumnor capaz de controlar el poder que le pertenece por nacimiento?
¿Podrá Minerva vengar los agravios cometidos por los muertos?

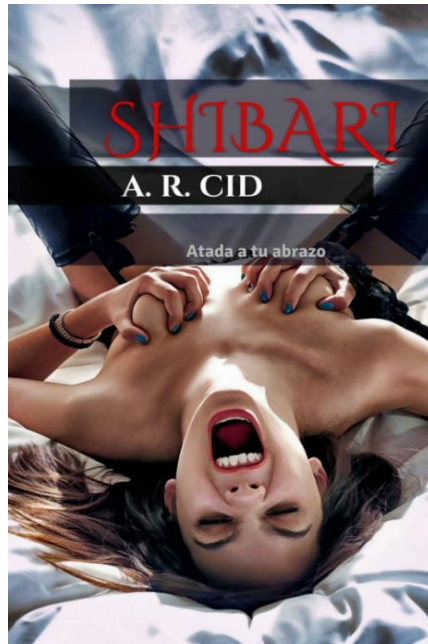


[Comprar](#)

Un peluche es pisoteado mientras un niño intenta llegar hasta su madre. La calle es un campo de batalla y sin saber hacia dónde huir la gente se cruza con él obstaculizándole la vista. Temeroso el niño grita, llora, suplica, pero nadie aparece en su busca. Su madre yace unos metros más atrás abandonada, mientras su cuerpo es vaciado de toda vida mordisco a mordisco. Cuando una mano se apoya en su hombro la esperanza le cruza la cara, el tiempo baila ante sus ojos a la vez que una preciosa niña poco mayor que él le sonrío grotescamente. De forma diabólica se inclina sobre él y le huele mientras sus manitas le aprisionan en un mortal abrazo.

La sangre abona las calles. Miles de personas despiertan lentamente para verse sumidos en el caos, una extraña infección se ha extendido por todo el mundo y su propia supervivencia se han puesto en duda. En cuestión de horas las grandes ciudades caen a manos de sus propios ciudadanos. Sin tiempo a reaccionar las autoridades se ven superadas por su número y ferocidad. Familias enteras se desmiembran mutuamente mientras unos pocos intentan huir o esconderse sin saber lo que ha pasado.

La semilla de la extinción ha sido plantada



[Comprar](#)

El destino es un gran jugador de póker. Paciente, taimado, reparte las cartas de manera fortuita.

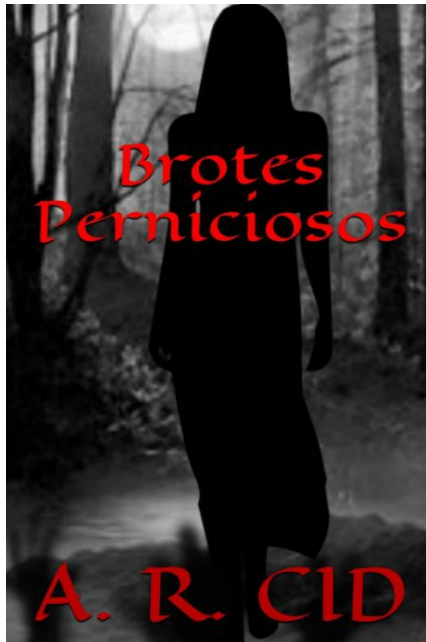
En aquella habitación prohibida, envuelta en el deseo por estirar los dedos y recorrer los cuerpos sudorosos que prometen demasiados placeres, Rebeca se ve incapaz de llevar a cabo sus sueños. Demasiado tiempo manteniendo un férreo autocontrol a sus instintos la ha llevado a desconocer su poder.

Cuando Carlos entra se queda deslumbrado. Sus ojos acarician el arco de su espalda, la forma en la que la tela del vestido resbala con suavidad en cada inspiración, y cuando inconscientemente sus dientecillos atrapan su labio... Carlos siente la necesidad de atraparla, devorarla en un huracán de emociones. Rebeca se convierte en su peor pesadilla cuando a partir de aquella fatídica noche se traslada a sus sueños, a sus labios, a su lengua... cuando su sabor, olor y recuerdo lo invade todo. Un error, tan solo un movimiento equivocado y Rebeca huye con el corazón dolorido y convencida de que debe dejarle atrás.

Luis se cruza en su camino atraído por el brillo de sus ojos, por la elegancia de sus movimientos y sobre todo por la sinceridad de sus palabras. Como un cazador cazado, trata de enredarla en sus juegos, de atarla a sus sábanas y hacerla suplicar; en cambio solo consigue permanecer caballerosamente a la espera de que esas heridas que la han llevado hasta allí cierren, para que sus gemidos, sus orgasmos y su futuro le pertenezcan solo a él.

¿Rebeca? Rebeca no es capaz de decidir. Si Carlos la roza, su piel se inflama; si Luis la besa, un jadeo la delata; y si alguno la deja... ¿Podría ser feliz?
Amor, deseo, placer descarnado, miedo, dudas, y el pasado. Un pasado doloroso que la ancla incapaz de avanzar, pero siempre consciente de lo que pierde en cada segundo.

¿Cómo encontrar la felicidad cuando consiste en perder parte de ella?



[Comprar](#)

Cuando la muerte deja de ser silenciosa y los dueños del mundo solo buscan sangre nos enfrentamos a lo impensable.

Joan quiere proteger a Nora y su hija.

Natasha quiere venganza.

Bayón quiere poder.

Lucas trata de dejarlo todo atrás y proteger su recuerdo de Santi.

Carmen debe seguir adelante y reencontrarse con su hijo.

Fer, Clara, Jose.... todos y cada uno de ellos quieren sobrevivir, o al menos lo intentan.

Los hombres buscarán la muerte y no la hallarán; ansiarán morir, y la muerte les evadirá. Ap. 9:6.



[Comprar](#)

No soy perfecta. En realidad, estoy algo loca.

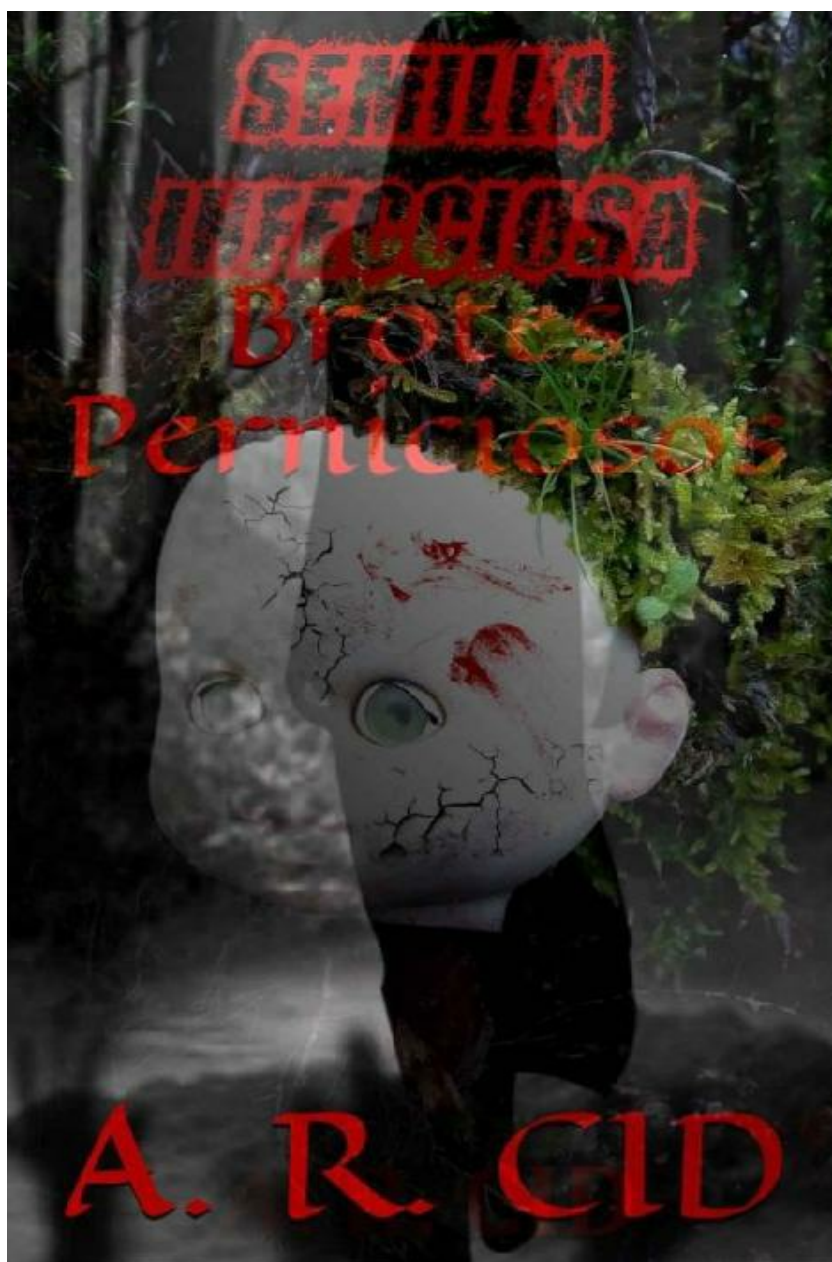
Mis decisiones nunca fueron las más acertadas y sin embargo no cambiaría ninguna de ellas.

Le deseo y él me desea. Contenerme nunca ha ido con mi forma de ser. Anhele besar cada uno de sus abdominales y lo hago porque puedo.

Él me devora y no quiere dejarme marchar. Me hace una propuesta alocada y acepto.

Sin embargo el pasado me mantiene lejos. ¿Podrá traerme de vuelta y retenerme con él?

oferta



[Comprare](#)